

Francesc Bailón Trueba

LOS POETAS DEL ÁRTICO

HISTORIAS DE GROENLANDIA



Nova Casa Editorial

DEL ASESOR DE CULTURA INUIT EN LA PELÍCULA
NADIE QUIERE LA NOCHE

Introducción

Recuerdo que cuando tenía catorce años empecé a sentir la necesidad de viajar para conocer nuevas culturas y pueblos completamente diferentes al mío. Sabía que tenía una vida por delante y todo un universo por descubrir. No quería ni deseaba desaprovechar la ocasión. Sin embargo, no puedo olvidar que fueron unos hombres vestidos con pieles de animales, que vivían en casas de nieve y que se frotaban las narices, los que me hicieron desviar la mirada hacia el lejano norte. Hubo un tiempo en que empecé a ver esquimales por todas partes: en los libros, la televisión e incluso en el cine. Aquellos fascinantes hombres hicieron volar mi imaginación y estoy convencido de que muchos de los que ahora leen estas líneas, comprenderán mis palabras. La aparición de este pueblo en mi vida fue determinante en aquel entonces y, en cierta forma, marcó mi camino a seguir...

El conocimiento cultural de los pueblos se puede adquirir encerrado en cuatro paredes, rodeado de libros y eligiendo la seguridad como el camino más fácil y sencillo. A pesar de ello, la inquietud heredada de mi infancia me llevaba a un tipo de comprensión que iba más allá de lo que podían alcanzar mis propios ojos. Necesitaba ver otros lugares y aprender de lo que podía ver en ellos. En aquellos momentos, pensé que la mejor manera para conocer el mundo e intentar encontrar las bases explicativas, a través de las cuales pudiera interpretar las diferencias culturales existentes entre los pueblos de la Tierra, era estudiar antropología. Es uno de los caminos, aunque no el único. La antropología me podía proporcionar los elementos esenciales para inferir los aspectos más determinantes de una cultura. Pero no supe, hasta unos años después, que lo realmente importante empezaba al terminar la carrera, cuando se le da un sentido práctico a todo lo que has aprendido durante los años de estudiante universitario.

Pienso que el ser humano al viajar tiene la capacidad de amoldarse a situaciones diferentes a las habituales, pero además también es capaz de reflexionar sobre ellas. La suma de las experiencias vividas potencia su capacidad de adaptación, fortalece el espíritu de supervivencia y desarrolla su facultad interpretativa de lo que acontece en la vida. No obstante, esto es un arma de doble filo.

Sin duda alguna el mundo está lleno de sitios maravillosos, y los paisajes de extrema belleza emocionan hasta el punto de convertir esos momentos que dilatan el alma en recuerdos inolvidables. Pero cuando visitamos un país también debemos tener en cuenta el factor humano y muchas de las relaciones que podemos establecer con la

población pueden enriquecernos culturalmente. Sin embargo, estos mismos lugares pueden ir acompañados de una amarga y triste realidad, determinada por ejemplo, por la situación política que vive un pueblo. Personalmente creo que no es bueno ignorar lo que es evidente y que al igual que uno disfruta conociendo las maravillas naturales y culturales de un territorio, también puede sufrir cuando observa las desgracias y miserias que se puedan encontrar en él. Y creo que solo siendo consciente de ambas dimensiones, el viajero puede llegar a experimentar en cierto grado la auténtica realidad de un país. Para mí, conocer una cultura implica observar el paisaje humano en el medio natural en el que subsiste. Algunos viajes, por motivos de diferente índole, pueden suponer sufrimientos, incomodidades y por supuesto, situaciones de riesgo. En muchos de los viajes que he realizado he estado abonado a este tipo de situaciones y de todas ellas he aprendido algo.

Si la antropología era el camino que debía seguir y viajar su complemento ideal, quedaba solo una cosa por definir y que probablemente era la más difícil: la dirección. Con el tiempo, he comprendido el significado de las palabras del escritor y navegante norteamericano Alvah Simon. Según él, en el paisaje de todo ser humano hay un lugar especial en su imaginación y cada uno de nosotros tiene una brújula interior que no cesa de orientarnos hacia ese punto enigmático, atrayente y magnético. Sin embargo, muchos no se atreven a dirigirse a ese lugar puesto que está limitado por la frontera de nuestros temores y miedos más ocultos. Aun así, debemos dirigirnos hacia ese sitio porque es allí donde no solo nos encontraremos a nosotros mismos, sino que veremos colmadas nuestras vidas al hacerlo. A pesar de todo esto, pienso que no siempre somos capaces de ir hacia ese punto imaginario en nuestras mentes y muchas veces, incluso sabiendo qué dirección tomar, preferimos hacer caso omiso de nuestros impulsos y optamos por quedarnos en el mismo sitio donde creemos que nos sentimos más seguros. Yo conocía ese lugar, sabía cuál era desde niño, pero no quise reconocerlo hasta mucho tiempo después, y, ¿por qué?; simplemente, por miedo y respeto.

Así pues, durante un tiempo viajé sin una dirección concreta, guiado por mis deseos más profundos o por mis impulsos más espontáneos. No existía ninguna lógica predeterminada y alternaba los continentes según la permisividad económica, escogiendo los países por mi instinto o por lo que podía haber leído de ellos. Dicen que las cosas viven en nuestro interior mientras las recordamos y yo sabía que, por encima de todo, había un lugar que, sin haber estado allí, lo convertía en un recuerdo intenso.

Solo unos años después, cuando reconocí mi paisaje imaginario, me dirigí hacia él con mis miedos y temores más ocultos.

Desde un principio, concebí la carrera de Antropología Cultural como un *hobby* y también como una necesidad personal. Era como una forma de autosugestión para disfrutar al máximo de la carrera universitaria. Gracias sobre todo a los sabios consejos de la profesora Dolores Juliano, de la Universitat de Barcelona, logré licenciarme, disfrutando además de mi tiempo como estudiante universitario. Recuerdo que durante los dos primeros años académicos una de las cosas que más me fascinó fue leer los libros monográficos escritos por antropólogos que habían convivido con gentes a las que todavía muchos consideraban como «primitivas». Lo que me hechizaba de aquellas lecturas no era solo la información que aportaban al conocimiento de sociedades, en muchos casos desconocidas hasta aquel momento, sino también lo que los antropólogos podían haber aprendido conviviendo con estos «pueblos primitivos». Cuando leía esas obras, mi imaginación se desbordaba y me apasionaba pensar en lo que habían realmente vivido aquellos aventureros; detalles que, en la mayoría de los casos, hasta la aparición del libro de Nigel Barley *El antropólogo inocente*, habían «olvidado» escribir o lo estaban omitiendo voluntariamente en sus trabajos de campo.

Al tercer año de carrera se produjo un acontecimiento trascendental en mi vida académica, del cual no he sido consciente hasta un tiempo después. En la asignatura de Antropología Política debíamos realizar un trabajo sobre el concepto que tendría una sociedad «primitiva» de la economía occidental y sobre nuestras relaciones, costumbres y pautas sociales encaminadas hacia un mismo fin: la obtención de alimentos. Por aquel entonces, había leído muchas obras de Bronislaw Malinowski (1884-1942) y no estaba dispuesto a realizar otro trabajo sobre los indígenas de las Islas Trobriand en la Melanesia como nos pedía el profesor.

Sin duda, Malinowski fue un gran antropólogo de campo y una de las figuras más importantes en el desarrollo de la antropología moderna. Pero su impresionante trabajo no iba hacerme cambiar de opinión. De nuevo apareció el espíritu inquieto de mi infancia y en un acto de rebeldía, propuse realizar otra investigación. Conscientemente estaba recuperando uno de mis viejos sueños de infancia que había dejado aparcado: los esquimales. Así pues, planteé realizar un trabajo sobre los nativos de la isla de Baffin (Ártico canadiense). Además, coincidió que acababa de comprarme un libro de Kaj Birket-Smith, titulado *Los esquimales*. Sin duda, se trataba de un buen punto de partida para empezar a familiarizarme con esta cultura. No era la opción más cómoda, pero sí la

que más me motivaba. La jugada me salió bien y aprobé la asignatura. Pero además de ampliar mis conocimientos sobre este pueblo, durante mi investigación descubrí que la obra de Birket-Smith contenía algo novedoso que no había encontrado en otros escritos. Este libro fue publicado por primera vez en danés durante el año 1927. El autor afirmaba que desde el estrecho de Bering hasta el océano Atlántico, los esquimales se autodenominaban a sí mismos *inuit* (plural de *inuk*). Explicaba, además, que en el sur de Alaska y Siberia por omisión de la letra «n» se llamaban *Juit* (singular *Juk*) y los aleutianos, emparentados con los esquimales, se identificaban con el término *Unangan*. Finalmente decía que los esquimales, al igual que otros pueblos primitivos, se consideraban los auténticos seres humanos por excelencia en oposición al resto y que este era el motivo por el cual *inuk* significa «persona», «poseedor» o «habitante». Más adelante, acabaría descubriendo otros matices respecto a este término y algunos errores propios de la traducción del danés al castellano. Sin embargo, la pregunta más inmediata que rondó por mi cabeza fue ¿por qué la mayoría de la gente, en España, seguía utilizando la palabra «esquimal» cuando este pueblo se designa a sí mismo con el término genérico *inuit*?

En 1993 finalicé la carrera de Antropología Cultural. Empezaba realmente el momento de la verdad. Ante mí se abría la posibilidad de un conjunto de experiencias y sensaciones desconocidas hasta entonces. Comencé a viajar y con ello, a leer ese libro abierto que es observar el mundo, buscando encontrar respuestas a todas mis inquietudes. Fueron pasando los años y mis vivencias, acumuladas durante los viajes, me hicieron madurar como persona. Cada cultura tenía su especificidad y cada país, su encanto. Pero en el fondo necesitaba encontrar mi lugar en el mundo, un pueblo al que estuviera esperando.

En la universidad nadie me enseñó a cómo encontrar «mi cultura». Realmente, ¿esto se aprende? Yo creo que no. Cuando una persona acaba la carrera de antropología tiene varios caminos a seguir, y buscar el pueblo al cual quieres dedicar tu estudio es uno de ellos. En mi opinión, a menudo la elección está condicionada por la balanza que aglutina las ventajas, los inconvenientes, las distancias geográficas, la lengua, las situaciones políticas u otros condicionantes de diferente índole que pueden determinar la predisposición del antropólogo. Pero además, la decisión implica, a mi entender, una responsabilidad, un compromiso, un esfuerzo y un sacrificio que quizá muchos antropólogos no estén dispuestos a aceptar. Sinceramente creo que la mejor recompensa es cuando enseñas lo que has aprendido a través de tus propias vivencias. Es muy bueno

saber lo que dicen los libros, pero pienso que es mejor buscar precisamente lo que no se escribe en ellos. La riqueza cultural muchas veces se encuentra en las experiencias vividas más que en las leídas.

Todavía hoy recuerdo el momento en que mi elección empezó a tener sentido. A veces, las cosas suceden cuando menos te lo esperas; por eso cuando me llamaron para realizar el servicio de Prestación Social Sustitutoria no pensé que ello supondría abrir una puerta hacia el Gran Norte. Hacía tiempo que colaboraba con el Museu Etnològic de Barcelona, así que para mí fue una suerte llevar a cabo una parte de este servicio social en la biblioteca del museo. Fue aquí, en la primavera de 1997, cuando me encontré de nuevo cara a cara con los inuit.

Una lectora había dejado un libro de Bowra, *Poesía y canto primitivo*, en el mismo lugar donde lo había estado leyendo. Me dispuse a guardarlo en su sitio cuando sentí curiosidad por leer su contenido. La lectura resultó ser incluso más atractiva que el título del libro. Bowra afirmaba, en esta obra, que cuando la vida de un pueblo depende de la caza, se impone en el hombre un condicionamiento y por lo tanto, las acciones humanas suelen presentarse como una forma de cacería que ocasiona una serie de emociones y reacciones naturales. El autor ejemplificaba esto diciendo que el canto y la poesía serían las salidas a los sentimientos y emociones provocados por el éxito o el fracaso de las actividades de un pueblo que vive en las condiciones más extremas del planeta. Por ello, los esquimales poseían cantos que hacían referencia no solo a la mala suerte sino a su propia incompetencia.

En sus canciones se podía vislumbrar la sinceridad que transmitían los cazadores hablando de su actividad principal; es decir, la caza. Conocían los riesgos que implicaban un posible fracaso, y sin embargo, tomaban conciencia de las dificultades que conlleva cazar o pescar en el Ártico y no intentaban disimularlas. Según Bowra, difícilmente el canto primitivo expresará juicios morales explícitos y nunca constituirá pautas de comportamiento. Pero puede suceder que algunos poemas esquimales impliquen el respeto a un sistema de valores que, en muchas ocasiones, tiene que ver con el sentido del deber y el honor. Disponían incluso de versos formados por palabras mágicas que pronunciaban sobre sus perros adiestrados para perseguir a un oso polar.

En la Groenlandia occidental, por ejemplo, podía darse el caso de que se impartieran instrucciones a los jóvenes acerca del uso del kayak (o *qajaq*) mediante canciones. El libro también hablaba de los poemas dedicados al amor, la naturaleza, los animales, la vejez, la juventud, la vida y la muerte. Sin embargo, hubo algo que me

chocó al leerlo: los esquimales eran perfectamente capaces de pensar sobre su propio proceso de composición poética. Desde niño siempre me ha fascinado el tema de la poesía y sabía que lo que Bowra nos estaba diciendo significaba, no solo que los esquimales eran poetas sino que también eran capaces de explicar la creación de sus propias poesías. Como ejemplo, el autor hacía referencia al caso de Orpingalik, famoso cazador esquimal y creador de canciones, que un día le confesó a Knud Rasmussen que los cantos, a menudo, son pensamientos expresados con el aliento cuando hay fuerzas espirituales que perturban al ser humano y los recursos del lenguaje corriente no son suficientes. El inuk se conmueve de la misma manera que un iceberg navega irregularmente por la corriente. Un flujo de fuerzas conduce sus pensamientos cuando siente miedo, alegría o tristeza. Es posible que estos pensamientos manen sobre él como un río y que su aliento llegue exhausto y su corazón se vea sacudido. Cuando el tiempo es apacible, se mantendrá derretido. Llegado este momento, los inuit se sentirán todavía más pequeños y entonces aparecerá el temor a usar las palabras. No obstante, estas aparecerán por sí solas. Cuando esto sucede, rápidamente se genera un nuevo canto.

Mi siguiente paso fue buscar, lógicamente, información sobre Orpingalik. Para ello, consulté una obra clásica dentro de la etnografía esquimal como es *De la Groenlandia al Pacífico*, de Knud Rasmussen. La documentación contenida en dos volúmenes (*La bahía de Hudson* y *A través del Paso del Noroeste*) fue recopilada a lo largo de la 5.^a Expedición Thule y se trata de un libro básico para conocer no solo los diferentes grupos esquimales, sino también el origen común de todos ellos.

Según el propio Rasmussen, Orpingalik «era un hechicero muy respetado y hombre en extremo interesante que conocía a fondo las tradiciones de su tribu. Se trataba de un individuo inteligente y vivo, lleno de malicia. Además, se le tenía como cazador de mérito, y por las consideraciones que se le guardaban, comprendí que era persona importante en el clan de los Arviligjuarmiut». Para Orpingalik, hombre dotado de una rica imaginación y de un alma sensible, los cantos eran los compañeros de su soledad: «Canto lo mismo que respiro», decía. Asimismo, Rasmussen afirmaba que «las canciones parecen indispensables a esta gente y cantan a todas horas. Las mujeres no se limitan a tararear las composiciones de su marido, también ellas son poetisas». Pero quizá lo que realmente me llamó la atención fue leer que «existen también canciones satíricas con las que se fustigan los extravíos y vicios de los habitantes del poblado» y que «el cambio de mujeres para un corto período se ve bastante a menudo, sobre todo

entre hombres que han sido rivales en un concurso de canto». ¿Qué significaba todo aquello? ¿Realmente los esquimales se batían en duelo mediante concursos de canto?

Quería saber más. Ya no se trataba de simple curiosidad sino también de necesidad. Así que empecé a buscar en la biblioteca del museo libros que hablaran sobre la poesía y el canto esquimal. Sabía que un pueblo que era capaz de reflexionar sobre su propia poesía guardaba algo extraordinario en el seno de su cultura. Y de esta manera, investigando la cultura inuit, es como llegué a conocer el *tordlut*, *ivinneq* o *piseq*. Ya había leído algo unos años antes sobre esta práctica en el libro de Kaj Birket-Smith, aunque tampoco le había prestado demasiada atención ya que para mi trabajo universitario, me centré básicamente en los medios de subsistencia y la obtención de alimentos. Pero al releer por segunda vez la obra, encontré lo que realmente estaba buscando. Aquí empezó mi verdadera aventura ártica, tomando una de las decisiones más importantes de mi vida. Ya en mis primeras anotaciones se podía deducir mi profunda admiración por este pueblo.

Antiguamente los esquimales constituían una sociedad sin estado, donde generalmente no existía ningún sistema de liderazgo, salvo algunas excepciones, y donde el centro básico de la comunidad era la institución social más antigua: el matrimonio. Sin embargo, que no existiera ningún tipo de organización gubernamental no significaba que no se rigieran por unas leyes básicas no escritas. La ley primordial era que, salvo un motivo justificado, nadie estaba exento de luchar por la supervivencia del grupo y para ello, los esquimales debían sacrificar los intereses propios en beneficio de los comunitarios. El egoísmo personal no estaba bien visto y la modestia era uno de los atributos más valorados. En este sentido, repartir y compartir eran acciones necesarias que no solo permitían el sustento del grupo sino que también, daban prestigio a quienes las realizaban. El objetivo principal de las leyes esquimales era mantener la armonía y la unidad del grupo, regulando los comportamientos de los individuos con el único fin de asegurar la supervivencia de la comunidad. Por este mismo motivo, cuando existía un conflicto interno era más importante restablecer de nuevo la paz y el orden que administrar justicia.

Según H. König, los esquimales contaban básicamente con tres formas jurídicas para solucionar sus conflictos, a pesar de que ocasionalmente en algunos lugares de Alaska y Canadá se aplicaba penas por delitos cometidos. Por una parte, estaban los combates con puños que se daban en algunas zonas de Alaska y Ártico central canadiense. También había la lucha cuerpo a cuerpo que podíamos encontrar en ciertos

puntos de la costa oeste del centro y norte de Groenlandia, isla de Baffin (Canadá), Alaska y Siberia. Y finalmente estaba el *tordlut* o duelo cantado que se daba en el Labrador (Canadá), Alaska y Groenlandia. Se trataba de una actividad social en la que, mediante un concurso de canto, se solucionaban los conflictos existentes entre miembros de la comunidad. Este procedimiento no suponía ningún fallo jurídico, sino la exteriorización de una queja formal ante el propio grupo y la finalización de las tensiones existentes entre ambos adversarios. Para ello era necesario que existiera un ganador y un perdedor. Podía darse la circunstancia que el primero fuera realmente el culpable del delito, pero si en adelante conseguía comportarse correctamente, era integrado de nuevo en la comunidad. Este concurso de cantos empezaba cuando una persona desafiaba a otra por una infracción que presuntamente había cometido. Uno de los adversarios improvisaba una canción donde se burlaba de su oponente, mofándose de sus defectos y comportamientos, utilizando asimismo los insultos y, en general, todas las artimañas lingüísticas posibles con el fin de ridiculizarlo y provocar así las mayores carcajadas entre los espectadores, que eran los miembros del propio grupo. Mientras uno improvisaba cantos satíricos, el otro debía permanecer en silencio, esperando pacientemente su turno.

Estos duelos cantados solían seguirse con el ritmo de tambor y, en muchas ocasiones, eran acompañados por gestos provocativos; incluso dando golpes de cabeza en la cara del adversario. Ganaba el concurso el que mantenía la calma y no se inmutaba por las burlas y los insultos de su adversario. Pero si ninguno de los contendientes perdía los estribos, era la propia comunidad la que tenía que escoger un ganador. En estos casos solía vencer quien tuviera la lengua más afilada y la imaginación más retorcida. Sin duda alguna para los esquimales el lenguaje es lo más parecido a un instrumento cortante y es el único que precisamente se afila con su uso. A veces la humillación había sido tal que el perdedor llegaba a abandonar la aldea. El asesinato era el único delito que no podía ser expiado a través de este método.

Los duelos cantados ponen de manifiesto la capacidad inventiva de un pueblo que, mediante la improvisación de canciones, es capaz de solventar un conflicto de una forma cruel pero pacífica. La creatividad de sus canciones denota no solo una capacidad inteligente por transmitir una realidad adyacente a su cultura, sino que además, es capaz de comunicar los sentimientos que emanan de ella. En este sentido, los esquimales son unos auténticos maestros, ya que mediante sus creaciones poéticas penetran en las entrañas más ocultas de la naturaleza humana.

Unos años después y con motivo de una colaboración con el Museu Etnològic de Barcelona, realicé un vaciado de noticias del periódico *La Vanguardia* de Barcelona. Aparte del trabajo que me había sido encomendado, recoger noticias relacionadas con los inmigrantes de Barcelona en los más de 120 años de historia de este periódico, busqué en mis ratos libres noticias sobre los inuit y las expediciones árticas. Uno de los artículos que más me llamó la atención decía así:

Duelo entre esquimales. Los duelos entre esquimales son divertidísimos. Nunca acaban mal, pues la única arma que esgrimen es la lengua. Cuando dos individuos tienen un disgusto y se desafían, los amigos forman un corro, y los adversarios quedan en el centro. Entonces, el más viejo de los que presencian el duelo echa a suertes para ver cuál de los dos combatientes ha de ser el primero en manejarla sin hueso. Después que se han insultado y llamado «pedazo de hielo, rabo de zorra, nariz de quilla, renífero loco» y otras lindezas por el estilo, que son acogidas por todos los habitantes del pueblo con enorme carcajada, la disputa sigue, cantando, bailando y golpeando tantanes.

Cuando descansan, vuelven a decirse uno a otro cuanto se les ocurre, cuanto de ellos saben o cuanto piensan, y hasta arrancan tiras del pellejo de los antepasados. El concurso, infatigable, asiste con regocijo al original duelo, y hasta participa indirectamente en él, suministrando proyectiles verbales al contrincante de sus simpatías; por último, es proclamado vencedor aquel que más ha hecho reír con los directorios dirigidos a su adversario.

A raíz de todo lo que había leído acerca de estos duelos cantados, se produjo en mí un deseo irrefrenable por aprender y conocer más sobre esta cultura; una sensación que todavía hoy sigo teniendo. Así pues, me propuse no solo llegar algún día al Ártico, sino también convivir con los inuit para conocer y entender mejor su cultura. La empresa, y más en España, no resultaba nada fácil, pero la ilusión de realizar un sueño, como era mi caso, también era difícil de evitar. Por este motivo, nunca olvidaré el año 1997, cuando decidí, por fin, orientar mi brújula hacia el Norte para ir en busca de aquellos poetas del Ártico.

Capítulo I

7 de agosto de 1853, bahía de Aungnartoq (norte de Groenlandia)

Tendida sobre el hielo, con la mirada puesta en aquellas pieles de foca, Inaluk soñaba despierta mientras sentía esos cánticos maternos que dormían en su mente. Había pasado mucho tiempo, y a pesar de ello, seguía pensando que su madre no estaba muerta sino tan solo ausente y que pronto volvería de nuevo a estar con ella. Su hijo Ápak se llamaba como su abuela, ya que era costumbre entre los inuit, poner el nombre del último fallecido de la tribu a un recién nacido. En este caso, su hijo llevaba el nombre de un pariente muerto siguiendo así la tradición de su pueblo. Sin embargo, Inaluk había tenido ciertos problemas para ponérselo debido a que era común entre su gente diferenciar entre nombres femeninos y masculinos.

Los inuit, en general, creían que el espíritu de una persona que había muerto se dividía en dos. Por un lado, estaba el alma personal, que iba a un lugar donde hacía calor y había muchos animales para cazar, y por otro, el alma del nombre que permanecía vagando por la tierra, hasta que encontraba el cuerpo de un niño recién nacido que adoptaba el nombre de este espíritu; y con ello, recibía las cualidades y la personalidad del difunto. De esta forma, el nombre y el alma seguían siempre unidos. Dos personas con el mismo nombre espiritual se consideraban parientes consanguíneos y por este motivo, un hombre y una mujer con el mismo nombre no podían contraer matrimonio. Muchas personas mayores y enfermas solían a veces cambiar sus nombres esperando que con esto su salud mejorara. En general, los nombres eran tan especiales que casi nunca los usaban; entre ellos se llamaban los unos a los otros por apodos. Existían toda clase de reglas y prohibiciones relacionadas con el nombre. Así pues, había un cierto temor a pronunciar el nombre de un difunto hasta que este no se hubiera reencarnado en un niño recién nacido. Por este motivo, Inaluk no osaba pronunciar su propio nombre; prefería que otros lo dijeran por ella.

Su pueblo, los Inughuit, había llegado a aquellas tierras frías y heladas hacía ya mucho tiempo; tanto, que parecía como si hubieran vivido siempre allí. Gracias a la sabiduría y al conocimiento del angakkoq, el chamán, curandero y consejero espiritual del pueblo, sabían que procedían de una tierra muy lejana, según las leyendas, de un lugar donde siempre aparecía el sol; al contrario de lo que sucedía donde ahora vivían, en el que durante un tiempo jamás salía y durante días, nunca desaparecía. El

angakkoq viajaba también a través del mundo no visto, y muchas veces regresaba con tabúes, rituales o canciones nuevas para enseñarlas al resto de la comunidad. Pero precisamente la canción de Las islas flotantes con alas blancas que le cantaba siempre su madre y que a su vez, ella cantaba también a su hijo, no procedía de este mundo sobrenatural. Más bien tenía que ver con una realidad, un acontecimiento que cambió para siempre el devenir de su pueblo y el futuro de su cultura, el cual sería recordado a través de una canción que había sido propiedad de su madre y que ahora le pertenecía a ella. Entre los inuit las canciones son propiedad de quienes las piensan y solo pueden ser cantadas por su creador, a menos que este dé su permiso a otros para hacerlo. La propiedad de las canciones normalmente se heredaba de generación en generación. Y como las tradiciones, así como las canciones, cuentos y leyendas mueren con la última persona que las recuerda, a Inaluk le había tocado memorizar aquella poesía cantada como un día le sucedería a su hijo Ápak hacerlo.

Recordaba aquel araat o aqaat (canción cariñosa materna) que su difunta madre le cantaba y que ahora su espíritu susurraba al oído. Todo había sucedido hace ya mucho tiempo. Su madre era aún muy joven cuando de la nada aparecieron unas islas flotando en el mar con unas alas blancas cerca de los acantilados del cabo Innaanganeq (cabo York). Ese día empezó a gestarse una leyenda y por supuesto una canción que explicaría la historia del primer encuentro entre los Inughuit y el «hombre blanco».

Hacía tiempo que la tribu había memorizado la profecía de una mujer llamada Maage («la gaviota»), que había predicho que aparecería un barco grande con palos altos y que vendría del mar. La profecía se cumplió mucho tiempo después y significó uno de los momentos históricos más importantes del pueblo inuit, ya que uno de sus grupos, los Inughuit del noroeste de Groenlandia, que hasta entonces habían permanecido aislados, descubriría que no estaban solos en este mundo. Su madre le había contado que al principio pensaban que los espíritus del aire habían venido a visitar el hogar de los inuit. Asimismo, le explicó que dentro de aquellas islas flotantes habían visto un animal sin pelo, rosado y gordo, y también a un hombre que miraba a través de unos trozos de hielo transparente que no se derretían nunca. Además, había objetos muy grandes donde sentarse y un brazo congelado con el que se golpeaba una especie de aguja. Los primeros «hombres blancos» que bajaron de las islas flotantes llevaban cacerolas en la cabeza. Todo el pueblo estaba expectante, ansioso y nervioso. Había mucho miedo y su gente pensaba que no eran verdaderos seres humanos.

Ya habían pasado algunos años desde aquel acontecimiento tan trascendental para la historia de su pueblo, y observando la parka hecha con pieles de pájaros, foca y zorro ártico que había confeccionado su madre, recordaba esa canción que hablaba de una profecía que más tarde se cumpliría. Pero unos años después, y tras la muerte de su madre, un nuevo suceso volvería a marcar el futuro de su pueblo. Los acontecimientos se sucedían con una rapidez vertiginosa. Era, pues, el momento de que su hijo empezara a memorizar la canción de su abuela. El mañana podía ser todavía más duro y trágico que el presente.

Sucedió que el «hombre blanco» había vuelto de nuevo a aquellas tierras devoradas por el hielo. La noche diurna del 6 al 7 de agosto de 1853, Elisha Kent Kane, jefe de la primera expedición ártica norteamericana, llegó con sus hombres a bordo del Advance hasta aquellas latitudes tan septentrionales. Navegaron entre los cabos Alexander e Isabella, a través del estrecho de Smith. Kane y sus hombres pasaron su primer invierno allí, a 110 kilómetros al norte de Etah. Entre los expedicionarios había un joven inuit del oeste de Groenlandia llamado Suersaq (los «hombres blancos» lo llamaban Hans Hendrik o Hans Christian) que más tarde abandonaría la expedición al enamorarse de una mujer llamada Mequ, para quedarse con los Inughuit desde 1855 hasta 1860, período que fue decisivo para la historia de este grupo.

El 10 de septiembre de 1853, la tripulación empezó a prepararse para invernar en aquel lugar. Era la primera vez que una expedición científica lo hacía en un punto tan septentrional (bahía Aungnartoq o como la llamó Kane, bahía de Rensselaer, a 78° 37' norte y 71° oeste). El Polo Norte Geográfico quedaba relativamente cerca, pero aún no eran conscientes de ello. Solo muchos años después se valoraría en su justa medida aquel invierno de 1853 que pasaron Kane y sus hombres. Fueron unos meses muy duros para gentes que no estaban acostumbradas a un clima severo y condiciones tan extremas; incluso para un inuit como Suersaq, el cual llegó a escribir el propio sufrimiento en su primer invierno en esas latitudes.

Entonces llegaron el verdadero invierno y un frío muy crudo. El cielo se oscureció rápidamente. Yo nunca había visto una temporada tan oscura como aquella, que resultaba espantosa sin ninguna duda. Creí que nunca volveríamos a ver la luz del día. Me sentía triste y aterrado. En mi vida jamás había visto semejante oscuridad al mediodía. Como la oscuridad duró tres meses, creí realmente que no volveríamos a ver la luz del día.

El 7 de abril de 1854, los kabloonah, como así llamaban los inuit al «hombre blanco», se encontraron en la bahía de Rensselaer con ocho Inughuit de la población cercana de Etah. Kane comentó de aquellos hombres que cuando señalabas a los nativos hacia el Este, donde estaban las montañas y los caribúes, ellos decían «sermeq» (glaciar). Si les preguntabas cómo de grande era su territorio y hasta dónde se extendía de norte a sur, te respondían «sermeq, sermersuaq»; es decir, el gran muro de hielo, y más allá de este no hay nada. Así eran los límites territoriales de una sociedad aislada y autosuficiente de apenas doscientas personas que subsistían de la caza y la recolección.

Poco tiempo después, Kane y sus hombres empezaron a tener problemas con los Inughuit, incluso llegaron a secuestrar algunos de la aldea vecina de Anoritoq (Anoritoq o Aungnartoq) en el cabo de Inglefield. Continuamente desaparecían cosas cada vez que los nativos subían a bordo del Advance. La situación se hacía cada vez más crítica y, probablemente, habría acabado de una forma trágica si no se hubiera producido un hecho trascendental. Un día llegó el gran Metek, acompañado de Ootuniah, con un trineo cargado de cuchillos, trozos de madera y objetos de hierro que habían sido robados a los kabloonah. Con este acto de buena voluntad Kane se dispuso a pactar el primer acuerdo internacional con los inuit. Si aquellos exploradores querían sobrevivir en esta región groenlandesa y los nativos deseaban beneficiarse de la cultura material que aportaba el «hombre blanco» debían llegar a un pacto. Finalmente, el 15 de septiembre de 1854 se realizó el primer tratado de paz entre el «hombre blanco» y los inuit.

La llegada de Kane y el tratado de paz con los Inughuit habían supuesto para este pueblo un cambio en su cultura material. Una «revolución» tecnológica y también mental se estaba desarrollando en aquel grupo inuit que sería conocido, más adelante, con el término de «esquimales polares» y que, en la actualidad, reivindican su derecho a ser reconocidos como un grupo inuit diferente al resto. Inughuit significa «los grandes hombres» y su espíritu de lucha y autodeterminación que encontró Kane en 1854 permanecen hoy todavía inalterables. Gracias, en cierto modo, a las condiciones extremas a las que se ha visto sometida la población desde hace siglos, han podido sobrevivir a la presencia del «hombre blanco» en sus tierras blancas y gélidas. Pero Kane y su tripulación no habían sido los primeros kabloonah en llegar al territorio de los Inughuit y por supuesto, tampoco iban a ser los últimos.

Toda leyenda tiene su principio y suele irse forjando a lo largo de los años a través de la tradición oral de un pueblo. Por eso, Ápak debía memorizar la canción de Las islas flotantes con alas blancas porque formaba parte de la herencia cultural de su pueblo y como tal, debería siempre recordarla y jamás olvidarla.

«El primer grito que da un niño al nacer es para reclamar su nombre». **Inughuit del norte de Groenlandia**

1

20 de julio de 1999, Pond Cove, Newfoundland (Canadá)

Mi mirada navegaba a través del mar en calma que aparecía frente a mí. Buscaba insistentemente la costa del Labrador, pero eran las siete de la mañana y una cortina de bruma se levantaba ante mis ojos, como un muro infranqueable y angosto que me impedía ver más allá de mi propia imaginación. Estaba en el lugar en el que quería estar en aquel momento. Cuenta una historia que fue aquí, en el estrecho de Belle Isle, este tramo de mar que me separaba del continente, donde Occidente tuvo constancia por primera vez de la palabra «esquimal». Y es en este punto donde decidí empezar mi aventura en busca de los *poetas del Ártico*.

Habían pasado casi dos años de mi decisión, durante los cuales llevé a cabo una estrategia planificada y necesaria. Para empezar, había buscado aquellos libros que pudieran proporcionarme información acerca de los inuit. Por una parte, tenía los relatos sobre expediciones árticas que aportaban datos relativos no solo a los contactos entre los «no nativos» y los inuit, sino que además estaban provistos de los diarios de los exploradores polares que constituían un material valiosísimo de primera mano. Después encontré los libros sobre el Ártico que no solo eran esenciales para conocer el hábitat natural de los inuit, sino que también me servirían como guía práctica para mis futuros viajes. Finalmente, existían las monografías etnológicas, las investigaciones realizadas en comunidades inuit, y otros trabajos de campo como por ejemplo recopilaciones de cuentos y leyendas tradicionales. Este tipo de obras eran primordiales para mí si quería estudiar exhaustivamente esta cultura. Con el tiempo, añadí, como fuentes de información complementarias, novelas de ficción, biografías, relatos de misioneros y libros que hablaban de experiencias y aventuras en el Ártico. Por supuesto, Internet

también era un punto de información importantísimo a tener en cuenta, aunque, por aquella época, aún era una fuente embrionaria.

La tarea fue más difícil de lo esperado, y el resultado no reflejó el tiempo y el esfuerzo invertidos en dicho empeño; aunque sí lo compensó. La conclusión a la que llegué, tras varios años de indagaciones, es que en España había poquísimos libros que hablaran sobre una cultura que, aparentemente, la conocen al menos por el nombre, un alto porcentaje de la población mundial. Además, los pocos libros que podía encontrar sobre exploraciones polares y los inuit, eran, en su mayoría, ediciones antiguas; lo que añadía un grado mayor de complejidad en su búsqueda. Me encontraba así con la tesitura de seguir o no adelante. A veces, es difícil describir el impulso que te lleva a realizar determinadas acciones que, por lo pronto, consideras baladíes. Lo único que recuerdo de aquellos momentos es que pensé que debía continuar. Mi decisión estaba tomada, era firme y no quería dar marcha atrás. Así pues, me puse ya manos a la obra. Una de las primeras cosas que debía hacer fue precisamente empezar por lo más esencial: definir los términos «esquimal» e *inuit*. Se hacía por lo tanto necesario no solo diferenciar ambos conceptos, sino también revisar y legitimizar su uso. Este era el motivo por el que ahora estaba en Newfoundland. Aquí vivieron en el pasado los inuit más meridionales y precisamente fue en estos parajes donde apareció por primera vez el concepto peyorativo y estigmático de «esquimal» que, o bien procede de los indios Algonquinos y significa «los que comen carne cruda», o proviene de los indios Montagnais y cuyo significado es «constructores de raquetas de nieve».

En España, por el momento, el término «esquimal» es la palabra más extendida y usada. En el *Diccionario del español actual* de Manuel Seco, Olimpia de Andrés y Gabino Ramos, se introduce por primera vez en lengua castellana la palabra *inuit* para referirse a los indígenas que pueblan la región ártica de Canadá. Aunque no muy acertado en su definición y ámbito geográfico, al menos es un intento y un inicio esperanzador. El problema es que el uso de este término todavía no se ha extendido demasiado entre la población española. A pesar del esfuerzo de unos pocos, no hemos avanzado mucho en este sentido y aún estamos lejos de conseguir lo que otros países ya han logrado. Como referente al menos, me gustaría comentar solo un caso que nos invita a reflexionar sobre el uso indebido de una palabra. Si pretendemos buscar el término *inuit* en el Diccionario de la Real Academia Española, nos encontraremos que este no existe, pero en cambio sí hallaremos la palabra «esquimal». Muchos medios de comunicación españoles todavía hoy siguen utilizando este concepto, al igual que lo

podemos encontrar en el ámbito político-social del país y en muchas aulas de España. Sinceramente, pienso que no estamos haciendo justicia a una de las culturas milenarias más ejemplares que haya conocido la historia.

Es cierto y muchas veces a mí también me ha sucedido, que solemos recurrir a la palabra «esquimal» para aclarar el concepto de *inuit* (significa «personas» o «seres humanos») puesto que no todo el mundo conoce dicho término. Esta estrategia es válida siempre y cuando se defienda cuál es la expresión correcta. Considero que, de una forma u otra, debemos entre todos avanzar hacia una mejor comprensión del «otro» empezando por utilizar su nombre correcto; y este esfuerzo debe comenzar por los que tenemos los instrumentos necesarios para hacerlo. El problema es que estamos ante uno de los pueblos que se conoce más por su nombre que por su cultura, y uno de los objetivos que me impuse desde un principio fue cambiar precisamente esto. Sin embargo, también es verdad que el concepto que se tenía de los esquimales era y es, en algunos casos, erróneo. Por este motivo se hacía también necesaria una revisión de los valores culturales atribuidos a este pueblo por parte de Occidente. Este escrito, del siglo XIX, podía ser un buen punto de partida.

A mediados de enero, una caravana de esquimales vino á pedirnos algunos pescados secos y aguardiente; se los dimos añadiendo un poco de tabaco á estos mezquinos presentes que fueron recibidos con lágrimas de alegría. El jefe de aquel clan, un viejo débil y endeble, nos contó que el mes anterior se había comido su mujer y sus dos hijos no teniendo otra cosa con que mitigar el hambre.

2

Una vez revisado el concepto «esquimal» y aceptado el nombre de *inuit* con sus acepciones geográficas, se hacía necesario realizar una pequeña incursión en el presente antes de empezar por el pasado. Es muy recomendable, cuando se habla de territorios o zonas desconocidas por el lector, tener siempre un mapa a mano. Para el investigador este acto no solo es necesario, sino obligatorio. Así pues, con el Ártico cartografiado en un papel me puse a observarlo y me di cuenta de la gran extensión de territorio que abarcaban los inuit, y también de los espacios geográficos completamente diferentes que podíamos encontrar en él.

Respecto a la población inuit, actualmente hay unos 150.000 individuos que viven en las regiones árticas de Rusia (región de Chukotka), donde hay unos 1.750 (año 2006), Alaska con 39.308 (año 2000), Canadá con 45.070 (año 2001), y finalmente, Groenlandia con 50.283 (año 2005). A estas cifras hay que añadir 12.850 (año 2005) inuit groenlandeses que viven en Dinamarca.

3

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? Son preguntas que a veces solemos hacernos para intentar darle sentido a nuestras vidas. Muchas veces no logramos este fin y otras tantas nos quedamos a medio camino. Al decidir estudiar la cultura inuit debía tener como uno de mis primeros objetivos el origen de este pueblo. Era fundamental saber cuáles eran sus antecedentes culturales; porque si algo tenía claro, es que el hombre no se adapta a una de las regiones más extremas del planeta de la noche a la mañana. Lógicamente, había un pasado y consideré la necesidad de conocerlo, ya que el presente y probablemente el futuro de este pueblo, eran consecuencia directa de él. De esta manera, después de definir los términos «esquimal» e *inuit*, establecer el censo de población actual y conocer las características esenciales de su medio natural, se me antojaba imprescindible examinar la prehistoria de este pueblo, cuyos orígenes se remontan al año 1000 d. C., para conocer mejor su realidad cultural.

Hace unos 4.500 años los pueblos paleoesquimales se establecieron en Alaska, donde dieron lugar a las conocidas como culturas de Tradición Microlítica Ártica (2500-900 a. C.) que, probablemente, fueron las primeras que se instalaron en el Ártico norteamericano. Se ha comprobado que en un pasado reciente hubieron dos «óptimos climáticos». El primero se produjo entre hace 3.500 y 4.500 años, y el segundo, entre 1.100 y 900 años. Durante estos dos períodos el clima ártico fue un poco más cálido, lo que permitió que tuvieran lugar una serie de migraciones humanas que, partiendo de Alaska, cruzaron y poblaron el Ártico canadiense hasta llegar, finalmente, a Groenlandia. De entre todas las culturas prehistóricas que hace miles de años se desarrollaron en el Ártico americano, destacan tres que, por su singularidad e importancia, están relacionadas con toda seguridad con los inuit históricos y actuales:

La cultura Norton (500 a. C.-800 d. C.), considerada como los antepasados directos más antiguos de los inuit actuales y que se desarrolló a lo largo de la costa de Alaska hasta la desembocadura del río Mackenzie, en Canadá.

La cultura Dorset (800 a. C.-1400 d. C.). Creadores del famoso iglú de nieve y el primer pueblo americano en contactar con los europeos cuando los nórdicos llegaron a su territorio. Los Dorset se desarrollaron básicamente en el Ártico central canadiense y Groenlandia. El grupo inuit Ammassalimiut (o Ammassalimmiut), que vive actualmente en la costa este de Groenlandia, es descendiente directo de este pueblo, que vivió más de dos mil años en el Ártico americano.

La cultura Thule (1000-1800 d. C.) es la antecesora moderna de los inuit históricos. Tiene sus orígenes en la región del estrecho de Bering y son producto de la evolución de varias culturas aparecidas en Alaska y Siberia. Los Thule no solo se expandieron hacia el sur de Alaska, sino que también emigraron, aprovechando un período de clima más cálido en el Ártico, hacia Canadá y posteriormente, Groenlandia, donde llegaron entre el 1100-1200 d. C.

Como consecuencia de un enfriamiento climático que se inició hacia el 1200 d. C. y que derivó en la conocida como Pequeña Era Glacial o Pequeña Edad de Hielo (1650-1850 d. C.), los Thule tuvieron que readaptarse a las nuevas circunstancias para hacer frente a este endurecimiento del clima. Tanto en Siberia, como en Alaska, Canadá y Groenlandia, estas adaptaciones fueron diferentes debido al ámbito geográfico, las condiciones meteorológicas locales y, obviamente, el acceso a los recursos existentes en la zona. Esto provocó que, posteriormente, aparecieran diferentes grupos inuit en algunos casos muy distintos los unos de los otros y que de una forma u otra, representaran la riqueza cultural de este pueblo.

4

Llevaba casi un mes viajando por la costa este de Canadá, un país al cual había soñado siempre ir. Tras recorrer parte de la península del Labrador, ahora me encontraba en Newfoundland, casi al final de mi viaje y tras realizar más de ocho mil kilómetros en coche. Con la felicidad por haber cumplido un sueño y con la sensación de querer continuar adelante con mis estudios sobre los inuit, contemplaba ahora las hermosas montañas del Parque Nacional de Gros Morne (declarado patrimonio de la humanidad

por la Unesco en 1987). Era un lugar perfecto para pensar en el porqué había elegido precisamente el año 1999 para realizar mi primer viaje de investigación. El motivo era que quería asistir al nacimiento de la provincia autónoma de Nunavut («Nuestra Tierra»). Era un momento importante en la historia moderna del pueblo inuit, no solo para los que vivían en Canadá, sino también en Groenlandia, Alaska y Siberia. Gracias a este logro y a su precedente (el Gobierno Autónomo groenlandés de 1979), se abría una puerta a la esperanza para todos aquellos grupos inuit que buscaban la autonomía gubernamental respecto a los gobiernos de los cuales dependían. Esa era la razón por la que había decidido ir en julio de 1999, unos meses después de la creación de Nunavut (1 de abril). De una forma u otra, quería vivir este momento histórico, ya que no hay mejor aprendizaje en la existencia que la propia experiencia vivida.

Sin embargo, no salió todo lo bien que yo esperaba. Quedaban muy pocas plazas para volar a Iqaluit, la capital de Nunavut, y el precio de los billetes de avión era prohibitivo para mí; sobre todo teniendo en cuenta que esto sucedía al principio del viaje y todavía me quedaban más de tres semanas en Canadá. Así que tuve que resignarme y conformarme con otras rutas previstas, como el caso de la península del Labrador y Newfoundland, que en la actualidad forman parte de una nueva provincia autónoma inuit llamada Nunatsiavut, que significa «Nuestra Hermosa Tierra».

Aparte de este pequeño imprevisto, el viaje resultó más gratificante e interesante de lo previsto. Por primera vez, vi a los inuit en Quebec y también en Daniel's Harbour (Newfoundland), aunque ambos lugares quedaban lejos de Nunavut. Iban ataviados con ropa tejana, al estilo occidental. No obstante, los delataban sus rasgos mongoloides, largos cabellos negros y piel morena. Los inuit que conocí durante este viaje habían sufrido un proceso de aculturación importante y eran tan solo pequeñas reminiscencias de un pasado y una cultura que se perdían en la noche de los tiempos. Aquel sueño de adolescencia empezaba a hacerse realidad, aunque en el fondo mi brújula seguía señalando más hacia el Polo, donde se acababan los árboles y se extendían los desiertos helados del Gran Norte.

Otro de los objetivos de este viaje era también conseguir todo tipo de material informativo que no pudiera adquirir en España. Aquí tuve un poco más de suerte y encontré una serie de libros, mapas, litografías e informes oficiales publicados por el *Minister of Indian Affairs and Northern Development*, que me han sido de muchísima utilidad. Además, descubrí una revista denominada *Études/Inuit/Studies*, que se edita una o dos veces al año. Está publicada por la Université Laval en Quebec y ya desde el

primer ejemplar, impreso en 1977, se ha convertido en una de las fuentes de información sobre los inuit más importantes del mundo. Se trata de un recurso imprescindible para aquellos que quieran profundizar en esta cultura. Entrando en las librerías y bibliotecas de Canadá me di realmente cuenta de la poca documentación escrita que nos llega a España sobre los inuit.

Por otra parte, tuve también la oportunidad de visitar algunos museos y galerías de arte que exhibían obras inuit. Gracias a personas como James Houston, hoy día los trabajos artísticos de los inuit se conocen a nivel internacional y se exponen en galerías de todo el mundo. Realmente quedé prendado mirando sobre todo los cuadros y esculturas de estos artistas. Recuerdo además que una tarde estaba paseando por las calles del Casco Viejo de Quebec, buscando alguna librería donde comprar libros, cuando de pronto vi una tienda de antigüedades en la que había en su escaparate la fotografía de un inuit en su kayak cazando una foca. No me lo pensé dos veces y entré. En menos de diez minutos y tras explicarle a la dependienta que era un antropólogo que estaba estudiando a los inuit, tenía ante mis ojos dos cuadros al carbón dibujados por un artista llamado Peter Ragee de Cape Dorset, en la isla de Baffin. Ambos dibujos representaban el proceso de captura de una foca y las habilidades del cazador inuit para conseguir su presa. Su precio no era excesivo y podía permitirme el lujo de adquirirlos y disfrutar de esos cuadros el resto de mi vida. La mujer que me los vendió me regaló además un libro sobre los inuit solo por el hecho de comprarle ambas obras.

En la tienda me entregaron el certificado de autenticidad de los cuadros. Respecto a Peter Ragee (Raggee), el autor de la obra, averigüé que había nacido el 28 de marzo de 1955. Sus padres, Sakiassie y Egevadluk Ragee, eran también artistas. En la actualidad, vivía en Cape Dorset, aunque había residido también en Toronto. Hasta la fecha del certificado (1997), había realizado dos exposiciones: julio 1989, The Great Northern Arts Festival en Inuvik; febrero 1992, The Inuit Print and Sculpture 1960-1980 Westdale Gallery, Hamilton, Ontario. Aparte de dibujante, también era impresor y escultor. Peter Ragee fue uno de los ganadores de la Nunatta Sunaqtangit Museum Art, competición celebrada en Iqaluit entre noviembre de 1979 y enero de 1980. También se mencionaba, en su certificado, que había actuado en la película *The White Dawn* (Philip Kaufman, 1974), interpretando al hijo de un chamán. En la actualidad, es uno de los artistas más importantes de Cape Dorset y su obra puede verse en varias galerías de arte canadienses, donde se exponen algunos de sus dibujos más interesantes.

La mujer de la tienda me explicó que la gente solía buscar más las esculturas que las pinturas inuit. Me contó que hacía dos años que tenía estos dibujos y que hasta entonces, nadie se había interesado por ellos. Con el tiempo, he ido adquiriendo piezas artísticas de los inuit; pero he de confesar que tengo un cariño especial por estos cuadros, no solo por su singularidad sino también por la fuerza expresiva que transmiten y por el reflejo de un estilo de vida tradicional que, afortunadamente, en algunos lugares del Ártico todavía existe.

El viaje llegaba a su fin. Algunos objetivos se habían logrado y otros se habían pospuesto para una mejor ocasión. En líneas generales regresaba a Barcelona con la sensación de haber aprendido muchas cosas, conseguido bastante material informativo y disfrutado de unos paisajes de increíble belleza. De Canadá me llevé la primera imagen real de los inuit, la naturaleza de Newfoundland y el llanto de las ballenas de Tadoussac. Una parte de mi sueño se había cumplido.

Capítulo II

11 de diciembre de 1817, Londres (Inglaterra)

Tenía en sus manos la posibilidad de esconderse en el tiempo, de ocultarse entre la infinidad de nombres que impregnaba la historia naval británica, pero eligió todo lo contrario, y escogió vivir una aventura cuya historia empezó a escribirse en el preciso instante en que decidió abrir aquella carta que acababa de recibir del Almirantazgo británico.

El capitán John Ross había nacido el 24 de junio de 1777 en Balsarroch, en la región escocesa de Galloway Occidental. Era el cuarto hijo del reverendo Andrew Ross y de Elisabeth Corsane. A los nueve años ingresó en la Marina Real y cuando terminaron las guerras napoleónicas, había sido ascendido a teniente. Ross era un hombre testarudo, vanidoso, irascible, valiente e ingenioso. Pelirrojo de baja estatura y con un fuerte carácter, no solía caer muy bien a la gente. Era una persona autodidacta, siempre tenía ideas nuevas con las que sentirse ocupado, y aunque nunca reconocía sus propios errores, sabía aprender de ellos. Y ahora, siendo oficial de la Marina de

Guerra británica y a sus cuarenta años de edad, le llegaba la oportunidad de inscribir su nombre, con letras de oro, en la historia de la exploración polar.

Aquella mañana del 11 de diciembre de 1817, una carta del Almirantazgo convocaba a John Ross a una reunión que iba a tener lugar en Londres. En ella, se le informaba, además, de que había sido seleccionado para mandar una expedición por el estrecho de Davis. También el escrito añadía que su salud fuera buena y su voluntad incuestionable. Ross partía con cierta ventaja respecto a los otros oficiales restantes que conformaban en esa época la Marina Real Británica. Su dilatada experiencia en el mar fue decisiva para su elección. Por sugerencia de sir George Hope, oficial de la Marina británica y gracias a su insistencia, Ross sería el escogido para dirigir aquella expedición polar que le debía llevar a unas tierras hasta entonces desconocidas por Occidente. Pero su elección no había resultado nada fácil.

William Scoresby Jr. (Crompton, Yorkshire, 5 de octubre de 1789) era el ballenero más brillante de la Inglaterra de principios del siglo XIX. Siempre estaba explorando el Ártico y sus capturas eran superiores a las de sus competidores. Al igual que Ross era autodidacta y además científico. A los once años hizo su primer viaje al Ártico con su padre, que también era ballenero. Fue el primer hombre que se dio cuenta, por ejemplo, de que las diferencias de color que tenía el mar eran debidas al plancton. El 25 de mayo de 1806, en una expedición ballenera a Groenlandia, junto a su padre, llegó hasta los 81° 30' de latitud norte y 19° de longitud este, récord que no sería superado hasta 1827. En 1807 empezó sus estudios sobre la naturaleza y la meteorología árticas. Diez años más tarde, había observado, en uno de sus viajes, que «unas dos mil leguas cuadradas de la superficie marina de Groenlandia, incluida entre los paralelos 74 y 80, estaban completamente libres de hielo y que había desaparecido todo en los dos últimos años». Además, afirmaba que bajo la superficie de un inmenso mar polar congelado se podían encontrar aguas libres. Así pues, ante esta realidad observada, propuso a sir Joseph Banks, explorador y presidente de la Royal Society, la idea de una expedición, subvencionada por el Almirantazgo británico, que descubriera de una vez por todas el famoso Paso del Noroeste.

Tanto sir Joseph Banks como John Barrow, el segundo secretario del Almirantazgo, estaban entusiasmados con este proyecto. Ambos veían la posibilidad de solucionar por fin el problema del Paso del Noroeste. Pero Scoresby tenía un pequeño inconveniente, no era oficial de marina y por tanto, solo podía colaborar como piloto,

cosa que lógicamente rechazó. Así fue cómo el mando de la expedición recayó en John Ross.

El 30 de diciembre, Ross llegó a Londres y tras visitar a lord Melville, primer lord del Almirantazgo y averiguar que sus opciones para la promoción serían mejoradas aceptando dicho servicio, fue a visitar los barcos que debían llevarlo al Ártico, flotando a través de sus aguas y volando por encima de sus témpanos de hielo. Escogió el Isabella de 385 toneladas de desplazamiento, por ser más apropiado para su escala de mando, y dejó el Alexander de 252,5 toneladas, a un joven muy prometedor, William Edward Parry, que pese a ser el favorito de John Barrow para dirigir esta expedición, tuvo que conformarse con comandar el barco que se le había asignado. Parry era el as que se había guardado en la manga el segundo secretario del Almirantazgo para poder asegurar el éxito de esta expedición.

William Edward Parry había nacido el 19 de diciembre de 1790 en Bath, Inglaterra. A la edad de trece años se alistó en la Marina Real Británica. En 1806 fue nombrado guardia marina y, en 1810, sería promocionado y ascendido a teniente. Subió a bordo de la fragata Alexander, en la que estuvo durante tres años dedicándose a la protección de la industria pesquera de la ballena en Spitsbergen. El tiempo que estuvo en el Ártico lo aprovechó para el estudio y la práctica de las observaciones astronómicas en esas latitudes tan septentrionales. El resultado de sus investigaciones fue recogido en un pequeño volumen titulado Nautical Astronomy by Night (1816). Tras desempeñar sus servicios en una estación norteamericana y haberse pasado la mayor parte de la guerra en los tranquilos bloqueos del Báltico y América, ahora, en 1818, le llegaba la oportunidad de su vida. Parry era un hombre ambicioso, necesitado de aventuras, de vivencias extremas, y sabía cómo ganarse la confianza de un hombre tan difícil y complejo como Barrow. Quería que lo enviaran algún sitio, daba igual cual. Ahora ya sabía su destino; solo faltaba ponerle el nombre al lugar.

Los oficiales menores de la expedición ya habían sido escogidos antes de que llegara Ross a Londres, por lo que solo pudo incluir a uno más. El elegido fue un hombre de confianza, su sobrino James Clark Ross (Londres, 15 de abril de 1800) a quien había guiado y enseñado en sus primeros años de servicio. En 1812 se alistó en la Marina británica. Tenía el mismo genio, arrogancia y vanidad que su tío, pero a diferencia de él, era una persona que sabía caer bien entre la gente y, además, tenía astucia para tratar determinados temas, sobre todo políticos. Por aquel entonces, era guardia marina y aunque este podía ser el viaje de su vida, la historia le tenía

reservado un sitio entre los privilegiados, pero en otro lugar y momento. La fama y la gloria, si se lograban los objetivos, estaban reservadas sobre todo a dos hombres: el capitán John Ross y el teniente William Edward Parry. El teniente de la Marina Real Henry Parkyns Hoppner (Londres, 1795) y el capitán Edward Sabine (Dublín, 14 de octubre de 1788), fueron otros de los oficiales escogidos. Este último, tras su paso por la Artillería Real, se dedicaba de pleno a la investigación científica, en temas como la astronomía, el magnetismo terrestre o la geografía física. Ahora, por recomendación de la Royal Society, participaba en la expedición, aportándole el carácter científico que necesitaba.

En 1818 Barrow había obtenido el permiso para organizar dos expediciones, así que mientras John Ross y William Edward Parry centraban su objetivo en buscar el deseado Paso del Noroeste, el capitán David Buchan y el teniente John Franklin tenían como misión localizar el Polo Norte Geográfico. Estos, asimismo, debían cruzar el Polo y encontrarse con Ross y Parry que, supuestamente, habrían atravesado el Paso del Noroeste. En el estrecho de Bering les aguardarían otros buques para darles la bienvenida o para salvar a los supervivientes de ambas expediciones. Esos cuatro hombres tenían algunas cosas en común; excepto Parry, ninguno había estado antes en el Ártico; solo habían aceptado porque se les ofrecía un empleo, y esperaban, con esta misión, verse recompensados con un ascenso.

Habiendo expresado su Alteza Real el Príncipe Regente al vizconde de Melville su voluntad de que se lleve a cabo el intento de descubrir un paso del Noroeste por mar del Atlántico al Pacífico, hemos dispuesto, en consecuencia, que se pertrechen y acondicionen cuatro barcos o naves, para tal fin, dos de los cuales, el Isabella y el Alexander, navegarán juntos rumbo norte-noroeste por el estrecho de Davis; y otros dos, el Dorothea y el Trent, seguirán el rumbo más septentrional posible por los mares de Spitsbergen.

Era un proyecto ambicioso, en una época en la que el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda tenía hambre de descubrimientos geográficos. Por eso, no solo se trataba de encontrar una ruta hacia el Pacífico, sino que las órdenes oficiales incluían también, como objeto secundario, la geografía y la hidrografía de las regiones árticas, de las que tan poco se sabía. Así que se debía ir bien preparado para las posibles inclemencias climatológicas y para los imprevistos del hielo polar, tan desconocido como peligroso. Ross, a pesar de su dilatada experiencia marina, había navegado por el mar Mediterráneo, el mar Báltico, el mar del Norte, el mar Blanco, incluso por el

Caribe y el Atlántico Sur, quiso supervisar cuidadosamente los preparativos que se estaban haciendo para adaptar los barcos al Ártico, aun no habiendo estado allí nunca. Ambos barcos tenían casco de doble forro de madera, con los interiores apuntalados con cuadernas extra y las proas afiladas y reforzadas con planchas de hierro de dos centímetros. Se instalaron timones y cabrestantes de repuesto. Se estibarón anclas, pértigas y sierras para el hielo, y una cubierta de lona por si se veían obligados a tener que pasar un invierno en el barco. Se llevaron camas en vez de literas por si tenían que trasladarse a tierra en caso de naufragio. Los tripulantes (casi todos balleneros que se habían sentido tentados por la paga doble que ofreció el Almirantazgo) fueron equipados con ropa para el frío y mantos de piel. Los oficiales, a su vez, recibieron una biblioteca de veinticinco volúmenes sobre el Ártico, a los que la Sociedad Bíblica Naval y Militar añadió noventa breviarios edificantes a fin de que los compartieran ambos barcos. Para atajar la posibilidad de naufragio o reparación, cargaron casi mil metros de madera y 56.000 clavos cuyo peso variaba de 2,7 kilos a 600 gramos.

Fue armado también un espolón rompehielos en la proa de ambos buques. Las Comisiones de armadores, por su parte, se dedicaron a inspeccionar minuciosamente las provisiones, las camas, los antiescorbúticos y la calefacción.

Respecto a los alimentos, la previsión era para 36 meses e incluía, entre otras cosas, quince toneladas de pan, ocho toneladas de ternera en piezas de ocho libras, mil libras de pasas y 3.500 libras de zumo de limón.

Hacia bastante tiempo que se había descubierto el efecto antiescorbútico del limón, por lo que era necesario llevarlo en abundancia si no querían que la tripulación cayera bajo los efectos mortales de esta enfermedad nutricional llamada escorbuto y causada por la deficiencia de vitamina C; sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de una largo viaje por mar. También, lógicamente, contaban con el hecho de poder cazar durante el viaje, aunque debido al desconocimiento que se tenía de la región, lo mejor era llevar suficientes alimentos. Si una cosa se había demostrado en los últimos doscientos años de exploración, era que la dieta alimenticia constituía uno de los aspectos más importantes para sobrevivir en el mar.

El Almirantazgo y por supuesto la Royal Society, aportaron cronómetros y brújulas, y toda una serie de instrumentos de última tecnología para quizá justificar el carácter científico que debía tener la expedición ante los ojos del gran público británico que observaba con expectación este viaje.

Respecto a los artículos previstos como regalos para los nativos de la costa occidental de Groenlandia y la costa norteamericana, con los que quizá tuvieran que negociar y comerciar, se empaquetaron: 2.000 agujas, 200 espejos, 30 pares de tijeras, 150 libras de jabón, 102 libras de rapé, 129 galones de ginebra inglesa, 488 litros de brandy, 40 paraguas, así como cuchillos, diversas chucherías y tabaco. Por si acaso, no se olvidaron de llevar también mosquetes y escopetas, por si los indígenas no tuvieran un carácter amistoso. Aparte de los libros entregados a los oficiales y que básicamente eran informes y diarios de las primeras expediciones árticas como las de Samuel Hearne, Alexander Mackenzie, Henry Ellis o James Cook, dieron también un ejemplar de la Biblia a cada miembro de la tripulación. La previsión de víveres era para tres años y no se debían escatimar esfuerzos. Había mucho en juego, quizá demasiado. El tiempo y el valor de unos hombres darían la razón a unos y se la quitarían a otros. Sin duda, el fracaso era una palabra que debía borrarse de los diarios y de las mentes de aquellos navegantes que esperaban encontrar lo que buscaban, en medio de la nada, dura y fría como un témpano de hielo.

La Marina Real y la Junta de Longitudes, con el proyecto de llegar a China, habían acordado una serie de primas por lograr los objetivos: cinco mil libras al primer barco que navegara al norte del Círculo Polar Ártico hasta la longitud 110° oeste; 10.000 libras por llegar a los 130° oeste; 15.000 libras si se alcanzaba los 150° oeste; 20.000 libras al primer barco que surcara las aguas del océano Pacífico, habiendo cruzado el Paso del Noroeste y 2.500 libras para el que rebasase los 89° de latitud norte. Ross, por su parte, supervisó las pagas que sus hombres debían recibir. Él recibiría 46 libras al mes, y Parry, 23. Los guarda marinas cobrarían 6 libras, 2 chelines y 8 peniques; el cocinero, 4 libras, y el médico de la expedición cobraría, 39 libras, 4 chelines y 6 peniques.

Entre el resto de la tripulación había un hombre que solo cobraría 3 libras al mes pero que tendría un papel fundamental y decisivo en la expedición, aunque él aún no lo supiera. Se trataba de un esquimal llamado John Sackheuse. Fue personalmente elegido por John Ross para que actuara como intérprete. John Sackheuse había nacido en Prøven (norte de Groenlandia), en 1796 o 1797. Unos años más tarde, en 1815, partió clandestinamente de su pueblo natal en un ballenero escocés con el fin de obtener una profunda cultura teológica y luego volver a su país, para poner en práctica todo lo que había aprendido y para estar al servicio de su pueblo. Tras ser salvado en una tormenta por un barco inglés, llegó a Edimburgo, donde no solo se inició en

teología y aprendió inglés, sino que también estudió Bellas Artes. Era un hombre imaginativo, activo y enérgico. Su papel como intérprete iba a ser fundamental en esta expedición, pero sus dibujos en pluma y acuarela iban a inmortalizar uno de los momentos históricos más importantes no solo de la exploración polar, sino también de la historia de un pueblo.

Los preparativos de la expedición comenzaron en Deptford, en enero de 1818. Durante tres meses el público británico contempló con entusiasmo cómo se organizaba la que posiblemente era la mayor y más ambiciosa aventura naval que el hombre había emprendido jamás. En este viaje estaban los mejores hombres a bordo de los barcos más idóneos, aunque William Scoresby no iba con ellos y, probablemente, lo echarían de menos. La imaginación y la fantasía popular se apoderaron de las calles de Deptford, por las que corría multitud de gente, sobre todo procedente de Londres, para ver los avances y progresos de aquel viaje que estaba en manos de unos hombres que, en su mayoría, no habían visto aún el hielo polar.

Poco a poco, llegaba el momento de la verdad. Las instrucciones que recibía John Ross, fechadas el 31 de marzo de 1818, decían que debían ir hacia el Norte, a través del estrecho de Davis y de la bahía de Baffin, en una tentativa de encontrar un paso abierto en el extremo nordeste del continente americano, y luego, una vez localizado, dirigirse hacia el Oeste hasta llegar al océano Pacífico por el estrecho de Bering. Durante el viaje, los expedicionarios debían hacer observaciones sobre las corrientes marinas, mareas, condiciones del hielo, el magnetismo polar y, finalmente, recoger también especímenes relacionados con la historia natural. Ese mismo día se registró el mayor número de visitantes, coincidiendo además con la presencia de su alteza real el duque de Clarence, lord Melville y sir Thomas Byam Martin, interventor de la Marina Real, para dar el visto bueno de los barcos Isabella y Alexander.

Así pues, Inglaterra se convertía en el cerebro, y Escocia, en los brazos y las piernas de una expedición donde la audacia, la resistencia y la imaginación dependían en parte de la respuesta de las tripulaciones y del empuje de quienes las dirigían. El 18 de abril, el capitán John Ross subió a bordo del Isabella con 57 hombres, mientras William Edward Parry hacía lo propio en el Alexander, con 37 hombres. Ahora solo quedaba esperar a que el viento se levantara y diese la señal de partida para ambas expediciones.

«Nada tiene valor en sí mismo; la ocasional necesidad de cada individuo es lo que lo determina». **Inughit del norte de Groenlandia**

1

30 de abril de 2001, Varangerfjorden (Laponia-Noruega)

Aquella era la primera vez que veía un mar congelado. Hacía un día que estaba en el Ártico y cada momento me parecía increíble e inolvidable. El territorio de Laponia, de Finlandia y Noruega, era el destino escogido en este segundo viaje, aprovechando una oferta muy tentadora de la compañía aérea Finnair. Quería saber lo que era realmente el Ártico en primavera y las sensaciones que tienes cuando estás en él durante esta época. Recuerdo que antes de aterrizar en el aeropuerto de Ivalo había observado desde el avión un enorme manto blanco que cubría los árboles de la Laponia finlandesa, impregnándolos de una belleza y misterio difícilmente descriptibles. Ya en tierra, había andado por el enorme lago Inari congelado, desafiando a la naturaleza y perdiendo cualquier sentido de la responsabilidad. Los ríos helados morían salvajemente en las entrañas de los lagos. Los renos cruzaban majestuosamente la carretera y los saami se desplazaban en sus trineos, mientras otros lo hacían en sus motos de nieve. Todo ello bajo la atenta mirada del sol de medianoche, impasible ante tanta belleza. Tenía la sensación de estar en el fin del mundo, un lugar más mental que físico, pero tan real como los sentimientos que emanan de una experiencia tan perenne y extraordinaria. Las poblaciones como Ivalo, Inari, Kaamanen, Partakko, Näättämö o Utsjoki, eran espejos humanos en medio de una soledad ártica abrumadora. Las palabras parecían extrañarse en mi boca, pues aquello que estaba viviendo superaba la realidad más soñada. En este viaje, todos mis temores y mis miedos dieron paso a una profunda admiración hacia esa naturaleza, salvaje e inhóspita, y a los pueblos que habitan en ella. Y aunque en las tierras laponas no viven los inuit, al menos podía observar cómo lo hacía un pueblo como los saami en las regiones árticas europeas.

Los saami, al igual que los inuit, han desarrollado unas estrategias de supervivencia adaptadas a uno de los medios más extremos del planeta. Sin embargo, viven en áreas completamente distintas, y muchos de los recursos a los cuales tienen acceso difieren de una región a otra. En líneas generales, los inuit son básicamente un

pueblo marino, que combina la pesca en el mar con la caza en el interior, mientras los saami son sobre todo pastores. También son conocidos con el nombre de «lapones», aunque este término, originario de Suecia y Finlandia, es una palabra peyorativa al igual como sucede en el caso de los *inuit* y los «esquimales». La palabra *lapp* significa ropa de mendigo, pero también se usa como adjetivo de inculto y tonto, además de periférico.

Los conceptos *sámit*, *saami* o *sápmelaš* (de la familia saami) son los únicos que reconocen este pueblo para referirse a ellos mismos. El territorio que ocupan se conoce como *Sápmi*. Se calcula que son más de 80.000 indígenas los repartidos en las regiones septentrionales de Noruega, Finlandia, Suecia y en la península de Kola (Rusia). La cría de renos, por su significado cultural y económico, es el medio de subsistencia tradicional más importante. Aunque originalmente eran nómadas pescadores y cazadores, están volviéndose sedentarios. Quienes aún siguen la vida tradicional (se calcula que un 10% aproximadamente) se dedican principalmente al pastoreo de rebaños de renos, a la pesca y a la caza.

Una de las visitas obligatorias para conocer esta cultura es el Museo Siida en Inari, un excelente lugar para apreciar la herencia de ese pueblo, además de servir de apoyo reivindicativo de la identidad cultural de los saami. Asimismo, en el mismo Inari tuve la suerte de localizar a uno de los artistas nativos más importantes de la zona, Petteri Johannes Laiti. Algunas de sus obras eran realmente admirables, sobre todo los *coarvebaste* (una especie de cucharas de hueso de reno) y los *sámeniibi* (cuchillos de metal y hueso de reno). En sus creaciones, Petteri aplicaba las técnicas artísticas tradicionales de su pueblo sobre productos directamente obtenidos de su tierra. De este viaje también recuerdo la temperatura benigna y primaveral que me acompañó, -6° C o -7° C, y los 70° de latitud norte que alcancé al llegar al pueblo de Tana Bru.

Igualmente, pude extraer algunas conclusiones de esta experiencia ártica: aquel paisaje helado y frío que me hacía perder los sentidos podía ser tan efímero como un suspiro y tan traidor como un espejismo; estudiar a los *inuit* y convivir con ellos iba a implicar no solo sacrificio, sino también grandes dosis de sufrimiento, aunque si tenía que luchar en lo que creía, debería aprender a sufrir con lo que hacía. A pesar de estas conclusiones, no me planteé buscar un pueblo sustituto a los *inuit*; antes hubiera preferido no elegir ningún otro que traicionara la legitimidad de mi sueño. Ahora solo me faltaba responder a un interrogante para seguir adelante. Los *inuit*, que eran la última frontera humana habitada del planeta, vivían en una región muy extensa. Por este motivo debía escoger un lugar concreto hacia dónde dirigir mis pasos, pero, ¿cuál?

En la época en que los «no nativos» empezaron a frecuentar el Gran Norte (a partir del siglo XVI) en busca del Paso del Noroeste, existían un total de 21 grupos inuit repartidos a lo largo de las regiones árticas de Rusia (Chukotka), Alaska, Canadá y Groenlandia. Las diferencias existentes entre estas tribus o bandas, venían determinadas sobre todo por su ubicación geográfica, las condiciones climáticas y los recursos naturales a los que tenían acceso en las zonas donde estaban asentados. Conocer los diferentes grupos inuit fue fundamental para tener una visión más amplia sobre el desarrollo cultural de esta etnia y para elegir mi destino.

Mapa étnico de los distintos grupos inuit del Ártico

Rusia (región de Chukotka)

Yupiiit Siberiano o Yupigyt

Alaska

Yupiiit de la isla Saint Lawrence

Iñupiat del estrecho de Bering

Iñupiat de Kotzebue Sound

Iñupiat de la costa norte de Alaska

Iñupiat del interior norte de Alaska

Cup'it de la isla Nunivak

Yupiiit de la costa sudoeste de Alaska

Alutiit, inuit del Pacífico

Canadá

Inuit del delta del Mackenzie (desaparecieron como grupo hacia 1920)

Inuit del Cobre

Inuit Netsilik

Inuit del Caribú

Inuit Sadlermiut o Sallirmiut (extinguidos en 1903)

Inuit Iglulik

Inuit Ungava (o nuevo inuit de Quebec)

Inuit de la Tierra de Baffin

Inuit del Labrador

Groenlandia

Inuit del este de Groenlandia

Inuit del oeste de Groenlandia

Inughuit del noroeste de Groenlandia

3

Mientras estudiaba a los inuit y buscaba mi lugar en el Gran Norte, debía preocuparme también por obtener fondos económicos, sin los cuales difícilmente podría realizar viajes al Ártico. Estos, por norma general, han sido siempre bastante caros y difícilmente podría hacer frente a los gastos derivados de una expedición.

Era consciente que con mi escasa experiencia ártica y mis primarios conocimientos sobre la cultura inuit, poca o ninguna esponsorización iba a conseguir. Pero tuve la suerte de estar en el momento y lugar adecuados. Gracias a Carme Fauria, directora del Museu Etnològic de Barcelona, y a la doctora en Antropología Cultural Yolanda Aixalà, pude colaborar como documentalista (1999-2002) en la exposición *Barcelona, Mosaic de Cultures del segle xx*. Este trabajo me proporcionó los ingresos suficientes para llevar a cabo una expedición al Ártico. Ahora solo me faltaba escoger un destino del cual, probablemente, apenas dispondría de información de primera mano y eso, tratándose del Ártico, me aterraba. La experiencia de todos los viajes que había realizado hasta aquel momento de poco me iban a servir en el Gran Norte. Además, no conocía a nadie que hubiera estado allí y, desgraciadamente, todavía en España las informaciones sobre las regiones polares y los inuit continuaban siendo deficientes y escasas. Pero mi suerte cambió en cuestión de semanas, y a finales del año 2001, aparecieron en mi vida las dos personas que más me iban a ayudar a llevar a cabo mi aventura ártica. Por una parte, conocí a Lourdes Cañadilla, la persona que se convertiría, con el tiempo, en mi mujer y la voz de mi conciencia. Desde el principio, compartí con ella mi proyecto y sus opiniones fueron de gran valor en unos momentos de absoluta indecisión. Sin su corazón, el Ártico hubiera sido, desde luego, mucho más frío.

La segunda persona importante que conocí fue Ramón Hernando de Larramendi, uno de los exploradores más significativos de la historia polar española y también el primer español en escribir un libro de ensayo sobre los inuit. Si había alguien que pudiera darme el empujón definitivo, este sin duda era Ramón Larramendi, un hombre grandullón que me recordaba a grandes exploradores como Vilhjalmur Stefánsson.

Conocer a Ramón Larramendi fue muy importante para mí, no solo por su experiencia en el mundo polar sino también porque era la primera persona que conocía que había convivido con los inuit. Saber de sus vivencias, así como también escuchar sus consejos, fueron fundamentales para dar el último paso definitivo. La verdad es que me entusiasmó poder compartir con Ramón Larramendi ideas, sueños, y sobre todo, conocimientos. De trato humilde y sencillo, es de esas personas que nadie diría que había realizado todo tipo de hazañas extraordinarias, ya que explicaba sus historias con suma naturalidad. Sin duda, podía y debía aprender mucho de este hombre. Sus conocimientos sobre la cultura inuit eran un referente para mí y su experiencia ártica, una necesidad vital que quería conocer. A Ramón Larramendi, al cual siempre he admirado por sus gestas polares, le debo el último empujón que me faltaba para lanzarme al vacío blanco y desconocido.

Como afirma Joseph Campbell, todos tenemos la aventura para la que estamos preparados; pero, ¿realmente, yo lo estaba? Más tarde, comprobaría que si dudas es porque alguna cosa no funciona; aunque si crees en algo, nada ni nadie debe impedir que sigas tu propio camino. Yo estaba en la primera fase y tardé poco tiempo en pasar a la segunda. Como diría Ramón Larramendi, estaba logrando la suficiente fuerza mental para vivir en el Ártico. De momento, tras conocerlo, solo esperaba estar a la altura de las circunstancias y que las experiencias que yo estaba dispuesto a vivir sirvieran para lograr mi objetivo. Me consideraba afortunado por realizar este proyecto y solo por ese motivo sentía la necesidad primaria de seguir los pasos que me dictaba el corazón.

Además, deseaba luchar contra las ideas equívocas que se tenían acerca de los inuit, sobre todo a raíz del aumento de los contactos con los europeos que los consideraron como «salvajes», «sucios» y «primitivos», entre otros atributos despectivos. Sin apenas conocer a este pueblo, quería no solo divulgar esta cultura, sino también transmitir todos sus temores y esperanzas; pero para hacer esto último, debía convivir primero con los inuit. Así que tenía que elegir el lugar donde empezar mi verdadero trabajo de investigación, aunque inconscientemente ese sitio ya llevaba tiempo en mi mente.

Recuerdo que la segunda vez que Ramón Larramendi y yo nos vimos, abordé directamente el tema de realizar al año siguiente un viaje al Ártico para convivir con los inuit. Sentía que había llegado el momento de efectuar el último paso y tenía la seguridad de que estaba realmente preparado para enfrentarme a un mundo que siempre supe que me estaba esperando. Dado que Ramón Larramendi tenía seis años de vivencias en el Ártico, quién mejor que él para que me recomendara cuál debía ser mi destino idóneo. En mi interior, esperaba oír el nombre de aquel lugar que Ramón Larramendi no tardó mucho en pronunciar: Groenlandia. Según él, uno de los lugares donde aún se conservan las viejas tradiciones ancestrales y en el que es posible ver los progresos de los inuit en el mundo moderno. Era curioso, desde pequeño siempre había pensado que si debía elegir un destino en el Ártico, este sin duda tenía que ser Groenlandia. Así que al cabo de unos días fui a ver a una amiga que trabajaba en una agencia de viajes. Jamás olvidaré la cara de Maite cuando le dije dónde quería ir. Su expresión de incredulidad y sorpresa me hizo temer lo peor. Las poblaciones de Groenlandia nos parecían nombres ininteligibles y desconocidos. Así que ambos tuvimos que hacer un curso intensivo.

La isla de Groenlandia tiene dos aeropuertos internacionales a los que se puede llegar desde Copenhague: Narsarsuaq, situado en la costa sudoeste, y Kangerlussuaq, localizado justo encima del Círculo Polar Ártico, también en el litoral occidental. Luego está el aeropuerto de la isla de Kulusuk, en la costa este, al cual se puede acceder desde Reykjavik (Islandia). Así que básicamente tenía tres opciones y debía escoger una. El Sur no me motivaba mucho, porque dentro del escaso turismo existente en Groenlandia, aquella era la zona más frecuentada y, probablemente, donde se había desarrollado un mayor proceso de «danesificación». La costa este no me ofrecía muchas garantías de éxito, debido básicamente a la poca información disponible, sobre todo de primera mano. En aquel momento, pensé que no era la mejor opción para empezar mi primera aventura ártica, aunque quizá sí fuera la más atractiva. Finalmente, acabé escogiendo Kangerlussuaq, el centro neurálgico, para ir luego al norte de Groenlandia.

Sin embargo, todavía me quedaba mucho por saber y demasiado que aprender en poco tiempo. Guiado por el buen precio que me costaba aquel vuelo desde Copenhague,

no pensé qué podía encontrar en esa población y por lo tanto, el destino me pareció perfecto; ingenuo de mí. Con el tiempo, he llegado a pensar que si no hubiera pagado el billete de avión al contado, jamás habría realizado aquel viaje, ya que tras salir de la agencia de viajes volvieron aparecer los temores; esos dichosos miedos que, a veces, llegan en el momento menos propicio y desaparecen cuando menos te lo esperas. Estaba realmente atemorizado, asustado, pero con la increíble seguridad y certeza de que era ahora o nunca. Lógicamente, tras informar a Lourdes de la locura que acaba de cometer, llamé a Ramón Larramendi y fue entonces cuando se me cayó el mundo encima.

—Hola, Ramón, ya tengo billete para Groenlandia —anuncié.

—Fenómeno... ¿Cuándo te vas?

—El tres de mayo.

—¿Vas solo?

—Pues sí. —No puedo explicar en palabras lo que en ese momento la pregunta de Ramón suponía para mí, pero sentí cómo un sueño se desvanecía.

—Ahí tus... —dejó inconclusa la frase—. Bueno, claro que sí... ¡Adelante!

—Voy a Kangerlussuaq. No sé si has estado allí.

—¿A Kangerlussuaq? —repitió mi interlocutor—. Pero si allí no hay nada, solo un aeropuerto, algunas casas prefabricadas y nada más. ¿Cuánto tiempo vas?

—Unas tres semanas.

—Intenta buscar otro sitio, Francesc —me recomendó—. Tres semanas en Kangerlussuaq se te harán eternas, y allí no encontrarás lo que buscas. Vete más al Norte, a la bahía de Disko, a Ilulissat. Podrás ver más movimiento de gente y el paisaje es sensacional.

—Muy bien, miraré qué encuentro —convine, tras unos momentos de vacilación—. Te llamo en cuanto sepa algo.

—De acuerdo, hasta pronto.

Colgué el teléfono y me quedé unos segundos atónito. Había cometido un error de cálculo, más bien por ignorancia que por ingenuidad. Quizá debí primero preguntar a Ramón Larramendi cuál era el mejor destino de la colosal isla para iniciar mi periplo Ártico. Aquella frivolidad, que bien pudo costarme un disgusto, sirvió para darme cuenta de dónde me metía. Si de una cosa sirven los errores, es que puedes aprender de ellos. Así que hice caso a Ramón Larramendi y me fui de nuevo a ver a Maite. Compré el billete de avión para Ilulissat y aunque me implicaba estar unos días más, estaba

completamente seguro que hacía lo correcto. Una vez elegido mi destino, el siguiente paso fue informarme de todo cuanto pudiera sobre los inuit de Groenlandia y del área que iba a visitar.

En marzo conseguí por fin un libro que llevaba más de siete años buscando, *Los últimos reyes de Thule*, de Jean Malaurie. Esta obra es de las pocas monografías traducidas al castellano que existen sobre un grupo inuit de Groenlandia. Además, contiene información esencial para aquellos que estén dispuestos a aventurarse con los cazadores del Gran Norte, en un trineo de perros, por las frías y heladas tierras árticas. La lectura de este libro fue fundamental para conocer los problemas con los que podría encontrarme. El proyecto empezaba a tomar cuerpo y a medida que iba definiendo mi objetivo, delimitaba más el ámbito geográfico que quería estudiar. Por fin mi brújula encontraba el lugar preciso hacia donde debía guiar mis pasos: la frontera humana más alejada del Sur y más cercana al Polo Norte, el distrito de Avanersuaq. Situado en la costa noroeste de Groenlandia, abarca un extenso territorio en el que viven los Inughuit, Inughuin, Inugguit o Inuhuit (plural de Inughuaq o Inugguaq), que significa los «grandes hombres» o también «los auténticos hombres», y que por la información que tenía aún mantenían muchas de sus tradiciones ancestrales. Además, según pude leer, la gente de allí improvisaba canciones y poemas y también realizaba duelos cantados, al menos en el pasado. Pero aún no estaba preparado para hacer ese viaje. Decidí, pues, establecer mi campamento base en Ilulissat. Sería mi puerta hacia el Norte, el límite imaginario entre el sueño y la realidad, entre el deseo y la determinación. Y así fue cómo empecé a idear una expedición al distrito de Avanersuaq que sería llevada a cabo en 2004. Durante esos dos años tendría el tiempo suficiente para preparar este viaje, aunque no estaba seguro de conseguir los fondos económicos suficientes para hacerlo. La estrategia que debía seguir era ir a Ilulissat para conocer a los inuit groenlandeses de la bahía de Disko, disfrutar de los paisajes árticos y buscar contactos para realizar una expedición mucho más al Norte, dos años después.

Los meses siguientes, antes de mi partida, procuré pensar lo menos posible en si estaba o no cometiendo un error realizando aquel viaje. Así que mientras me cambiaba de piso, comencé a realizar los primeros preparativos para ir al Gran Norte. Pedí información de Groenlandia a la Embajada danesa y me aprovisioné de mapas y libros que pudieran servir para mi cometido. Evidentemente, no podía faltar en mi equipaje la guía *Lonely Planet* sobre Groenlandia (incluía también Islandia e Islas Feroe). A continuación, me dediqué a buscar ropa de abrigo imprescindible en aquellas latitudes.

En mis lecturas árticas había leído que las prendas de algodón no están muy recomendadas en las regiones polares, básicamente porque no transpiran y acumulan el sudor humano; lo que en situaciones extremas y con un ejercicio físico continuo podía provocar hipotermia. Exceptuando la indumentaria de piel animal, lo más recomendable era la ropa de lana y sobre todo, de poliéster o poliamida. Así que me compré, entre otras cosas, un anorak, un par de botas y pantalones de *trekking*, polainas, guantes de *Gore-Tex*, gorro y calcetines de lana, camiseta y pantalón térmicos, gafas de sol protección UV grado 3, forros polares, saco de dormir de plumón *duvet*, camisetas de poliéster y crema de protección solar. También me hice con todo el material de trabajo que me iba a llevar: grabadora y cintas vírgenes de audio, un diario de viaje, dos cámaras fotográficas, filtros ultravioleta de diferentes tipos y graduaciones, quince carretes de diapositivas e igual cantidad más de fotografías, lápices y bolígrafos. Además, compré un kilo de caramelos, ya que es un buen recurso comunicativo con niños y adultos.

Uno de los problemas a que debía hacer frente era el tema del idioma. En Groenlandia hay dos lenguas oficiales, el danés, por ser una autonomía danesa, y el Kalaallisut. Quizá con un diccionario de inglés, el lenguaje oficial del viajero, y otro de danés tuviera suficiente. Asimismo, en casos excepcionales podía recurrir al lenguaje de los signos aunque este funciona, siempre y cuando las reglas culturales de expresión coincidan con las del país en el que te encuentras; si no, lo más probable es que se den situaciones desagradables donde la buena voluntad del viajero acabe frustrando un intento de comunicación. En mi caso estaba claro que, por el momento y hasta no conocer más a los inuit, no era una opción válida. Por lo tanto, mi única elección era buscar a un intérprete que hablara inglés o francés en la bahía de Disko. Evidentemente, si además conseguía encontrar un diccionario de Kalaallisut en Copenhague o en Ilulissat mucho mejor. Así pues, un buen comienzo fue empezar a familiarizarme con algunas palabras nativas. Kalaallit Nunaat era Groenlandia, y para designar de forma singular a sus habitantes inuit, tenían las palabras *kalaaleq* o *grønlandsk*, según el grado de aculturación del indígena.

Finalmente, llegó el día de mi partida y una de las cosas que más recuerdo de ese momento es que estaba sumamente tranquilo. Resultaba curioso ver cómo el gusanillo que muchos viajeros tenemos antes de emprender la marcha esta vez lo tenía dormido. Nadie diría, por mi aspecto, que me iba hasta los confines de la Tierra. Por eso, cuando me despedí de Lourdes en el aeropuerto de Barcelona, el 2 de mayo de 2002, robándole

su mirada escondida entre las lágrimas, supe que por fin mi momento había llegado. Y fue así como besando su último beso, me dirigí hacia Kalaallit Nunaat, en busca de los *poetas del Ártico*.

Capítulo III

25 de abril de 1818, Londres (Inglaterra)

El 25 de abril se levantó un viento del sudeste favorable para la navegación, y los cuatro barcos, Isabella, Alexander, Dorothea y Trent, bajaron por el Támesis poniendo rumbo al Ártico. La aventura no había hecho más que empezar. Después de navegar por el litoral de Inglaterra y de recoger a David Buchan en las Islas Shetland, el 1 de mayo las dos expediciones se separaron. La próxima vez que se volvieran a ver sería para compartir la gloria, tras haber navegado los unos, a través del Paso del Noroeste y los otros, alcanzado el Polo Norte Geográfico. Pero el Ártico los esperaba y no precisamente para ayudarles a conseguir sus objetivos. Lo peor de todo es que aquellos hombres intrépidos, que buscaban la aventura, la fama y el dinero, se adentraban en un lugar donde afloran los peores miedos y en el cual la fortaleza mental suministra la mitad de la vida que puedes llegar a conservar.

John Barrow buscaba obstinadamente una acumulación de conocimientos científicos no solo del Ártico, sino también del continente Antártico y de África. Las empresas que organizaba buscaban, además, una serie de objetivos individuales según los distintos territorios geográficos, y a pesar de ello, todos tenían un denominador común: llegar a esos lugares donde en los mapas todavía figuraban con el término «desconocido» e «inexplorado». En pocas palabras, la meta era lograr el progreso de la geografía, la navegación y el comercio. La recompensa para sus participantes era la fama, y el prestigio internacional quedaba reservado para el Reino Unido. Así pues, esta expedición reunía todos los requisitos para convertirse en un gran viaje a través de las aguas polares del Ártico. Cirujanos, dibujantes, navegantes y gente preparada en el manejo y obtención de datos, con instrumentos científicos como los barómetros, cronómetros, teodolitos, péndulos y termómetros, entre otros, formaban el equipo humano y técnico de ambas expediciones. Su preparación y equipación estaban a años luz de las exploraciones que se habían realizado anteriormente.

Todo parecía dispuesto para que Barrow y sus hombres salieran victoriosos de esta gran aventura. Sin embargo, en Inglaterra se quedaba un hombre al que se le debía mucho y por lo que gracias a él este viaje llevaba camino de tener éxito. William Scoresby se había quedado en puerto, olvidado ahora voluntariamente por el Almirantazgo en un momento en el que quizá hubiera sido necesaria su experiencia, no solo como pescador, sino también como marino experto en aquellas latitudes tan septentrionales. Seguramente muchos de los expedicionarios, durante los meses siguientes, se acordarían de él.

Los barcos se habían ya separado, el Dorothea y el Trent con dirección a las Islas Spitsbergen, mientras el Isabella y el Alexander navegaban hacia la bahía de Baffin. El 26 de mayo divisaron los primeros hielos en Groenlandia. Pocos días después, la expedición de Ross y Parry se encontraba frente al estrecho de Davis con multitud de icebergs que esquivaban a su paso. El 3 de junio, ambos barcos estaban ya en el interior del estrecho de Davis, frente a la costa occidental groenlandesa. Una semana más tarde, navegaban por un canal de no más de diez millas náuticas de anchura, situado entre la costa de Groenlandia y la banquisa central de hielo de la bahía de Baffin.

En los 70° 43' norte, cerca de las islas de Hare y Disko, en el estrecho de Waygatt, al norte de la bahía de Baffin, se encontraron, sorprendentemente, con una flota de 45 balleneros británicos. Para William Parry, aquel lugar parecía un puerto de mar fluorescente en medio de una región congelada y desierta, y repleta de icebergs que flotaban a la deriva sobre un mar aparentemente de aguas tranquilas. Pero no debían fiarse de las apariencias, y los barcos balleneros, que les aclamaron cuando pasaron delante de ellos, lo sabían perfectamente.

John Ross estaba abrumado no solo por la presencia de aquellos barcos sino también por el paisaje y la naturaleza que los envolvían desde que bordearon el cabo Farvel, en una «escena cuya representación está fuera del alcance del arte». No era un lugar desconocido como ellos habían pensado, y los balleneros constituían la mejor prueba. Sin embargo, para muchos de esos hombres, que jamás habían estado en el Ártico, el paisaje frío y helado, lleno de icebergs y animales que jamás habían visto, en medio de colores y formas inimaginables y del sol de medianoche, que brillaba las 24 horas del día, les supuso entrar en otra dimensión, en un mundo misterioso y desconocido. Parry se sentía, al igual que el resto de la tripulación, asombrado ante lo que veían sus abiertos ojos.

El tiempo era maravilloso y claro. Y nada podía superar la serenidad y al mismo tiempo el esplendor del panorama que nos rodeaba. El mar estaba en calma, el agua era cristalina y los barcos se deslizaban suavemente entre las innumerables masas de hielo [...]. El territorio de Groenlandia, escarpado, alto, casi totalmente cubierto de nieve, llenaba todo el horizonte oriental, y la isla de Disko era más claramente visible ahora hacia el Norte: sus colinas reflejaban el rojo encendido del sol de medianoche.

Precisamente en esta isla, en la bahía de Love, habían encontrado las huellas de antiguas disputas entre balleneros rivales de distinta nacionalidad, dejando como resultado una factoría ballenera danesa incendiada.

Al estar en el principio de la estación y dado que el temporal aún no había empezado a romper los témpanos de hielo, los balleneros recomendaron a los exploradores que navegaran a través de las grietas de la banquisa que se iban ensanchando gracias a las mareas y a la corriente, y avanzaran, con suma prudencia, procurando seguir las vías navegables que estaban cerca de la costa. Sin embargo, Ross no logró encontrar ningún canal en medio de la banquisa para pasar a través de él y llegar así a aguas libres por donde poder navegar más hacia el Norte. Si algo tenía claro es que debían seguir adelante. Por eso la tripulación de ambos barcos, en ocasiones, se veía forzada a desembarcar y arrastrar las embarcaciones por los precarios, discontinuos y angostos canales de hielo. Las piernas quizá pudieran flaquear, pero en sus almas se fortalecían las ansias de triunfo.

Para que los marineros estuvieran animados y no decayeran en sus esfuerzos, Ross ordenó a uno de sus tripulantes que tocara el violín con todas sus fuerzas y energías. Tal fue el caso, que en una ocasión llegó a caer de cabeza al mar. Sin embargo, afortunadamente para él, estaba atado a un calabrote, y se pudo salvar; aplaudiendo y celebrando la tripulación no solo que hubiera salvado la vida, sino que en ningún momento, y a pesar de haberse medio ahogado, había soltado el violín de sus manos. El entusiasmo del músico contagió a unos hombres que, poco a poco, fueron avanzando a pesar de que a veces tuvieron la necesidad de halar las dos naves por medio de una cuerda que se ataba al palo de mesana.

No obstante, la situación se volvía cada vez más crítica a pesar de seguir hacia el Norte, ya que grandes témpanos de hielo iban acorralando a los barcos; y a veces, al no poder escapar de ellos, provocaban una presión tan intensa que, en una ocasión al menos, una de las embarcaciones llegó a levantarse bastantes metros por encima del

nivel del mar. Así pues, había que salir de ahí enseguida. Ross ordenó un último esfuerzo a sus hombres; debían cortar el hielo, y de esta manera se consiguió abrir un istmo de setenta y dos pies de largo por cuatro de profundidad, lo que permitió que las naves pudieran llegar a un mar más libre. En medio de este cometido, los oficiales iban registrando todos aquellos hallazgos que descubrían a su paso, celebrando y brindando por sus éxitos. Quizá todo se reducía a un panorama dantesco, donde cada uno sabía cuál era su función, pero donde unos luchaban por su existencia y otros buscaban logros para la ciencia; todo ello amenizado por la música del violinista del Isabella, al que ni el frío ni su caída al agua habían conseguido menguar la alegría con la que seguía tocando.

Unos días después de llegar a aguas más libres de hielos, pasaron por la isla Whale, gobernada por un noruego llamado Flushe que vivía desde hacía once años con su esposa, sus dos hijos, seis daneses y cien esquimales. Flushe fue hasta las naves para explicarles que el año pasado había sido terrible, que se habían visto obligados a comerse a los perros y que el presente era todavía peor. Aquello preocupó a las tripulaciones, poco acostumbradas no solo a esas latitudes tan septentrionales, sino también al intenso frío. Solo les faltaba ahora pasar hambre. Sin embargo, no contaban que quien los mandaba era un hombre testarudo que buscaba la fama en esas aguas de Groenlandia.

Así que siguieron adelante en busca de una quimera difícil de definir y mucho menos, de explicar. Hacía días que habían pasado el Círculo Polar Ártico y, cada vez más, se hacía evidente que a medida que fueran más al Norte los rastros humanos irían decreciendo. En Four Island Point se decidieron a desembarcar. Allí encontraron a un médico inglés que había robado calaveras en un cementerio esquimal o quizá las había comprado. De hecho, lo que más les llamaba la atención eran las situaciones esperpénticas, y a veces irreales, con las que se iban encontrando. Unos europeos comiéndose perros y viviendo en esas latitudes. Un médico del Reino Unido con calaveras esquimales en sus manos. Todo ello en medio de un marco incomparable, hermoso y gélido como es el Ártico. Quizá la inexperiencia de las tripulaciones en esas aguas tan septentrionales volviera las observaciones en alucinaciones. O simplemente, en aquella región lo extraordinario y extravagante formara parte de una tierra donde tan fácil parecía la muerte como difícil la vida.

A pesar de haber dejado atrás a la mayoría de los barcos balleneros, todavía había tres que navegaban con el Isabella y el Alexander. La expedición se dirigía hacia

el Norte, pasando por un paisaje natural repleto de rocas escarpadas, acantilados vertiginosos y aguas alimentadas por hielos que viajaban a la deriva. En medio de esta naturaleza salvaje, las tripulaciones quedaban también asombradas ante la presencia de las ballenas y los narvales. Las dimensiones de estos mamíferos y los géiseres de agua humeante que salían de sus cuerpos, dejaban atónitos e impresionados a aquellos hombres de mar. En una ocasión, a James Clark Ross se le presentó la oportunidad de matar a uno de estos cetáceos, un ejemplar de unos catorce metros de largo y aunque su tío, John Ross, consideró que había sido un espectáculo lamentable y muy desagradable, luego acabó agradeciendo las nueve toneladas de grasa que habían obtenido del animal. Esto les proporcionaba el combustible necesario para pasar allí un invierno. Continuaron su marcha dejando los restos de la ballena a merced de las voraces aves marinas.

A medida que se dirigían más hacia el Norte, iban dejando atrás a los barcos que les acompañaban excepto el Bon-Accord, capitaneado por un escocés de Aberdeen que siguió navegando con ellos. Finalmente, los dejaron solos al llegar a la latitud 75° 33' norte y 60° 22' oeste, cuando se encontraban a 75 millas del cabo York. A partir de ese momento los dos barcos avanzaron en la más absoluta soledad ártica. La naturaleza indomable los esperaba, aunque no era lo único. Se acercaba finales de julio, y tanto los balleneros como las ballenas, ya no estaban allí; habían desaparecido por completo. Esas aguas eran completamente desconocidas para ellos y también para el «hombre blanco», a excepción de William Baffin y Robert Bylot, que navegaron por ellas en 1616. A propósito de esta última expedición, tuvieron que pasar poco más de doscientos años para que se reincorporara aquella extensión de agua a los mapas árticos.

En las generaciones posteriores al viaje de estos dos hombres se empezó a dudar de la veracidad de los lugares donde, según Baffin, habían estado, incluso de la existencia de la bahía a la que le puso su nombre. Gracias a las confirmaciones de Ross sobre muchas de las observaciones realizadas por el propio Baffin, este recibió el merecido reconocimiento a sus descubrimientos y le devolvieron la fama que injustamente había perdido con el tiempo. Así se hacía justicia a un hombre que había sido olvidado con los años. John Ross se encargó de ello, escribiendo en su diario no solo la importancia de la figura de William Baffin en la historia de la exploración polar, sino también de sus descubrimientos, y así lo hizo constar en sus escritos. Era el tributo que rendía a un hombre al que admiraba. De una forma u otra, Baffin estaría

presente a lo largo de esta expedición, y sus descubrimientos serían ratificados por Ross dos siglos más tarde; aunque en algún momento de la expedición también él dudaría de su predecesor.

Con el redescubrimiento de la bahía de Baffin, he tenido el gran placer adicional desde la propia reflexión de haber arrojado a la luz en su justa medida ante el público, los meritos de un navegante digno y capaz [William Baffin]; cuyo destino, como el de muchos otros, no solo ha sido, el haber perdido, por una combinación de circunstancias adversas, la oportunidad de adquirir durante el curso de su vida la fama que él merecía; sino también, el haber podido vivir en esta época, para ver cómo sus descubrimientos eran borrados de los registros de la geografía, y la bahía, a la cual su nombre está tan asociado, era tratada como un fantasma de la imaginación.

Hacia días que habían pasado la latitud 75° 12' norte, y se estaban produciendo una serie de cambios que afectaban al buen funcionamiento de la expedición. Las condiciones meteorológicas se habían endurecido. Los temporales empezaban a ser habituales. El mar cada vez más se llenaba de hielos flotantes a la deriva, pues Parry llegó a ver unos mil icebergs antes de renunciar a seguir contándolos. Las temperaturas empezaban a poner a prueba la resistencia humana. Estaban cerca del final de la bahía de Baffin y algunos ya pensaban en volver. Hasta ahora la táctica de desplegar las velas y seguir, o, mejor dicho huir hacia adelante, empezaba a ser baladí en aquellas aguas. El miedo comenzaba hacer mella en aquellos marineros poco acostumbrados a aquellas latitudes tan septentrionales. Habían transcurrido ya algunos días desde que el 24 de julio, cerca de la latitud 76° norte, el capitán John Ross encontrara una larga bahía a la que dio el nombre de Melville, en honor al primer lord del Almirantazgo.

Ahora navegaban en esas aguas de la bahía de Melville dirigiéndose ambos barcos más hacia el Norte, en medio de las brumas y de los hielos, mientras el violinista del Isabella seguía animando a una dotación cada vez más decaída.

El 6 de agosto ambas naves se vieron rodeadas por los hielos, intentando en vano proseguir hacia el Norte. Un témpano enorme se acercó a uno de los lados del Isabella en el preciso instante en que icebergs de diferentes tamaños se dirigían hacia el otro costado de la embarcación. Atrapado el barco en medio de los hielos, empezó a sufrir tal presión que los flancos de la nave se doblaron y los aljibes de hierro se apretaban los unos contra los otros. Se oía el siniestro chasquido del hielo adhiriéndose al barco. El 7 de agosto, en plena tormenta y con el frío que

«acariciaba», como cuchillas afiladas, los rostros de una tripulación muy asustada, el barco pareció irremediablemente destinado a ser aplastado por aquellas moles de hielo. Solo la fuerza de la propia naturaleza que los había atrapado los podía dejar ir ahora. Y eso es lo que afortunadamente sucedió a continuación. Con la misma facilidad con la que habían quedado atrapados ahora podían verse liberados.

La banquisa iba acercando a los dos barcos y amenazaba de lanzarlos el uno contra el otro. En pleno proceso de estrujamiento del Isabella entre los hielos, el navío se levantó por encima del nivel del agua para luego volver a caer por su propio peso, desprendiéndose en aquel choque terrible las masas de hielo que llevaba adheridas el casco de la nave. Pero aquello no había hecho más que empezar. El Isabella, en su caída, se precipitó sobre el Alexander con una fuerza y violencia descomunales, chocando los castillos de popa de ambos barcos. Una lancha que había entre las embarcaciones evitó, en cierta forma, un desastre mayor al amortiguar el brutal golpe. Todos pensaron, en aquel preciso instante, que ahí acababa su aventura ártica, y con ella, también se ponía fin a sus vidas. Iban a ser engullidos por las montañas de hielo. Pero cuando todos estaban pensando en acabar aplastados, el viento cambió en el último instante el rumbo de sus vidas, el hielo retrocedió, parecía que se hubiera agotado su fuerza, y se vieron de repente en un mar libre de témpanos. El destino quería depararles otro final.

En unos instantes las vidas de esos expedicionarios habían quedado a merced de los caprichos de la naturaleza. Quizá, si un hombre como William Scoresby hubiera estado allí con ellos, les habría explicado no solo lo sucedido sino que, probablemente, también les habría orientado sobre el peligro que entrañaba viajar por aquellas regiones árticas; sobre todo, cuando navegaban entre laberintos de hielos que viajaban a la deriva. Ambas embarcaciones se separaron, y aunque las anclas estaban enredadas y se había roto la guindaleza del Alexander, no tuvieron que lamentar mayores daños. Por el momento, la situación de angustioso peligro había desaparecido. Los refuerzos colocados en los barcos cuando estaban en Deptford les habían salvado sus vidas.

«¿Cómo es de grande una familia inuit media? Un padre, una madre, dos niños y un antropólogo». **Ingmar Egede, vicepresidente de la ICC (1992-1995)**

1

3 de mayo de 2002, Kangerlussuaq (Kalaallit Nunaat)

Por fin había puesto los pies en Kalaallit Nunaat. Mi sueño empezaba a hacerse realidad, aunque seguía soñando despierto, imaginando todas aquellas cosas que un día podría aquí encontrar. Estaba como en una nube y todo lo que me había costado llegar, el proyecto que me había propuesto y las dificultades que había tenido que soportar, parecían ahora circunstanciales. Nada parecía poder quebrantar el silencio y la paz que sentía en aquel lugar. Esta quietud se transformaba en satisfacción por saber donde estaba pero también, en temor por desconocer lo que allí había. Sin embargo, debía proseguir, guiado por la misma fuerza que me había empujado hasta Kalaallit Nunaat.

Atrás había quedado mi problema con el equipaje de mano que pesaba seis kg más de lo permitido. La solución fue recolocar de nuevo todas mis cosas entre las dos mochilas que llevaba. Asimismo, no podía olvidar la incidencia de mi billete de avión de Barcelona a Copenhague, ya que según la compañía aérea Spanair, yo debía viajar al día siguiente. Claro está que eso no era posible. ¿Cómo podía estar volando a la vez desde Barcelona a Copenhague y desde la capital danesa hasta Kangerlussuaq? Así pues, tuve que ir al departamento comercial de Spanair para aclarar las cosas. Afortunadamente todo se arregló sin problemas. La cuestión era que Maite, al cambiar todo el plan, debido a mi error al escoger como único destino groenlandés Kangerlussuaq, no había cambiado el día de vuelo pero sí dejado instrucciones a la compañía aérea de hacerlo. Tuve la fortuna de que el avión no iba demasiado lleno, por lo que pude finalmente embarcar en el vuelo JK103 con destino Copenhague. Tras dos horas y 45 minutos, aterrizaba en la capital del Reino de Dinamarca. Enseguida encontré un sitio donde poder dormir a través de la oficina de Turismo: en la casa de Gerda Bjerregaard-Pedersen.

Esta mujer danesa, de unos cincuenta años de edad, vivía en un edificio antiguo en el que no había ascensor. La vivienda por dentro era enorme, con habitaciones espaciales y mucha luz. Gerda era una persona muy simpática y amable, así que no tardamos mucho en entablar conversación. Me dijo que estaba muy sorprendida de que

yo fuera a Kalaallit Nunaat para conocer y estudiar al pueblo inuit. Para ella la distancia cultural existente respecto a Dinamarca era insalvable y la isla suponía un grave problema para el Reino, ya que gastaba más de lo que producía. Lo mejor era concederle la independencia. De esta manera, Dinamarca se quitaría de encima un lastre de centenares de años y, además, Kalaallit Nunaat sería dueña de su propio destino. Fue interesante conocer la opinión de una danesa acerca de su ex colonia. Más adelante comprobaría que, efectivamente, en Dinamarca muchos opinan lo mismo que Gerda.

En Copenhague tenía varias cosas que hacer. En primer lugar, quería visitar la exposición permanente dedicada a los inuit que había en el Nationalmuseet. Asimismo, deseaba conocer el Dansk Polarcenter, una de las instituciones más importantes del mundo dedicadas a la investigación científica polar. Igualmente, quería ir al Eskimo Art Gallery, donde aparte de exhibirse, también se podían comprar antiguos objetos inuit. Al final, escogí visitar un poco la ciudad y dejar para la vuelta todos estos objetivos. Eso sí, tenía que buscar como fuera un diccionario de Kalaallisut. Así que fui directamente a la Casa de Groenlandia para comprar la llave que podía abrirme muchas puertas. Afortunadamente conseguí un libro muy sencillo, especial para viajeros que quieran atreverse con el groenlandés, *Greenlandic for travelers* de Birgitte Hertling, Atuakkiorfik, Nuuk 1993. Con diccionario en mano continué mi camino hacia Den Lille Havfrue, más conocida para los españoles como la Sirenita. Aquel día, en Copenhague, lo pasé perdiéndome entre las calles de esta magnífica ciudad. Pero mi mente estaba más puesta en Kalaallit Nunaat que en lo que veía. Solo podía pensar en el vuelo que debía tomar a la mañana siguiente hacia la impresionante isla de hielo.

2

Geografía física de Kalaallit Nunaat

Groenlandia está situada en el continente americano entre el océano Atlántico y el océano Glacial Ártico, frente las costas canadienses (Nunavut) por un lado, y el noroeste de Europa por el otro, en las coordenadas geográficas 72° 00' norte y 40° 00' oeste. Kalaallit Nunaat es la isla más grande del mundo, con una extensión total de 2.415.100 km² y una superficie libre de hielo de 410.449 km². El *inlandis*, *indlandsis* o casquete glaciar, tiene un espesor máximo de 3.500 metros. Poco más del 83% del territorio groenlandés (2.004.651 km²) es una masa helada, y tras el continente

Antártico, supone la segunda mayor reserva de hielo del planeta. Además, el Northeast Greenland National Park es el mayor parque natural del mundo con 972.000 km² (1974). El cabo Morris Jesup, en el extremo norte de la isla, es la región más septentrional de la Tierra, situado a una distancia tan solo de 730 km del Polo Norte Geográfico, mientras el cabo Farvel (o Farewell) es el punto más meridional. Groenlandia tiene 44.087 km de litoral marítimo y sus costas rocosas están bordeadas por numerosas islas y nutridas por multitud de fiordos que se adentran hacia el interior de la isla. El monte Gunnbjørn, situado en la costa este, es la montaña más alta de Groenlandia con 3.694 m. Asimismo, la tierra de los groenlandeses se caracteriza por ser una región con gran cantidad de glaciares, montañas dentadas y *nunataat* (plural de *nunatak* o *nunataq*, islas de tierra en medio de un mar de hielo) que dibujan un paisaje caótico, salvaje e indómito.

El clima es ártico y muy variable debido a la enorme extensión de territorio. En algunos valles protegidos del sur el tiempo es más benigno. Por este motivo en las áreas más meridionales existe una vegetación densa con árboles pequeños como el abedul y el sauce enano, plantas como el *Empetrum nigrum* (*paarnaqutit*), los arándanos (*kigutaarnat nagguli*), las amapolas árticas (*sungaartorsuaq*) y la *Chamerion latifolium* (*niviarsiaq*), que es la flor nacional de Groenlandia, que se encuentra por casi toda la isla. Un panorama completamente distinto lo encontramos en la costa oriental, donde la corriente polar, que viene del norte, provoca que se formen hielos de varios metros de espesor que cubren todo el litoral marino durante seis meses al año. En el área costera occidental, desde Paamiut hasta Sisimiut, hay una corriente relativamente cálida que mantiene la costa libre de hielos todo el año. Por el contrario, más al norte de la bahía de Disko a lo largo de seis meses el mar permanece helado, haciendo casi imposible la navegación por estas latitudes.

En verano grandes masas de hielo provenientes del océano Glacial Ártico y también icebergs que se forman desde los glaciares groenlandeses son arrastradas por la corriente del Labrador hacia el Sur, a través de las costas canadienses, hasta llegar a la península del Labrador y Newfoundland. Durante los meses más cálidos solo 1/7 parte de la superficie de Groenlandia queda libre de hielo. Es el momento en el que la nieve deja paso a una vegetación de musgos y líquenes. En el extremo nororiental de la isla no existe una capa de hielo, ya que el aire es demasiado seco para producir la nieve, esencial para su formación. Además, debido a la ausencia de precipitaciones en algunas áreas del norte de la isla, el paisaje permanece completamente desnudo y agreste. En el

ámbito geológico, el suelo de Groenlandia es de una gran diversidad, lo que ha permitido descubrir yacimientos importantes de materias primas como: carbón, mármol, zinc, plomo, plata, petróleo, oro, niobio, tantalio, uranio, hierro y diamantes. Además, aquí se encontró la única mina de criolita del mundo, actualmente cerrada, en el área de Ivittuut (Ivigut, 1865-1987). La vegetación se compone básicamente de plantas alpinas (unas quinientas especies silvestres) y de tundra: musgos, líquen, brezo, etc.

Respecto a los recursos marítimos, gracias al deshielo en los meses de verano, grandes cantidades de sales nutritivas alimentan las aguas groenlandesas que, junto a la luz solar, sobre todo en las áreas situadas por encima del Círculo Polar Ártico, han permitido el florecimiento del plancton vegetal que constituye la base alimenticia esencial de la fauna marina. Las aguas del litoral groenlandés están entre las más productivas del mundo, ya que tienen más de doscientas especies distintas de peces, crustáceos y moluscos. Aquí podemos encontrar, sobre todo, bacalao (*saarullik*), halibut del Atlántico (*nataarnaq*), trucha ártica (*eqaluk*), salmón del Atlántico (*kapisilik*), halibut groenlandés (*qaleralik*), gallineta (*suluppaagaq*), camarón boreal (*kinguppak*). Asimismo, hay otros animales marinos como: ballenas (*arfeq*), ballenas groenlandesas (*arfivik*), narvales (*qilalugaq qernertaq*), ballenas jorobadas (*qipoqqaq*), rorcuales (*tikaagullik*), orcas (*aarluk*), morsas (*aaveq*), focas comunes (*puisi*), focas anilladas (*natseq*), focas de Groenlandia (*aataaq*), focas barbudas (*ussuk*) y focas de casco (*natsersuaq*). También en las zonas costeras se encuentran numerosas clases de aves (52 especies y 150 aves migratorias), básicamente: gaviones hiperbóreos (*naajarujussuaq*), gaviones de Islandia (*naajaannaq*), gaviotines árticos (*imeqqutaalaq*), cuervos (*tulugaq*), *ptarmigans* o perdices blancas (*aqisseq*), falaropos picofino (*naluumasortaq*), alcas chicas (*appaaraq*), araos de Brünnich o pájaros bobos de pico corto (*appa*), araos aliblanco (*serfaq*) y patos eider (*aavooq*). Entre los mamíferos terrestres destacan: caribúes (*tuttu*), bueyes almizcleros (*umimmaq*), zorros árticos (*terianniaq*), osos polares (*nanoq*) y liebres árticas (*ukaleq*).

3

Una de las cosas que más me impresionó en el vuelo a Kangerlussuaq fue la calidad, tanto en el servicio (comidas y bebidas) como en la comodidad, del avión de Air Greenland. Tanto es esto, que continúo pensando que es la mejor compañía aérea en la

que he viajado, y puedo asegurar que nadie me ha pagado por hacer publicidad de ella. Era de los pocos no groenlandeses que había en aquel vuelo, así que de una forma u otra fui familiarizándome con las gentes del país. A pesar de que había madrugado para coger el avión, no podía dormir y no dejaba de mirar, a través de la ventanilla, a ver si veía Kalaallit Nunaat desde el aire. Ya la había visto en varias ocasiones desde el avión, pero esta era la primera vez que no pasaría de largo. Por fin conocería este país, cuya realidad política, como modelo autonómico, me fascinaba.

Geografía política de Kalaallit Nunaat

Groenlandia es parte integrante del Reino de Dinamarca, aunque desde el 1 de mayo de 1979 dispone de un Gobierno autónomo. A pesar de ser la isla más grande del mundo, tan solo tiene 56.901 habitantes (2006), el 89% de los cuales son nativos o mestizos groenlandeses, mientras el 11% restante son daneses y de otras nacionalidades. Se calcula que unos 12.850 inuit groenlandeses (2005) viven en Dinamarca. La población de Groenlandia está repartida en unos 125 pueblos, distribuidos en 18 municipios y ubicados en tres regiones en las que viven grupos inuit distintos: Kitaa (inuit de la costa oeste), Avannaarsua (Inughuit del norte) y Tunu (Ammassalimiut del este). Nuuk (Godthåb, en danés) es la capital autonómica, con una población de 14.501 individuos (2005). Cada uno de los distritos dirige sus propios asuntos (gestión de guarderías, escuelas primarias, actividades culturales y de ocio, etc.) a través de un concejo municipal elegido democráticamente cada cuatro años que, a su vez, designa a un alcalde. Además, cada población elige un concejo de poblado. Desde 1983 se celebra la Fiesta Nacional de Groenlandia (21 de junio, escogido por ser el día más largo del año y denominado *ullortuneq*). La mayoría de los groenlandeses son de religión evangélica luterana, a la cual se añaden, en algunos casos, las creencias tradicionales y chamanísticas del pueblo inuit, aunque la figura del *angakkoq* o *angakoq* (en plural, *angakut*) está desapareciendo.

El Parlamento danés, el Folketing, tiene transferido casi toda la labor legislativa al Parlamento groenlandés, el Landsting o Inatsisartut. Los miembros del Landsting, elegidos por votación popular por un período máximo de 4 años, designan al presidente autonómico y aprueban el nombramiento del Landsstyre, es decir, del Gobierno autonómico. Además, cada uno de estos ejerce el cargo de ministro en determinadas áreas. Si el poder ejecutivo está formado por ocho miembros, el poder legislativo está compuesto por 31 diputados y diputadas que conforman el Parlamento Autonómico de

Groenlandia y se reúnen al menos dos veces al año en Nuuk. La vida política groenlandesa está dominada básicamente por tres grupos políticos que, al menos en alguna ocasión, han compartido Gobierno con el partido mayoritario. Siumut ha sido el principal partido desde la creación del Gobierno autónomo, y desarrolla una política que busca una mayor independencia dentro del ámbito autonómico dependiente del Reino de Dinamarca. Los otros dos partidos son el Inuit Ataatigiit y, finalmente, el Atassut. Asimismo, cabe destacar el movimiento independentista, Nammineq, que lucha para que la isla deje de pertenecer a Dinamarca, siendo su lema «Groenlandia para los groenlandeses».

Las competencias transferidas por ley son en principio iguales a las que ejercen las autoridades centrales del Reino en otras partes de Dinamarca. En consecuencia, el Parlamento danés y el Gobierno de Dinamarca se abstienen de promulgar leyes y ejercer competencias administrativas en los terrenos en que se han transferido las facultades a las autoridades autonómicas. El Folketing y la Administración danesa emiten las leyes y ordenanzas para los pocos asuntos que no competen al Gobierno autonómico, como son los casos de política exterior y defensa, control de las aguas jurisdiccionales y subsuelo groenlandés, policía y justicia. El jefe de Estado es la reina Margrethe II de Dinamarca, mientras el jefe de Gobierno es el primer ministro Hans Enoksen. Los partidos políticos Siumut y Atassut conforman el Gobierno de coalición. El representante supremo de los poderes públicos daneses en Groenlandia es el comisario del Reino (Rigsombudsmanden), Søren Hald Møller, elegido por la monarquía hereditaria. Asimismo, dos de los miembros del Folketing se eligen en Kalaallit Nunaat. Desde 1979 las autoridades autonómicas han asumido las competencias en la mayor parte de los ámbitos de la vida groenlandesa: organización del sistema autonómico, fiscalidad, reglamentación y comercio (incluidas la caza y la pesca), abastecimiento de productos básicos y comunicaciones, transporte, educación, seguridad social, temas laborales, vivienda, medio ambiente, protección de la naturaleza y sanidad. Las autoridades autonómicas son las únicas beneficiarias de los impuestos e ingresos obtenidos en los ámbitos competitivos transferidos a la autonomía. Debido a que Groenlandia en determinadas esferas no puede aún autofinanciarse recibe el pago de subsidios no destinados a fines concretos sino concedidos de forma global. Las subvenciones danesas se adjudican en virtud de leyes del Parlamento por períodos de tres años, y las sumas globales se cargan a los presupuestos anuales de Dinamarca.

En cuanto a las relaciones exteriores, representantes del Parlamento autónomo de Groenlandia asisten, desde 1984, a las reuniones del Consejo de Ministros de los Países Nórdicos, que es el foro oficial de cooperación intergubernamental entre los estados de Dinamarca, Noruega, Finlandia, Suecia e Islandia, y con los cuales mantiene una estrecha relación. Los representantes de Groenlandia no tienen derecho a voto, pero sí pueden opinar y realizar sus propuestas. El Gobierno Autónomo groenlandés puede enviar representantes a las misiones diplomáticas danesas para proteger sus intereses comerciales. También en el ámbito cultural cooperan oficialmente con el Consejo Nórdico y con la Inuit Circumpolar Conference (ICC), cuya participación ha supuesto un importante desarrollo en la colaboración ártica, como por ejemplo, la fundación en 1996 del Consejo Ártico. El Gobierno Autónomo de Groenlandia firmó, en 1993, un acuerdo de cooperación con el Comité Internacional de los Juegos Árticos de Invierno, que se realizan cada dos años, participando en aquellas actividades deportivas de carácter cultural.

La ley contempla que Groenlandia es un territorio diferente al resto de Dinamarca en cuanto a su idioma y cultura. Por ese motivo se han tenido en cuenta las necesidades concretas en materia de educación y empleo de la población autóctona, independientemente de que algunos aspectos sean comunes al modelo de bienestar escandinavo y también se mantengan vínculos de unión con el continente norteamericano. Por supuesto, el Gobierno autónomo está haciendo grandes esfuerzos por preservar la cultura y el patrimonio de Groenlandia. El Kalaallisut es el idioma principal de la isla, siendo el danés la segunda lengua oficial. El inglés y el alemán también se hablan, pero en menor medida. Según el artículo 9 del Estatuto de Autonomía (Hjemmestyreløven), el danés deberá ser enseñado correctamente y podrá ser utilizado al igual que la lengua nativa de forma oficial. El Kalaallisut es un dialecto Inuktitut hablado por la mayoría de la población nativa de la isla. A su vez, la lengua groenlandesa se divide en tres subdialectos: el Kitaamiutut (Kalatdlissut), de la costa oeste; el Inuguartut, Inughuartut, Inuktun, Inughuaqtun o Avanersuarmitut (Avanerssuarmiutu), del distrito de Avanersuaq, en el noroeste de la isla, y el Tunumiutut o Tunumiisut, del este de Groenlandia.

Todos los debates parlamentarios generalmente se celebran en groenlandés, pero las leyes son redactadas y promulgadas en las dos lenguas oficiales del territorio. En materia de justicia sucede lo mismo, excepto que el implicado sea danés. Eso sí, hay dos excepciones respecto al uso de la lengua nativa en los procesos judiciales: el juez deberá

promulgar la sentencia en danés y también se tendrá que hacer en la misma lengua cuando se recurra a los Tribunales de Apelación. El sistema judicial groenlandés está constituido sobre el sistema danés y administrado por las autoridades danesas. La Alta Corte de Groenlandia está presidida por un juez nombrado por la reina de Dinamarca, y para recurrir a las decisiones de este organismo, se debe acudir a la Corte Suprema de Dinamarca, previa autorización del ministro danés de Justicia. Para todos estos casos ambas lenguas están autorizadas, aunque solo el danés puede emplearse en la Corte Suprema de Dinamarca. El Gobierno local y su Administración utilizan en general solo el groenlandés, tanto oral como escrito. Solo las autoridades danesas utilizan o imponen la otra lengua oficial, el danés. En lo concerniente a la salud, ocurre lo mismo debido a la formación en danés de los médicos. Existe un Consejo de la lengua groenlandesa que tiene como objetivo reunir y divulgar información sobre lengua groenlandesa. Asimismo, participa en el Consejo Nórdico, elabora trabajos sobre el Kalaallisut, se encarga de registrar, recopilar y aceptar nuevos términos groenlandeses, y toma decisiones sobre la normalización lingüística y el uso correcto de la lengua nativa. A su vez, este Consejo debe informar a las autoridades y al pueblo de Groenlandia de todo lo concerniente a cuestiones lingüísticas. Si bien el Kalaallisut es enseñado a los niños desde que son muy pequeños, hasta que acaban los estudios de secundaria, el danés es obligatorio ya en el primer ciclo de primaria y queda como única lengua en los estudios universitarios realizados en Dinamarca. Por otra parte, los familiares tienen derecho a excluir a los niños de la enseñanza del groenlandés. El mundo del comercio es generalmente bilingüe, aunque normalmente el privado se inclina por una de las dos lenguas. En cuanto a los documentos oficiales de carácter público, incluso aquellos que hacen referencia a las autoridades danesas, están escritos también en danés y Kalaallisut.

Los nativos de Groenlandia fueron los primeros inuit en utilizar la escritura, hecho que sucedió a mediados del siglo XVIII. La ortografía Kalaallisut fue simplificada en 1973. El analfabetismo groenlandés había desaparecido mayoritariamente en 1860 mientras que, todavía en 1950, solo un pequeño porcentaje de los inuit canadienses sabían leer y escribir. El *Atuagagdliutit*, fundado en 1861, es el primer diario del mundo editado en la lengua nativa de una población colonizada. En la actualidad, Kalaallit Nunaat dispone de dos periódicos bilingües impresos en Nuuk y con una tirada de 6.500 ejemplares cada uno: el diario *Atuagagdliutit / Grønlandsposten*, que sale los martes y jueves, y el *Sermitsiaq*, fundado en 1975 y publicado los viernes. La mayoría de los

artículos están en las dos lenguas oficiales. Además, los nativos disponen de una amplia red de medios de comunicación divulgados en su lengua (publicaciones, emisoras de radio y televisión).

Kalaallit Nunaat, junto a Nunavut y Nunatsiavut, son los únicos estados en el mundo controlados por autóctonos cuyo idioma goza de un estatus de co-oficialidad. Algunos groenlandeses lamentan que este Estado no sea aún políticamente soberano, aunque muchos también creen que todavía no ha llegado el momento. Si bien no ha ganado consenso un movimiento en busca de una soberanía absoluta, el sentimiento mayoritario de los groenlandeses es que quizá dentro de 30 o 40 años consigan la total independencia.

Población de Kalaallit Nunaat. Censo 2005

| Distrito | Región | Población | Habitantes |
|-------------------------|--------|-------------------------------------|--------------|
| Ammassalik | Tunu | Total | 3.031 |
| | | Tasiilaq / Ammassalik | 1.848 |
| | | Kuummiut / Kûngmiut | 392 |
| | | Kulusuk / Qulusuk | 310 |
| | | Sermiligaaq / Sermiligâq | 212 |
| | | Tiniteqilaaq / Tiniteqilâq | 148 |
| | | Isortoq / Isertoq | 120 |
| | | Ikkatteq / Íkáteq | 1 |
| Aasiaat | Kitaa | Total | 3.310 |
| | | Aasiaat / Ausiait | 3.100 |
| | | Kitsissuarsuit Kitsigsuarssuit | / 109 |
| | | Akunnaaq / Akúnâk | 101 |
| Ilulissat | Kitaa | Total | 5.005 |
| | | Ilulissat | 4.533 |
| | | Saqqaq / Sarqaq | 180 |
| | | Qeqertaq | 149 |
| | | Ilimanaq | 98 |
| Ittoqqortoormiit | Tunu | Total | 546 |
| | | Ittoqqortoormiit Illoqqotoormiut | / 537 |
| | | Itterajivit / Ittaajimmiut | 9 |
| Ivittuut | Kitaa | Total | 176 |

| | | | |
|--------------------|-------|----------------------------------|--------------|
| | | Kangilinnuguit / Kangilínguit | 176 |
| Kangaatsiaq | Kitaa | Total | 1.480 |
| | | Kangaatsiaq / Kangâtsiaq | 642 |
| | | Niaqornaarsuk | 334 |
| | | Attu | 295 |
| | | Ikerasaarsuk | 109 |
| | | Iginniarfik | 100 |
| Maniitsoq | Kitaa | Total | 3.588 |
| | | Maniitsoq / Manîtsoq | 2.859 |
| | | Kangaamiut / Kangâmiut | 414 |
| | | Atammik / Atangmik | 218 |
| | | Napasog / Napassog | 97 |
| Nanortalik | Kitaa | Total | 2.389 |
| | | Nanortalik | 1.509 |
| | | Alluitsup Paa / Agdluitsup pâ | 390 |
| | | Aappilattoq / Augpilagtoq | 159 |
| | | Narsarmijit / Narsaq Kujalleq | 125 |
| | | Ammassivik / Angmagssivik | 79 |
| | | Tasiusaq | 79 |
| | | Qallimiut / Qagdumiut | 14 |
| | | Qorlortorsuaq / | 8 |
| | | Qordlortorsuaq | |
| | | Nalasut / Nalassut | 7 |
| | | Alluitsoq / Agdluitsoq | 5 |
| | | Nuugaarsuk / Nugârssuk | 5 |
| | | Akuliaruseq | 4 |
| | | Ikerasassuaq | 3 |
| | | Saputit | 2 |
| Narsaq | Kitaa | Total | 2.088 |
| | | Narsaq / Narssaq | 1.764 |
| | | Narsarsuaq / Narssarsuaq | 159 |
| | | Qassiarsuk | 49 |
| | | Igaliku / Igaliko | 35 |
| | | Qorlortoq / Qordlotoq | 6 |
| | | Qorlortup Itinnera | 6 |
| | | Tasiusaq / Tasiussaq | 6 |
| | | Timerliit | 6 |
| | | Arnannguit | 5 |
| | | Eqaluit Ilua | 5 |
| | | Issormiut | 5 |

| | | | |
|-----------------|-------------------|-------------------------------|---------------|
| | | Kangerlua / Kangerldua | 5 |
| | | Qinngua | 5 |
| | | Qinngua Kangilleq | 5 |
| | | Ummannartuuaraq | 5 |
| | | Inneruulalik / Ingnérulalik | 4 |
| | | Narsarsuaaraq | / 4 |
| | | Narssarssuâraq | |
| | | Sillisit | 3 |
| | | Atarnaatsoq | 3 |
| | | Nunataaq | 2 |
| | | Igaliku Kujalleq | 2 |
| | | Iterlak / Iterdlak | 2 |
| | | Itelleq Kangilleq | 1 |
| | | Itelleq Killeq | 1 |
| Nuuk | Kitaa | Total | 14.874 |
| | | Nuuk | 14.501 |
| | | Qeqertarsuatsiaat | 273 |
| | | Kapisillit/ Kapisigdlit | 88 |
| | | Kangerluarsoruseq | 5 |
| | | Neriunaq | 5 |
| | | Qoornoq / Qôrnoq | 2 |
| Paamiut | Kitaa | Total | 1.957 |
| | | Paamiut / Pâmiut | 1.817 |
| | | Arsuk | 140 |
| Qaanaaq | Avanersuaq | Total | 850 |
| | | Qaanaaq / Thule | 640 |
| | | Siorapaluk / Hiurapaluk | 87 |
| | | Savissivik / Havighivik | 78 |
| | | Qeqertat | 22 |
| | | Moriusaq / Moriussaq | 21 |
| | | Qeqertarsuaq | / 2 |
| | | Kangerdlussuaq | |
| Qaqortoq | Kitaa | Total | 3.418 |
| | | Qaqortoq | 3.144 |
| | | Eqalugaarsuit / Eqalugârssuit | 138 |
| | | Saarloq /Sardloq | 50 |
| | | Qassimiut / Qagssimiut | 47 |
| | | Upernaviarsuk | 10 |
| | | Illorsuit / Igdlorsuit | 5 |
| | | Tasiluk | 5 |
| | | Kangerluarsorujuup Qinngua | 4 |
| | | / Kangerdluarssorujûp | |

| | | | |
|-----------------------|-------|----------------------------|--------------|
| | | Qíngua | |
| | | Qanisartuut | 4 |
| | | Eqaluit Akia | 3 |
| | | Isortoq | 2 |
| | | Kangerluarsorujuk | 2 |
| | | Eqaluit | 1 |
| | | Kingittoq / Kingitooq | 1 |
| | | Qaqortokoolook | / 1 |
| | | Qaqortukuloq | |
| | | Tasilikuloq | 1 |
| Qasigiannuguit | Kitaa | Total | 1.408 |
| | | Qasigiannuguit | 1.320 |
| | | Ikamiut | 88 |
| Qeqertarsuaq | Kitaa | Total | 1.032 |
| | | Qeqertarsuaq | 978 |
| | | Kangerluk / Kangerdluk | 54 |
| Sisimiut | Kitaa | Total | 6.109 |
| | | Sisimiut | 5.350 |
| | | Kangerlussuaq | 509 |
| | | Sarfannuguit / Sarfannguaq | 127 |
| | | Itilleq / Itivdleq | 123 |
| Upernavik | Kitaa | Total | 2.943 |
| | | Upernavik | 1.178 |
| | | Kullorsuaq / Kuvdlorssuaq | 405 |
| | | Tasiusaq | 240 |
| | | Kangersuatsiaq | / 230 |
| | | Kangerssuatsiaq | |
| | | Nuussuaq / Nûgssuaq | 216 |
| | | Upernavik Kujalleq | / 198 |
| | | Upernavik Kujatdleq | |
| | | Aappilattoq / Augpilagtoq | 198 |
| | | Innaarsuit / Ivnârssuit | 154 |
| | | Naajaat / Naujât | 65 |
| | | Nutaarmiut / Nutârmiut | 46 |
| | | Ikerasaarsuk | 12 |
| | | Tussaaq | 1 |
| Uummannaq | Kitaa | Total | 2.512 |
| | | Uummannaq / Ũmánaq | 1.366 |
| | | Ikerasak | 261 |
| | | Saattut / Sâtut | 243 |
| | | Qaarsut / Qaersut | 200 |
| | | Ukkusissat / Uvkusigssat | 184 |

| | | |
|---------------------|----------------------------------|---------------|
| | Illorsuit / Igdlorsuit | 99 |
| | Nuugaatsiaq / Nûgâtsiaq | 94 |
| | Niaqornat | 65 |
| Fuera de Municipios | Total | 253 |
| | Pituffik / Thule | 235 |
| | Varios Noroeste Kalaallit Nunaat | 18 |
| | Total | 56.969 |

4

El vuelo de Copenhague a Kangerlussuaq suele durar unas 4 horas y 40 minutos. Si tenemos en cuenta que la diferencia horaria respecto a Dinamarca es de tan solo cuatro horas, el resultado es que se llega a este aeropuerto internacional de Groenlandia casi a la misma hora que se ha salido de la capital danesa. Mientras pasaban las horas y aprendía algunas palabras y frases en Kalaallisut como *aluu* («hola»); *qanorippit?* («¿cómo estás?»); *Francesc-mik ateqarpunga* («mi nombre es Francesc»); *Barcelona-mi najugaqarpunga* («vivo en Barcelona»); *qujanaq* («gracias»); *takussaagut* («hasta luego»); *aap* («sí»); *naamik* («no»), apareció en la ventanilla del avión el impresionante *indlandsis*. Este manto blanco fue cruzado por primera vez en 1888 por la expedición de Fridtjof Wedel-Jarlsberg Nansen (1861-1930) y Otto Neumann Sverdrup (1854-1930) que atravesaron Groenlandia en esquís de este a oeste. Sin duda, una de las grandes hazañas de las expediciones polares. No obstante, por el Ártico han pasado, desde hace años, numerosas personas anónimas que desgraciadamente no han podido dejar su nombre en la historia de las regiones del Gran Norte. Hace ya mucho tiempo que los primeros «héroes» del Ártico llegaron a Groenlandia por primera vez, bastante antes que los «no nativos» pisaran aquellas tierras.

Culturas Paleoesquimales

Como ya hemos visto, la primera fase migratoria de las culturas de Tradición Microlítica Ártica se produjo entre el 2500 y el 1500 a. C., coincidiendo con un período de calentamiento climático. Procedentes de Alaska y recorriendo el Ártico canadiense, los primeros seres humanos llegaron al extremo norte de Groenlandia hacia el 2400 a. C. Se cree que inicialmente estos cazadores paleoesquimales exploraron la costa este

(según los últimos hallazgos arqueológicos llegaron hasta los 75° norte), luego emigraron a Peary Land (sobre todo, a lo largo de Midsommersøerne o lagos Midsummer y en el fiordo Jørgen Brønlund) y al litoral noroeste de la isla. Estos primeros habitantes dieron paso a la denominada cultura Independencia I. Vivían en pequeños grupos de 20-30 personas donde la familia nuclear era la base de su organización social. No se sabe mucho de ellos, pero se piensa que en primavera y verano se desplazaban a la costa para cazar animales marinos, sobre todo focas y morsas, y en invierno viajaban a los lagos interiores para pescar y buscar mamíferos terrestres, básicamente zorros, bueyes almizcleros y osos polares. Durante este período era cuando se reunían con otros grupos humanos. Probablemente esta cultura desapareció sobre el 1700 a. C., como consecuencia de un endurecimiento de las condiciones climáticas. Asimismo, se produjo un segundo éxodo, también desde Alaska, que dio lugar a la cultura Pre-Dorset, y cuya variante regional en Groenlandia sería conocida como Saqqaq. La cultura Saqqaq o Sarqaq es la designación arqueológica de la cultura más temprana paleoesquimal del oeste y sudeste de Groenlandia, que se desarrolló del 2250 al 950 a. C. El territorio en el que se movía este grupo paleoesquimal iba desde el distrito de Avanersuaq hasta el área meridional de Nanortalik, en la costa oeste. Posteriormente, estos primeros habitantes occidentales se extendieron desde el Sur hasta Scoresby Sund, en la costa nordeste. Los asentamientos Saqqaq son, en gran medida, los más numerosos de las culturas prehistóricas groenlandesas, y sobre todo destacaron los establecimientos de las áreas de la bahía de Disko, Sisimiut y Nuuk.

Como en el caso de la cultura Independencia I, se han encontrado restos arqueológicos de viviendas que demuestran que usaron tiendas circulares con pasillos de entrada y en las que habitaban una o dos familias. En algunos lugares donde había una gran diversidad de recursos (ballenas, focas, caribúes, pájaros, bacalao, salmón, etc.) se han llegado a localizar hasta doce casas en un mismo asentamiento. Los perros, probablemente, no fueron empleados como animales de carga. Las casas de invierno eran de muros de turba y el techo de las tiendas estaba cubierto de pieles. El material preferido para las herramientas de piedra era una pizarra de silicato denominada *killiaq* y también la cuarcita. Tenían una excelente artesanía y destacaban, asimismo, los trabajos de carpintería gracias a la abundancia de madera flotante en la región, que era usada también como combustible y para comerciar. La esteatita (para lámparas de

aceite), los huesos de cornamenta y el marfil, fueron otras materias primas usadas para el intercambio comercial a nivel local y regional.

La cultura Independencia II (1250-450 a. C.) se desarrolló sobre todo en Peary Land, fiordos Jørgen Brønlund y Danmarks, Midsommersøerne, en el nordeste de la isla (Amdrup Land, Holm Land, Dove Bugt) y en algunos puntos del noroeste más septentrional de Groenlandia. También en Kap Skt Jacques, en la Île de France, se han encontrado muchos restos, y actualmente es el lugar donde se han localizado más viviendas (400-500 casas), la mayoría de ellas pertenecientes a la cultura Independencia II. Seguramente pudo ser un lugar de reunión de grupos humanos en períodos determinados. Según los restos arqueológicos encontrados, la familia nuclear o extendida constituía la única organización social de estas comunidades que solían ser de entre 20 y 40 personas y viajaban y cazaban juntas. Las viviendas, como en el caso de la cultura Independencia I, eran circulares y en algunos casos también rectangulares. Los recursos naturales a los que tuvieron acceso fueron similares a los de su cultura predecesora, solo que el clima entonces era más parecido al actual. No se sabe si realizaban intercambios comerciales, pero sí que se desplazaban a la costa y el interior, siguiendo un ciclo anual de subsistencia. Las puntas de arpón encontradas eran similares a los Pre-Dorset del 1000 a. C., mientras que las lámparas de esteatita y la cerámica eran más bien parecidas a los primeros hombres Dorset. En el lado noroeste del fiordo Scoresby Sund se han encontrado en varios asentamientos restos paleoesquimales, pero sigue siendo todavía una incógnita si estos hallazgos se pueden relacionar más con el temprano Dorset del oeste de Groenlandia que con la cultura Independencia II (Sandell, 1966). Más al Sur, la cultura Dorset emergió cerca de Ammassalik (Møbjerg, 1988).

La cultura Dorset es la última de las culturas paleoesquimales en el Ártico Oriental, y las fechas más antiguas y modernas se han encontrado en el área de la bahía de Ungava (Canadá). La cultura Dorset se puede dividir en tres períodos: Dorset Temprano (800-300 a. C.), Dorset Medio (300 a. C.-500/600 d. C.) y Dorset Tardío (400/500-1400 d. C.). En el caso de Groenlandia, solamente las fases temprana y última de la cultura Dorset son representadas por el material hallado y datan, aproximadamente, del 700 a. C.-200 d. C. y 1100-1300 d. C., respectivamente. La fase más temprana Dorset groenlandesa se desarrolló, desde la tierra de Inglefield, en el Norte, a lo largo de la costa oeste y hasta el cabo Farvel, en el Sur. En el litoral este de la isla se han hallado restos arqueológicos en las mismas áreas de Dove Bugt, Scoresby Sund, Ammassalik y en la zona del distrito de Skjoldungen, en el sudeste de

Groenlandia. En la región de la bahía de Disko es donde se han encontrado, hasta ahora, la mayor parte de los asentamientos. Parece ser que en Groenlandia el Dorset Tardío se estableció básicamente en la región del noroeste, extendiéndose probablemente al nordeste de la isla. Las viviendas que se han encontrado semisubterráneas eran para grupos de cuatro a seis personas, lo que sugiere que la unidad social básica podría ser la familia nuclear y en algunos casos, extendida. Se calcula que cada asentamiento podía albergar de 20 a 35 individuos en los meses de invierno. También se han descubierto establecimientos donde existía una estructura de casa comunal que podría indicar que albergaba entre cuatro y treinta familias; es decir, de 25 a 200 personas. Estas reuniones sociales podrían haber jugado un papel fundamental en la creación de una identidad cultural común entre grupos regionales que vivían la mayor parte del año dispersados. Esto se ve reflejado en las herramientas encontradas y en el diseño artístico, sobre todo en la fase Dorset tardía. Se cree que este tipo de encuentros tenían también un carácter religioso, cosa que reforzaría la posición social de los artistas y chamanes.

Los recursos más importantes eran los mamíferos terrestres y los marinos (muchos asentamientos están cerca de las *polynyas*, unas áreas de agua abierta rodeadas de hielo marino). Focas, zorros y liebres árticas, bueyes almizcleros, caribúes, narvales, osos polares, ballenas, así como aves migratorias, formaron parte de la dieta tradicional Dorset. Con el material lítico (pizarra, basalto, sílex, ágata, cuarzo, esteatita, etc.) fabricaron sus utensilios y armas. Probablemente, existió una red de intercambio comercial cuyo radio de acción llegó hasta el lejano oeste canadiense y quizá incluso se produjera entre asentamientos vecinos durante las reuniones anuales en los poblados donde existía la casa comunal.

5

A medida que nos acercábamos a Kangerlussuaq intentaba imaginar cómo debió ser la llegada de los primeros europeos a la isla hace poco más de mil años.

Cultura Nórdica

Groenlandia fue descubierta por Europa en el 982 d. C., cuando un grupo de vikingos islandeses liderados por Eirik Thorvaldsson o Erik *el Rojo* (¿940?-¿1010?), que había sido exiliado de Islandia tras ser acusado de asesinato, llegó a la isla. Tres años después

de explorar la costa groenlandesa, Erik *el Rojo* regresó a Islandia con la noticia de que había encontrado nuevas tierras al oeste, a las que le puso el nombre de Groenlandia (*Groenland*), que significa «Tierra Verde». Realmente no se sabe si este nombre fue para atraer colonos a la isla o porque la zona que habían visitado era verdaderamente verde debido al clima benigno en aquella época. De cualquier forma, 14 barcos, de los 25 que partieron de Islandia, llegaron a Groenlandia estableciendo, entre el 985 d. C. y el 986 d. C., la primera colonia europea en el sudoeste de la isla. Se instalaron en dos establecimientos: el occidental (actual municipio de Nuuk) y el oriental (municipios de Ivittuut, Nanortalik, Narsaq, Paamiut y Qaqortoq). Las granjas de estos asentamientos estaban distribuidas en lugares propicios para la agricultura y la ganadería (ovejas, vacas, cabras y cerdos), y en las cuales también se criaban patos, gansos y caballos. Según las evidencias encontradas, estas granjas se mantuvieron básicamente para la producción secundaria de leche, mantequilla, queso y lana.

La sociedad nórdica (cultura Norse) era jerárquica y la posición social venía determinada por el control de los recursos naturales y el estatus religioso. Los establecimientos que tenían una iglesia eran lugares importantes, aunque esta fuera privada. La relación entre los granjeros podía ser de parentesco o de dependencia religiosa o económica. Se sabe que para su sustento cazaron focas, ballenas, liebres árticas y caribúes, mientras morsas, narvales y osos polares, sirvieron para comercializarlos en Europa. Turba, piedra, marfil, cornamentas y madera flotante fueron materiales utilizados para construir las casas. La esteatita se usó para fabricar los recipientes caseros. A pesar de todo, los nórdicos se vieron obligados a importar básicamente hierro y madera, y a cambio, exportaron pieles de foca, lana de oveja, marfil de morsa, dientes de narval, osos polares y halcones gerifaltes (*Falco rusticolus*) vivos. De una forma u otra, dependían económicamente de Europa y anualmente viajaban barcos a Groenlandia.

Se han encontrado artículos nórdicos en la cultura Thule y en el contexto de la cultura Dorset, así como materiales de los primeros Thule en los asentamientos nórdicos. Esto demuestra que hubo relación, parece que comercial, entre ellos, aunque todavía esto sigue debatiéndose. Los asentamientos más conocidos de este período son Brattahlíð (ahora Qassiarsuk), en el fiordo Tunulliarfik, y el establecimiento cercano de Garðar (actual pueblo de Igaliku). La colonia nórdica tuvo entre tres y cinco mil habitantes entre los asentamientos oriental y occidental, y estaban formados por unas cuatrocientas granjas. Hacia el año 1000 d. C., Leifr Eiríksson (970-1020), hijo de Erik

el Rojo, a quien el rey Olaf Tryggvason le había encomendado la cristianización de Groenlandia, navegó hacia Helluland (probablemente la isla de Baffin). Luego continuó hacia Markland (seguramente la península del Labrador), llegando finalmente a Vinland (áreas del golfo de San Lorenzo, New Brunswick y Nueva Escocia, en Canadá). Al norte de Newfoundland estableció el primer asentamiento europeo en Norteamérica (si exceptuamos los de Groenlandia), llamado Leifsbúðir (probablemente la actual L'Anse aux Meadows). En 1124 la Iglesia Católica nombró su primer obispo para Groenlandia y en 1261, la colonia pasó a formar parte del Reino de Noruega, aunque siguieron manteniendo sus propias leyes. Los reyes noruegos introdujeron el monopolio comercial real y granjeros de élite en la isla. En 1397 se consumó la unión (Kalmar) de Dinamarca, Noruega y Suecia. No se sabe con certeza qué motivó el abandono de las colonias vikingas. Se cree que fue un enfriamiento climático lo que ocasionó la desaparición de estos colonos. Y aunque, según las pruebas arqueológicas encontradas, cambiaron la dieta alimenticia de granja por los alimentos marinos, ello no evitó que acabaran extinguiéndose. El establecimiento occidental fue dejado hacia el 1350. En 1378 ya no había obispo en Garðar y el asentamiento oriental fue probablemente abandonado hacia el 1450 (\pm 15 años). Las últimas noticias que tuvo Europa de esta colonia fueron en 1408. Para entonces, una nueva cultura, conocida como Thule, se había ya expandido por la isla y habría coexistido con la colonia nórdica desde mediados del siglo XIII.

Culturas Neoesquimales

Tras el inicio de otro período de calentamiento climático (900-1100 d. C.), una nueva corriente migratoria, procedente de Alaska, llegó hasta Groenlandia entre el 1100-1200 d. C. Se trataba de los Thule, pertenecientes a la última de las denominadas culturas neoesquimales. Se extendieron a lo largo de la costa groenlandesa, desde el distrito de Avanersuaq hasta el cabo Farvel, en el Oeste, y desde Ammassalik hasta la región del nordeste de la isla, entre el fiordo Kong Oscar (72° N) y la isla Clavering (74° N). Las viviendas Thule más septentrionales que se han encontrado se hallan en Washington Land, 80° norte (al Oeste), y en Amdrup Land, 80° norte (al Este). En los primeros asentamientos se han localizado restos que hacen pensar que existía una cooperación en la pesca de las ballenas, sobre todo en la costa oeste, en el distrito de Avanersuaq, y a lo largo de la costa nordeste de Groenlandia. Asimismo, se han hallado en algunos lugares lo que parece ser una casa de los hombres o *qasse*. Tuvieron abundancia de recursos

naturales que supieron aprovechar al máximo: madera flotante, para casas; huesos de animal, marfil, esteatita y cornamentas, para el equipo de caza y utensilios domésticos; pieles de animales, para la ropa y la cubierta de las casas, etc. Si la caza de la ballena y del caribú eran actividades colectivas, la captura de focas se realizaba individualmente. La caza de pájaros en el invierno, en las aguas libres de hielo del sudoeste de la isla, aumentó durante el período de enfriamiento climático de los siglos XVII y XVIII. Los osos polares se cazaban en el noroeste y en la costa este de Groenlandia. La subsistencia dependió sobre todo de los almacenes donde se escondía la carne para sobrevivir durante los períodos de hambre, que solían ser a finales del invierno. Esto explica la movilidad de los Thule para buscar nuevos cotos de caza. Se cree que en el siglo XIII los primeros pobladores Thule del Norte tuvieron contactos con los Dorset, de quienes conocieron los meteoritos del cabo York. Como ya se ha dicho, probablemente contactaron también con los nórdicos del sur de la isla, dando lugar a una nueva fase Thule conocida como Inugsuk. En el área del Sur dejaron de utilizar el trineo de perros y perfeccionaron las técnicas del kayak. Más tarde, se expandieron por la costa este hacia el lejano norte. Seguramente aquí entablaron relaciones de carácter amistoso con los Dorset.

Período Pre-colonial (1408-1720)

Gracias a un creciente interés por los bancos de pesca en las aguas cercanas a Islandia y Newfoundland, se reactivó la navegación por estos lugares. Balleneros vascos surcaron las aguas del estrecho de Davis y quizá de la bahía de Hudson, buscando las tan preciadas ballenas. Cabe la hipótesis de que desembarcaran en algunos lugares de la costa sudoeste de Groenlandia. En el siglo XVI balleneros holandeses navegaron por el estrecho de Davis y probablemente contactaron con los indígenas groenlandeses. Asimismo, el creciente interés por los mercados orientales y por encontrar el Paso del Noroeste que les condujera a ellos, motivó que los europeos empezaran a frecuentar el Ártico americano. Así es como el explorador inglés Martin Frobisher, durante sus viajes realizados entre 1576 y 1578, navegó entre Canadá y Groenlandia, convirtiéndose en el primer europeo de la Edad Moderna que retomaba el contacto con los esquimales de ambas orillas. Se puede decir que fue quien redescubrió oficialmente Groenlandia. Más tarde, el navegante inglés John Davis (1543-1605) surcó las aguas del estrecho que lleva su nombre, situado entre la isla de Baffin y Groenlandia, en 1585, rodeando su costa oriental hasta el cabo Farvel y navegando por el litoral occidental de la isla. Allí

contactó con los esquimales de la región de la actual ciudad de Nuuk, a los que llevó instrumentos musicales para distraerlos y divertirlos. En 1586 regresó de nuevo a Groenlandia, siendo recibido calurosamente por unos nativos que se acordaban de su anterior visita.

A John Davis los indígenas le parecieron alegres y sencillos, calificándolos sin embargo de «ladrones», pues llegaron a cortar los cables de las embarcaciones para robar un bote. Le extrañó que poseyeran utensilios y objetos de hierro, lo que probaba la existencia de una antigua colonia vikinga en la zona. En su segundo viaje, John Davis alcanzó la isla de Disko, en la costa oeste de Groenlandia (1586), y en su tercer viaje llegaría hasta los alrededores de Upernavik, en la latitud 72° 42' norte (1587).

Al mismo tiempo que esto sucedía, los Países Bajos descubrieron un lugar idóneo para cazar ballenas que había alrededor de las Islas Spitsbergen o Spitzbergen (actualmente forman parte del archipiélago conocido también como Svalbard), y comenzaron la explotación comercial de las barbas de ballena y de su grasa y aceite. Esta actividad motivó una controversia internacional sobre el derecho de soberanía en alta mar. El rey danés reafirmó su autoridad histórica sobre las aguas del Atlántico Norte e inició una creciente actividad que condujo a un nuevo redescubrimiento de Groenlandia, sobre la cual reivindicó su dominio. En 1605 la Unión de Kalmar había ya decidido retomar el contacto con las colonias groenlandesas y predicar el Evangelio en ellas. En 1616 William Baffin (1584-1622) y Robert Bylot (¿?) realizaron un extraordinario viaje navegando por la costa oeste de Groenlandia. Cuando llegaron cerca del actual Upernavik, descubrieron una isla pequeña a la que pusieron el nombre de isla de las Mujeres, ya que todos los esquimales varones habían huido dejando solas a sus compañeras. Más al norte, en Horn Sound, esquimales montados en kayaks les ofrecieron pieles de foca y cuernos de narval. Cuando llegaron a la latitud 77° 45' norte, donde ningún «no nativo» había llegado hasta entonces, dieron media vuelta y se dirigieron hacia el Sur.

Los sucesivos contactos entre el «hombre blanco» y los nativos de la isla provocaron que, entre 1605 y 1660, fueran raptados y conducidos a Europa treinta esquimales. Sin embargo, la influencia de Occidente no empezó a notarse entre la población indígena hasta el 1650. Clavos, cuchillos, anzuelos, tijeras y colmillos de narval eran los productos que más se intercambiaban entre los esquimales y los europeos. Estos trueques se realizaban en lugares específicos de la costa groenlandesa, como la isla de Ukivik, al norte de la actual población de Sisimiut. Muchas veces, los

propios inuit eran obligados a comerciar aunque realmente no necesitaran los productos. En 1660 se añadió un oso polar al escudo danés. A pesar del dominio de la Corona Danesa-Noruega, los Países Bajos siguieron controlando la caza de ballenas, que se extendió al oeste de Groenlandia a finales del siglo XVII. En 1713 aumentó la presencia de balleneros holandeses en la isla, mientras barcos ingleses y alemanes buscaban también su oportunidad en aguas groenlandesas. A pesar de ello, no se estableció ningún poblado permanente en la isla.

6

Mientras observaba cómo el *indlandsis* escupía sus últimas nieves sobre una enorme ensenada, mi corazón se iba acelerando a un ritmo vertiginoso porque llegaba el momento de aterrizar. Tras atravesar el océano Atlántico, cruzar un manto de hielo repleto de montañas que emergían de las profundidades y, finalmente, alcanzar el grandioso fiordo Søndre Strømfjord, el avión tomó tierra a las 09:50 horas en el aeropuerto internacional de Kangerlussuaq. Mi asiento, el número 10E, estaba justo detrás de la Business Class o Nanoq Class (la «clase oso polar», como aquí la llaman), así que fui de los primeros en bajar del avión. En cuanto mis pies pisaron tierra groenlandesa me invadió una maravillosa sensación de plenitud y sin pensármelo dos veces, salí del aeropuerto y me dirigí hacia el pueblo de Kangerlussuaq. No tardé mucho en ponerme las gafas de sol; había tanta luz que me estaba cegando los ojos. La sobreexcitación que me asediaba me hizo olvidar que estaba a seis grados centígrados bajo cero. Iba vestido de la misma manera como había salido de Barcelona; es decir, en manga corta y pantalones tejanos. Como el vuelo a Ilulissat no salía hasta las 14:20 h, tenía tiempo suficiente para disfrutar de mis primeros momentos en Kalaallit Nunaat. Por fin acariciaba el sueño durante tantos años anhelado.

Kangerlussuaq, que significa «el gran o largo fiordo», es una población de poco más de quinientos habitantes, situada en la región de Kitaa, en la costa oeste de Kalaallit Nunaat, a sesenta km al norte del Círculo Polar Ártico y en las coordenadas geográficas 67° 01' norte y 50° 41' oeste. El pueblo de Søndre Strømfjord, como también se le conoce en danés, se encuentra en el municipio de Sisimiut, al principio de uno de los fiordos más largos del mundo (unos 175 km de extensión), que lleva también su nombre. Kangerlussuaq nunca fue un asentamiento inuit, pero sí un campamento

estacional y un lugar importante de caza. El poblado más cercano se encontraba a noventa kilómetros de distancia, en Arnangarnup Qoorua, donde se han localizado numerosas ruinas. Actualmente es un lugar protegido y una reserva natural. La historia reciente de este pequeño pueblo empezó el 9 de octubre de 1941 (aunque oficialmente se había fundado dos días antes), cuando, tras la ocupación alemana de Dinamarca, se estableció un tratado de defensa con Estados Unidos. En este acuerdo participaron el gobernador de Groenlandia, Eske Brun, y el embajador danés, Henrik Kauffmann, que firmaron la adjudicación de la seguridad de Groenlandia a los militares norteamericanos. Las condiciones climáticas de Kangerlussuaq, debidas a su ubicación en el fondo de un largo y estrecho fiordo, eran mucho más estables que en Narsarsuaq, al sur de la isla. Esto permitió que, de la noche a la mañana, se construyera un campo de aviación militar y multitud de cuarteles para el personal de la base aérea conocida entonces como Bluie West Eight. Durante la Segunda Guerra Mundial se convirtió en una estación principal de reabastecimiento para los bombarderos y los aviones de carga que volaban entre América y Europa, llegando a albergar a más de ocho mil militares. Igualmente era un importante punto de salida de los hidroaviones de la USAAF que atacaban a los submarinos alemanes para ganar la Batalla del Atlántico. En 1950 finalizó el acuerdo y la base militar de Sondrestrom, como también era conocida, fue devuelta a Dinamarca. Sin embargo, poco tiempo después y debido a la amenaza de la denominada Guerra Fría, se tuvo que renovar el tratado de defensa y de esta manera, el 27 de abril de 1951, el aeródromo fue entregado de nuevo a los militares estadounidenses. Tres años más tarde, la Scandinavian Air Systems (SAS) obtuvo el permiso para usar Sondrestrom como escala para los vuelos internacionales entre Copenhague y Los Ángeles.

A partir de 1958 los norteamericanos establecieron cuatro radares en Groenlandia, siguiendo el procedimiento de las estaciones DEW Line (dos sobre el casquete glaciar, una en Sisimiut y la última, en Kulusuk), para prever un posible ataque nuclear soviético. De esta forma, Sondrestrom se convirtió en el centro de abastecimiento principal para estas estaciones. Ya en 1960 se construyó el Transit Hotel, ahora Hotel Kangerlussuaq. Tras la desaparición de la Unión Soviética y de la tan cacareada «amenaza comunista», las estaciones de la DEW Line fueron perdiendo importancia hasta que finalmente se cerraron entre 1990 y 1991. El mismo camino siguió la base militar de Sondrestrom el 30 de septiembre de 1992. Al día siguiente, ese establecimiento quedó bajo el control del Gobierno Autónomo de Kalaallit Nunaat. Se

le puso el nombre oficial de Kangerlussuaq y la administración fue asumida por el Mittarfeqarfiit o MIT, la agencia autonómica que controla y opera en los aeropuertos de Groenlandia. Actualmente se ha convertido en uno de los dos aeropuertos internacionales de la isla y Air Greenland vuela de Copenhague a Kangerlussuaq durante todo el año. En la temporada de verano (junio, julio y agosto) hay seis vuelos semanales que realizan este trayecto. Fuera de estos meses estivales, solo hay cinco salidas a la semana. También de mayo a septiembre la compañía aérea SAS realiza esta ruta que conecta Europa con América. El 80% de los vuelos que llegan o salen de Groenlandia pasan por este aeropuerto internacional, y desde aquí los aviones parten hacia el norte, sur y este de la isla.

Gracias a su posición interior, el clima en esta zona es bajo ártico y continental, con una precipitación anual de 120 mm. Los veranos aquí son calurosos y secos, pudiéndose llegar a los 20° C (28° C durante los días de sol de medianoche), mientras que los inviernos son extremadamente fríos, donde fácilmente se alcanzan los -50° C. El actual pueblo de Kangerlussuaq, pensado más para el personal del aeropuerto y los turistas que para los propios groenlandeses, dispone de un establecimiento hotelero (Hotel Kangerlussuaq), camping y albergue juvenil (Old Camp Hostel), restaurantes y bares. También aquí podemos encontrar pistas de tenis, una bolera y una piscina, y hasta un campo de golf (Sondie Arctic Desert Golf Club). Asimismo hay un museo que recuerda la historia de esta pequeña localidad y una iglesia.

Sinceramente, en cuanto salí de este complejo aéreo tuve la impresión de estar en un lugar surrealista, donde el aeropuerto y los pabellones militares contrastaban con la hermosa naturaleza salvaje que los rodeaba. Evidentemente, el interés que podía yo tener en aquella zona se encontraba en el exterior del área poblada. La región tiene un paisaje glacial que se remonta a ocho mil años de antigüedad y la proximidad del *indlandsis* (25 km) hace que el clima sea significativo para el desarrollo de los recursos naturales de la zona próxima al casquete glaciar. Es por este motivo que se trata de un lugar natural para las investigaciones científicas que se llevaban a cabo y donde, entre otras cosas, se estudian la atmósfera del Alto Ártico, la flora y la fauna. Obviamente, este era el único destino del viaje donde los inuit copaban un interés relativo para mí, ya que el área se caracterizaba más por su rica diversidad biológica que por su desarrollo cultural. Tres eran mis objetivos en esta región, aunque estaban previstos llevarlos a cabo los últimos días de viaje, tras mi regreso de Ilulissat: el Russell Glacier, una de las entradas más fáciles y accesibles de Groenlandia al *indlandsis* (se puede acceder por

carretera), situado a unos 25 km del aeropuerto, y se trata de un enorme glaciar activo que avanza 25 m al año; la montaña Sugar Loaf, a unos ocho km de la población, la cual ofrece magníficas vistas panorámicas de la zona; y finalmente, la fauna salvaje de los alrededores de Kangerlussuaq. Aquí se pueden ver liebres y zorros árticos, *ptarmigans*, halcones, caribúes, y lo que más me interesaba, bueyes almizcleros. En 1960 fueron introducidos 27 ejemplares de este bóvido en la región, procedentes del noroeste de la isla, y con el tiempo llegaron a ser poco más de cinco mil. En 1986 algunos de estos animales los trasladaron de Kangerlussuaq hasta Pituffik, en el norte de Groenlandia, y luego fueron capturados más, para llevarlos a Ivittuut, al sur de la isla, a Nunavik, en la región norteña de Upernavik y a Naternaq, entre Aasiaat y Qasigiannguit. Los bueyes almizcleros de Kangerlussuaq se extendieron hacia el Sur hasta el área de Nuuk. La economía de subsistencia de los cazadores inuit ha permitido que hoy día tengan una cuota creciente de capturas de 1.500 ejemplares por año. El número de estos animales ha disminuido a consecuencia de la escasez de líquenes, su alimento preferido, y actualmente hay unos cuatro mil en el área de Kangerlussuaq, uno de los pocos lugares en el mundo donde todavía es posible verlos.

Mientras pensaba en estos tres objetivos, salí del pueblo y dirigí mis pasos hacia el camino que llevaba tanto al Russell Glacier como al Sugar Loaf. La carretera sin asfaltar se iba elevando poco a poco hasta que penetraba en el valle. Desde el punto más alto cercano a Kangerlussuaq la vista era maravillosa, pero a su vez, esperpéntica. Al Este había un manto de nieve que cubría las montañas mientras el hielo solidificaba los ríos y lagos de los alrededores. Al Oeste se descubría el aeropuerto internacional como un oasis en medio del desierto blanco, como un aliento de vida en medio de la nada. Sumido en estos pensamientos, las horas me parecieron minutos y sin darme cuenta estaba ya regresando al aeropuerto, puesto que mi vuelo salía una hora después.

7

Desde Kangerlussuaq, tal y como indican sus paneles indicativos del aeropuerto, el Polo Norte Geográfico queda a 3 horas y 15 minutos en avión y Nueva York, por el contrario, está un poco más lejos, a cuatro horas de vuelo. Sin embargo, sentía que realmente estaba muchísimo más cerca del único lugar donde las brújulas siempre indican hacia el Sur que de la ciudad de los rascacielos. Fue entonces cuando realmente

empecé a darme cuenta del sitio donde estaba y de lo que significaba para mí. Si en aquellos momentos había un lugar en el mundo donde pensaba que se encontraba la última frontera humana habitada, este era, sin duda, Kalaallit Nunaat.

Mientras esperaba al avión di una vuelta por el pequeño aeropuerto, el cual tan solo tiene dos puertas de embarque; una para los vuelos domésticos y otra para los internacionales. Además, hay una tienda pequeña de recuerdos, un restaurante, un hotel y la oficina de turismo del pueblo. Dos monitores informan de las llegadas y salidas de los vuelos previstos para ese mismo día. De pronto, mirando a uno de ellos, mi corazón dio un vuelco. El avión a Kulusuk salía al cabo de veinte minutos, un lugar que había desechado desde un principio por la dificultad que entrañaba. Allí vivían los inuit de la costa este, muy diferentes de los que iba a ver a lo largo de este viaje, y quizá, algún día, mi búsqueda de los *poetas del Ártico* me llevará hacia ese territorio tan inhóspito y salvaje...

Inuit del este de Groenlandia

Son el grupo inuit más oriental y los últimos de esta etnia en contactar con el «hombre blanco». Durante mucho tiempo han vivido completamente aislados del mundo exterior y esto, en cierta medida, ha influido en su desarrollo cultural. En Groenlandia, la región donde vive este pueblo es conocida con el nombre de Tunu, que significa «el lado opuesto, espalda o reverso», ya que precisamente la mayor concentración humana se encuentra en la otra parte de la isla, en la costa oeste. Sin embargo, este término también se emplea para designar a un grupo que es completamente diferente al resto de groenlandeses. Descendientes directos de los Dorset y herederos de la cultura Thule, han conseguido adaptarse a un medio físico muy distinto de otros lugares de Groenlandia. La costa este de la isla se caracteriza por tener unas condiciones muy peculiares, ya que está bañada por la corriente fría del Labrador, procedente del océano Glacial Ártico. Esta arrastra enormes moles de hielo, dificultando las comunicaciones marítimas, y a lo largo de mucho tiempo, han mantenido aislada a la población de esta región. Además, el mar helado es aquí muy peligroso e inseguro, y el clima resulta bastante inestable.

En el siglo XIX los inuit del este de Groenlandia, Iit o Iivit (ambos términos contemporáneos), estaban divididos en tres grupos distintos: los habitantes del nordeste, que fueron vistos en 1823 por los capitanes Douglas Clavering y Edward Sabine, los cuales encontraron una comunidad de doce personas, mientras exploraban las costas

entre los 72° 5' y 75° 12' de latitud norte. Tiempo después este pueblo seguramente desaparecería por causas naturales, dejando numerosos restos de su presencia en aquellos parajes. Luego, se encontraba el grupo del sudeste, que vivía en el área comprendida entre el cabo Farvel y el paralelo 64° de latitud norte, y que en 1887 emigraron hacia el Sur, mezclándose con la población nativa que vivía en los alrededores del cabo Farvel, en el extremo más meridional de la isla. Finalmente, estaban los Ammassalimiut, Ammassalimmiut o Tunumiit, que habitaban en tres fiordos: Sermilik, Ammassalik y Sermiligaaq, y entre los paralelos 65° y 67° de latitud norte. Eran una población de 413 individuos (193 hombres y 220 mujeres), repartida en once comunidades que vivían condicionadas por las exigencias rigurosas del medio. Esto provocaba que los asentamientos estuvieran distribuidos a partir de dos imperativos fundamentales: una dispersión de individuos en grupos familiares (de diez a varias decenas de personas) alejados los unos de los otros para sacar mayor provecho del terreno de caza, y un nomadismo regular debido, por una parte, a un cambio de ubicación del campamento de invierno de la familia patriarcal (cada 2 o 3 años), con el fin de no agotar los recursos de un mismo lugar, y por otra, la dispersión en verano de las familias nucleares hacia áreas donde emigraban las focas, salmones y *ammassat* («capelines, capelanes o *Mallotus villosus*»), pez que da su nombre al grupo y a la región de Ammassalik, que significa «lugar donde hay muchos capelines».

A partir de mayo las familias se separaban para ir a vivir a otras zonas, pero en junio volvían a reunirse en el área de Qinneq para pescar los capelines e intercambiar productos regionales. Durante el verano, dormían en tiendas de piel, mientras en invierno lo hacían en grandes casas patriarcales semienterradas, con paredes hechas con bloques de tierra y piedras planas intercaladas. A veces, incluso utilizaban la madera flotante disponible para el tejado y los pilares que debían aguantar la plataforma, mientras la piel de foca servía para cubrir el techo y aislar las paredes interiores. La vivienda constaba de una única habitación rectangular de 8 a 10 m de longitud por 5 m de ancho, con un largo corredor de entrada bajo y colocado en la dirección contraria al viento. En ocasiones solían colocar divisiones para formar habitaciones. Las casas tenían dos ventanas traslúcidas, hechas con intestino de foca y situadas en la fachada sudoeste para que entrara la luz, algo que también producía la lámpara de esteatita que servía, asimismo, para cocinar, calentar el hogar y era propiedad privada de cada mujer casada. La temperatura en este tipo de casas oscilaba entre los -7,5° C de día y -12° C de noche. A pesar de ello, dentro del hogar los niños iban desnudos y los adultos solo

llevaban un taparrabos de piel. En este tipo de viviendas, herencia de los Thule, vivían entre 20 y 30 personas, siendo habituales a partir del xviii. Las casas de invierno solían estar cerca de los lugares donde la corriente marítima impedía la formación de hielo marino, lo que facilitaba las condiciones necesarias para cazar focas en esta época, además de ballenas beluga, morsas, narvales, osos polares y tiburones. Aparte, pescaban en los ríos y en el mar. Todo ello constituía la base de subsistencia tradicional.

Los Ammassalimiut eran un grupo nómada que heredó de los Dorset el dialecto y las técnicas de caza. Para desplazarse utilizaban un pequeño trineo tirado por 3 o 4 perros, el *umiaq* (o *umiak*, embarcación de piel de morsa o foca barbuda que podía llegar a tener unos 9 m de largo) y también los kayaks. Cuando cazaban focas sus pieles pertenecían a la madre del cazador, y si esta había muerto, a su mujer. Si mataban a un oso polar la piel y la cabeza pertenecían a quien lo ha visto primero y el resto se dividía en cuatro partes. Las condiciones en la región de Ammassalik son muy duras. Por este motivo, en el pasado, a menudo, y en épocas de escasez, se practicaba el infanticidio femenino y los ancianos se suicidaban e incluso las viudas se lanzaban al mar con sus hijos, para no poner en peligro la supervivencia de la comunidad.

Entre los Ammassalimiut había la costumbre de no pronunciar el nombre de una persona muerta hasta que este no se reencarnara en otro individuo. Ese período de prohibición podía durar desde algunos días hasta varios años. Si el nombre propio también se utilizaba para designar un objeto era necesario encontrar rápidamente un nuevo término que lo sustituyera. Generalmente, el *angakkoq*, responsable de la observancia de los tabúes, era el encargado de buscar este nombre sin mencionar la palabra prohibida, pronunciando una oración que implicase el uso del nuevo término. Tras este cambio en el vocabulario, la palabra quedaba establecida incluso después de la reencarnación del nombre. También existía el ritual epónimo. Otra de las curiosas costumbres que tenían era que el novio debía raptar a su esposa antes de casarse con ella. Consumado el matrimonio, la pareja se establecía en casa de los padres del marido. Practicaban, asimismo, el intercambio de esposas y, además, realizaban una ceremonia en la que se apagaban las lámparas de aceite y a continuación los invitados se entregaban a la promiscuidad sexual. En este caso solo estaban prohibidas las relaciones con parientes hasta el cuarto grado. El *tordlut* entre los Ammassalimiut era una práctica habitual, al igual que la fabricación de los *tupilaat* (plural de *tupilak*), unas pequeñas figuras que representaban criaturas míticas o espirituales. Servían para protegerse de los malos espíritus y para tener poderes mágicos.

Tuvieron contactos con los habitantes del Oeste a través del grupo que vivía en la costa sudeste y consiguieron productos europeos antes de la llegada de estos a sus tierras. En agosto de 1884 el explorador danés Gustav Frederik Holm (1849-1940) dirigió una pequeña expedición de 19 hombres, 17 de los cuales eran groenlandeses occidentales, por la costa sudeste de la isla en busca del establecimiento oriental de los vikingos. Remando en *umiaat* (plural de *umiaq*) y kayaks, llegaron a la región de Ammassalik, donde se encontraron con los Ammassalimiut. Estos fueron el último grupo inuit en tomar contacto con el «hombre blanco». Pasaron el invierno con ellos y luego, en el verano de 1885, viajaron hacia el Sur. Durante siete años nadie más visitaría la zona, hasta que Carl Hartvig Ryder (1858-1923), otro oficial de la Marina danesa, llegó al área en septiembre de 1892, precisamente cuando el grupo se disponía a abandonar su campamento de verano para instalarse en sus cuarteles de invierno. Tras estos primeros contactos, la Administración danesa instaló, en 1904, la primera escuela en la región de Ammassalik. Al principio se intentó proteger a este grupo prohibiendo la venta de productos europeos, y solo aceptando el intercambio comercial de sus utensilios y herramientas, aunque estas restricciones quedaron rápidamente levantadas en 1905. Los nativos se volvieron dependientes de los artículos occidentales (tabaco, armas de fuego, municiones, harina, etc.). Para poder satisfacerlos, se crearon puestos comerciales de abastecimiento, no muy distantes entre sí, ya que la banquisa de hielo bloqueaba el acceso por mar durante diez meses al año y dificultaba la logística comercial.

Con este cambio radical en sus vidas las casas comunales dejaron de tener sentido y la familia nuclear pasó a gozar de una mayor autonomía, viviendo en hogares mucho más pequeños y mejor equipados que los tradicionales. Como consecuencia directa, el nomadismo empezó a dejar paso al sedentarismo. En 1925 el 10% de la población del distrito de Ammassalik fue conducido mil km más al norte para fundar la colonia de Scoresby Sund. Esta idea del escritor y explorador danés Ejnar Mikkelsen (1880-1971) tenía como objetivos: aumentar la posibilidad de caza en otras áreas y evitar así el descenso del número de animales; disminuir la población de la región de Ammassalik, ya superpoblada (se había duplicado en treinta años); y lo más importante, responder a los noruegos sobre la soberanía de la costa nordeste de Groenlandia. Actualmente, esta es la población más septentrional del litoral oriental y se la conoce con el nombre nativo de Ittoqqortoormiit. En los años 30 la población nativa de la costa este se duplicó y los asentamientos se convirtieron casi en permanentes. En 1935

todavía los alimentos y las vestimentas nativas no habían prácticamente cambiado. Las largas casas comunales desaparecieron en 1940 y a partir de los años 50, las viviendas prefabricadas y de madera, tipo danesas, se convirtieron en el hábitat común de los Ammassalimiut, mientras su vida tradicional se veía profundamente modificada. En 1950 la población nativa era de 1.207 personas en el distrito de Ammassalik y de 261 en el municipio de Scoresby Sund. La eliminación de la mortalidad infantil provocó una explosión demográfica. El nivel de vida subió y los hijos de los cazadores se convirtieron en empleados del Estado. La dieta alimenticia tradicional fue alterada, provocando con ello el desarrollo de enfermedades venéreas y respiratorias, así como caries dental. Curiosamente, en los años 50 era la población con menos analfabetos del mundo.

Actualmente, en la costa este viven 3.577 personas, en su mayoría inuit que residen en dos municipios en los que hay nueve establecimientos: distrito de Ammassalik (3.031) y distrito de Ittoqqortoormiit (546). Los inuit del este de Groenlandia siguen viviendo en estrecha relación con la naturaleza. La caza y la pesca son sus medios de subsistencia habituales, aunque la mayoría de las familias también dependa hoy de un ingreso estable procedente de otras profesiones. Asimismo, reciben, como el resto de la población groenlandesa, un subsidio del Gobierno danés. Viven en comunidad, disfrutando de bastantes de las comodidades del mundo moderno y manteniendo muchas de las viejas y antiguas tradiciones, que han sabido adaptar a sus nuevas necesidades. El turismo está empezando a sustituir el negocio de la caza de focas, muy debilitado tras la prohibición de exportarlas a la UE, debido a las matanzas de estos animales llevadas a cabo en Canadá. Sin embargo, los cazadores siguen recibiendo una subvención por cada pieza que capturan.

8

Salí con dirección a la ciudad de Ilulissat en un avión de hélices DHC-7 de medio centenar de plazas. El vuelo duraba cincuenta minutos y la visibilidad era perfecta para poder disfrutar de la costa occidental groenlandesa. Media hora después de dejar Kangerlussuaq comenzaron a aparecer los primeros icebergs que navegaban majestuosamente hacia el Sur. Luego pasamos por el impresionante glaciar Sermeq

Kujalleq y, finalmente, mis ojos divisaron la pintoresca y nevada ciudad de Ilulissat. Por fin había llegado a mi destino final.

Ilulissat, localizada en los 69° 13' norte y 51° 06' oeste, es la tercera ciudad más grande de Groenlandia y la mayor de la zona norte. Situada a unos 250 km al norte del Círculo Polar Ártico, se encuentra bañada por las aguas de la bahía de Disko. El municipio de Ilulissat (Ilulissat Kommunitat), que cubre un área de 47.000 km², tiene 5.005 habitantes mientras en la ciudad, cabeza del distrito, viven 4.533 personas. Ilulissat, que significa «icebergs», es uno de los destinos turísticos más populares de la isla gracias a su proximidad con el Sermeq Kujalleq (Ilulissat Icefjord).

Entre 4.000 y 3.500 años atrás, el área de Ilulissat fue habitada por primera vez por las culturas de Saqqaq y, posteriormente, Dorset. Los primeros europeos que visitaron la zona de la bahía de Disko fueron los nórdicos, que navegaron por la costa oeste en busca de focas y morsas. Luego, en el siglo XVII, llegaron balleneros holandeses interesados en cazar cetáceos para así obtener productos como el aceite y los huesos de ballena que satisficieran el creciente mercado europeo. En donde se encuentra el actual puerto de Ilulissat, al que llamaron Maklykout, establecieron relaciones comerciales con los inuit, intercambiando cuentas europeas, madera, armas y hierro por pieles y otros productos autóctonos. Lamentablemente algunos extranjeros engañaron a los inuit en cada oportunidad de transacción comercial que tuvieron y el Gobierno de los Países Bajos, viendo la importancia del asunto y el maltrato que estaban recibiendo los propios groenlandeses, decidió aplicar las penas máximas, considerando el engaño comercial como un acto de piratería a partir de 1736.

Un año después llegó a la región el misionero Poul Hansen Egede (1708-1789), y por aquel entonces, el pueblo de Sermermiut ya era un importante asentamiento con más de doscientos habitantes. Poco a poco y gracias al éxito de la misión religiosa, fueron llegando a la zona comerciantes europeos. En esta época, el comercio y el monopolio en Groenlandia estaban siendo bloqueados por la intervención holandesa que entorpecía el desarrollo de los proyectos daneses. El resultado fue la única batalla naval que ha ocurrido en Groenlandia, y sucedió justo fuera del puerto de Maklykout. Así, el 6 de junio de 1739 tres barcos daneses capturaron a cuatro barcos holandeses que habían violado el embargo comercial. De esta forma, Dinamarca salió victoriosa y la competencia holandesa fue eliminada. Ese mismo año se construyó una casa en la actual bahía de Ilulissat para almacenar la grasa de ballena, y el 3 de agosto de 1741 el mismo Poul Egede fundó la ciudad que hoy es conocida como Ilulissat. Este asentamiento fue

concebido inicialmente como centro comercial, casa de campo y misión evangélica en verano. En 1742 el establecimiento recibió el nombre danés de Jakobshavn («Puerto de Jacob») en honor al comerciante Jacob Sørensen Severin, de Sæby (Dinamarca), que controló el monopolio comercial de la costa oeste de Groenlandia desde 1734 hasta 1749. En 1745 Jakobshavn empezó a crecer como ciudad. La caza de ballenas por parte de los holandeses, alrededor de Ilulissat, finalizó en 1780. Solo dos años más tarde, Jakobshavn obtenía el estatus de colonia con su propio administrador, y luego se convertiría en metrópoli y eje central de los servicios en la bahía de Disko. En 1850 la ciudad tenía 262 habitantes, y en 1919 ya había llegado a los 423. En 1992 la urbe albergaba a 4.156 personas, mientras el resto de la población del distrito de Ilulissat se encontraba repartida en cuatro emplazamientos: Ilimanaq (82), Oqaatsut (62), Qeqertaq (119) y Sarqaq o Saqqaq (152).

9

A las 15:10 horas el avión tomaba tierra en el aeropuerto de Ilulissat. Tras recoger la mochila en la única cinta de equipajes que había, salí fuera del recinto. La temperatura exterior, de -4° C, era relativa teniendo en cuenta el sol de justicia que caía. No había ningún taxi en el aparcamiento situado frente al aeropuerto. Sin embargo, sí se encontraba una furgoneta del Hotel Arctic que esperaba a unos clientes que precisamente habían venido en mi vuelo. Una vez subieron estos al vehículo, la mujer que lo conducía (diría que danesa) me preguntó en inglés dónde iba. Mi idea era convivir con una familia inuit y no tenía intención alguna de hospedarme en un hotel. Ella sonrió y me dijo que no me preocupara, que me llevaría a un lugar donde podrían ayudarme. Así es como, tras dejar a los clientes en el Hotel Arctic que se encontraba de camino a la ciudad, me condujo al centro de Ilulissat, donde había un local que, al parecer, era una oficina de turismo y tienda de *souvenirs* a la vez.

Tourist Nature fue fundada en 1993 por un italiano llamado Silver Scivoli. Este hombre, nacido el 19 de mayo de 1948, se fue con 32 años a Groenlandia junto a un amigo con el cual formaba un grupo musical. Tras la gira conoció una mujer inuit con la que se casó en 1980 y tuvo cuatro hijos: Monica, Walter, Daniel y Heidi. En 1998 se divorciaron y unos años después conoció a Marie, su actual pareja. Marie tiene una hija de un anterior matrimonio, llamada Navarana. Silver era un hombre de mediana

estatura, ojos saltones y un gran bigote. Su aspecto me recordaba a los típicos pistoleros del *spaghetti western*. Lo primero que me preguntó es de dónde era. Cuando le comenté que vivía en Barcelona se quedó boquiabierto, y me dijo que hacía muchos años había visitado la ciudad. A continuación le pregunté si conocía alguna casa donde pudiera instalarme con una familia inuit. De nuevo sorprendido, me comentó que miraría de encontrarme algún lugar donde poder vivir durante mi estancia en Ilulissat. Le comenté que era antropólogo y que había decidido dedicarme al estudio e investigación de la cultura inuit hacía seis años. Para mí era muy importante convivir con una familia groenlandesa y así intenté transmitirle, ya que supuse no estaba muy acostumbrado a este tipo de solicitudes. Rápidamente dio media vuelta y se dirigió hacia su despacho, que estaba al final del establecimiento. Mientras esperaba a Silver me puse a mirar los objetos que estaban expuestos en la tienda. Había máscaras, algunos *ulut* (plural de *ulu*, cuchillo tradicional de la mujer), pieles de oso polar, caribú y zorro ártico, *Qilaat* o tambores, preciosos *tupilaat*, pequeñas *qullit* (plural de *qulleq*), como aquí se conoce a las antiguas lámparas de aceite, etc. Aunque los objetos eran muy interesantes mi intención era, por supuesto, contactar con un artista local para encargarle que me elaborara algunos objetos tradicionales.

Al cabo de treinta minutos y tras varias llamadas telefónicas, me indicó que había encontrado la casa de una familia inuit en la que podría pasar una temporada. Se trataba del matrimonio formado por Hans Geisler y Mona Lange Geisler. Así pues, Silver cerró la tienda y me llevó en su furgoneta a la casa que iba a ser mi hogar en las próximas semanas. Por el camino pasamos cerca de una pequeña gasolinera, un gran Pisiffik A/S o supermercado, y un campo de fútbol de tierra donde juegan los dos equipos de la ciudad: Y-69 y N-48 (los números corresponden al año de su fundación). Luego, al girar por una manzana, topamos con el Sporthallen, donde aparte del balonmano, el juego de equipo más importante en Kalaallit Nunaat, también se realizan fiestas y espectáculos musicales. Una vez pasado este pabellón de deportes, volvimos a girar a nuestra izquierda, justo donde se encontraba un cementerio antiguo. Aquí, en el pasado, los inuit eran enterrados de forma tradicional, es decir, amontonando piedras sobre el cuerpo sepultado con el fin de que este no fuera devorado por los animales. Solo hay una cruz que indica la función de este recinto, y por lo tanto aquí no había sido enterrado ningún inuit cristiano. Tras el cementerio encaramos una calle que nos llevó hacia el sur de Ilulissat. Justo al final del camino se encontraba la vivienda de los Geisler. La casa estaba pintada de un tono verde hierba que contrastaba con los colores

amarillo, rojo o azul de las viviendas contiguas (el colorido de los edificios es muy común en Kalaallit Nunaat). Como sucede en otras partes de la isla, la vivienda estaba edificada por encima del nivel del suelo y sostenida por unos pilares de madera y cemento. Este método de aislamiento evitaba que la nieve sepultara la casa o dificultara su entrada en invierno.

Silver me acompañó hasta las escaleras negras de madera que servían para acceder a la vivienda. Me dijo que cuando ya estuviera instalado lo fuera a ver para pagarle, así como también mirar las posibilidades de realizar alguna excursión por la zona. A pesar de ello, me advirtió que era temporada baja y quizá encontraría algún que otro problema para desplazarme a otros pueblos. Después de despedirme con un «*ciao*» y un sincero agradecimiento, subí las escaleras y llamé a la puerta. Cuando esta se abrió todos mis sueños sufrieron un momentáneo colapso. No podía creer lo que estaba viendo y no tenía muy claro si estaba preparado para aquello. Salió a recibirme un inuk de estatura mediana, delgado, de ojos negros y hundidos, y mirada despreocupada. Llevaba varios tatuajes en el brazo izquierdo y sus manos estaban ensangrentadas. Me miró y sonrió pícaramente. Le estreché la mano, aunque, por sus movimientos, no se esperaba que lo hiciera. Entonces, con una pequeña carcajada me indicó que pasara con mi mano ensangrentada. Dejé las cosas en el recibidor.

—*Qanorippit?* («¿Cómo estás?») —me preguntó.

—*Ajunngilanga* («Estoy bien») —respondí para sorpresa suya.

—*Hans-mik ateqarpunga* («Mi nombre es Hans») —se presentó.

—*Francesc-mik ateqarpunga* («Mi nombre es Francesc») —le indiqué rápidamente.

A continuación apareció una mujer robusta de unos 160 centímetros de estatura. Llevaba unas gafas negras que le empequeñecían los ojos y al igual que Hans, sus manos también estaban ensangrentadas.

—*Mona-mik ateqarpunga* —me comentó la anfitriona, señalándose con el índice diestro.

—*Natseq* —se apresuró a decirme ella, mientras se reía de mi mirada aterrada.

Tras indicarme que me quitara los zapatos en el vestíbulo, costumbre típica en Kalaallit Nunaat, Mona me cogió del brazo y me llevó a la cocina, donde encontraría al fin mi respuesta. Allí había la mitad de una foca descuartizada y despellejada, a la que estaban

quitándole el hígado, el corazón y las entrañas. En aquel preciso instante suspiré aliviadamente. A continuación, Hans me enseñó mi habitación, que estaba justo al otro lado de la cocina y a la que se accedía a través de un pasillo, en el que había un guardarropa y una lavadora. El cuarto tenía unos ocho metros cuadrados y una ventana sin persianas, pero con cortinas, que daba al exterior. Disponía de una mesita de noche y un pequeño armario que nunca llegué a utilizar. Luego me enseñaron un lavabo en el que el mismo suelo hacía de plato de ducha. Las toallas, ordenadas por colores y bien enrolladas, estaban colocadas en una estantería. El comedor estaba lleno de plantas dispuestas en pilares junto a la ventana. En una esquina, había una televisión, un vídeo y frente a estos, un equipo de música con un reproductor de *compact disc* colocado en la pared blanca. Un enorme sofá marrón de cuero, con una mesita central de cristal y una estantería blanquecina, repleta de adornos groenlandeses (muñecas y tapetes de abalorios), completaban los objetos y mobiliario que se podían ver en aquel espacioso comedor. Al lado de este se encontraba el dormitorio de los Geisler, con una cama, una mesita de noche y un armario. Tanto las paredes del pasillo como del comedor y resto de habitaciones, estaban repletas de fotografías familiares y también del matrimonio Geisler (dos de ellas eran de su boda). Finalmente, la casa disponía de un trastero y una enorme terraza con vistas al impresionante Kangia, atestado de icebergs.

Después de dejar las cosas en la habitación, decidí ir a dar una vuelta y empezar a digerir todo lo que estaba viviendo. A las 18:30 h debía regresar para cenar. Para entonces Mona ya habría acabado de jugar al bingo con un programa de televisión del único canal de emisión, que sin antena parabólica, se puede ver en Kalaallit Nunaat: el KNR, que comparte su programación con el canal danés DR. En el exterior no hacía mucho frío, al menos yo no lo sentía, aunque el termómetro que había en la cocina de los Geisler indicaba -10° C. Dirigí mis pasos hacia una zona que estaba llena de perros, algunos atados y otros sueltos. De golpe, una nueva visión acabó por cimentar la idea preconcebida que llevaba de los inuit. Un cazador mientras se desplazaba en trineo de perros estaba hablando a través de su teléfono móvil. Solo llevaba unas horas en la isla de hielo y había aprendido más que en cinco años de lectura. Finalmente regresé a casa de los Geisler sabiendo ya de antemano qué es lo que iba a cenar. La foca, acompañada de patatas, era más buena de lo que pensaba. Estaba un poco reseca y eso que la comí medio hecha. Era como comer carne con sabor a pescado. Al cabo de unos minutos de empezar a cenar, Hans se levantó de la silla y comenzó a depositar sobre la mesa un sinfín de botellas de cerveza y vino. Por su parte, Mona me entregaba con sus manos un

trozo de hígado crudo para que lo probara, y también de corazón. Supongo que debería ser todo un espectáculo verme comer la foca cruda porque Hans y Mona no paraban de sonreír.

Mientras íbamos comiendo y bebiendo traté de comunicarme con ellos. Hans hablaba un poco el inglés, aunque me costaba mucho entenderlo debido a su pronunciación literal de las palabras; al contrario de Mona, que solo sabía Kalaallisut y danés. Les expliqué un poco mi vida mientras Hans se encargaba de traducírselo a Mona. Enseguida comprendí el sentido de las palabras de Ingmar Egede sobre el antropólogo y la familia inuit. Así que decidí presentarme como una persona interesada en conocer a los inuit y en entablar amistad con ellos. Así de simple pero complejo a la vez. Les comenté que vivía en Barcelona, la cual conocían tan solo por los Juegos Olímpicos. Asimismo, les dije que tenía una novia esperándome. Finalmente, les hablé que este era mi segundo viaje consecutivo al Ártico y el primero a Kalaallit Nunaat. A continuación, les pregunté un poco por sus vidas pero siendo muy cauto y con la sana intención de romper el hielo. Hans había nacido el 13 de septiembre de 1957 en Aasiaat, mientras Mona, nacida el 6 de marzo de 1961, era oriunda de Ilulissat. Estaban casados desde el 23 de abril de 1994 y no tenían hijos. Mona trabajaba como cocinera en un parvulario desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, de lunes a viernes. Por su parte, Hans conducía un taxi verde oscuro de la marca *Audi* y se turnaba su trabajo con otro socio, repartiéndose la jornada sin un horario específico. El matrimonio Geisler tenía además como medio de transporte una barca que estaban intentando vender, ya que a Mona le daba miedo navegar en verano. Había un tercer miembro de la familia, por así decirlo, *Pipi* (desconocían su significado en castellano): un hermoso perro groenlandés de color canela que naturalmente vivía en el exterior de la casa, atado a una estaca. Recuerdo que había leído en un fantástico libro de Peter Høeg, *La señorita Smila y su especial percepción de la nieve*, que los primeros groenlandeses que llegaron a Dinamarca en los años treinta quedaron estupefactos al ver que los daneses tenían perros en sus casas. Una de las primeras cosas que escribieron a sus familiares es que solo los cerdos tienen perros en el interior de sus viviendas.

Tras cuatro botellas de vino y ocho cervezas que, al parecer, nos bebimos entre los tres, la cabeza me estaba empezando a dar vueltas. No sé si fue el alcohol, la foca o el *jet lag*, o las tres cosas a la vez, pero solo recuerdo que acabé agarrado a la taza del retrete extrayendo hasta mis entrañas, mientras la puerta del lavabo se abría y cuatro ojos me miraban de par en par con una leve sonrisa. Pocos minutos después, algunos

ojos más se habían añadido a la fiesta, en la que yo era el protagonista. No sé cómo fui a parar a la cama. Solo recuerdo haber mirado el reloj y darme cuenta de que me había pasado casi seis horas hablando con ellos. Creo que mi primer día en Kalaallit Nunaat fue más fructífero de lo esperado. Por una parte estaba contento por estar en aquel lugar y orgulloso por vivir aquellas experiencias; por otra, me sentía muy mareado. Al final mis ojos se cerraron con la sensación de que acababa de ganar dos amigos y también una terrible resaca.

Capítulo IV

7 de agosto de 1818, bahía de Melville (Groenlandia)

Ross escribió en su diario de navegación que en el episodio del 7 de agosto «ni los capitanes ni los oficiales, ni los que habían estado toda la vida en el servicio de Groenlandia, habían corrido nunca semejante peligro, y declararon que un ballenero corriente hubiera quedado hecho migas». Para evitar un nuevo incidente como aquel, que pusiera en peligro sus vidas, Ross decidió buscar un refugio en la bahía de Melville, una medida que en otras condiciones quizá hubiera sido acertada. Acababan de salir de una tempestad y ahora se metían en la mismísima boca del lobo.

Si nos encontramos en la bahía de Baffin, observaremos que existen tres tipos de hielo diferentes: el hielo marino que se hace y se deshace de una forma bastante rápida; el hielo de la costa, sólido y bastante seguro durante casi todo el año, y finalmente, la banquisa central de hielo flotante, que se alimenta del océano Glacial Ártico y que suele acumularse en bloques de hielo que se desplazan a la deriva, dependiendo de la temperatura del mar y del viento procedente del norte. Normalmente estos icebergs suelen moverse hacia el Sur. Sin embargo, esta vez sucedió lo contrario. Al soplar un viento fuerte en la bahía de Baffin, provocó que los hielos que iban hacia el Sur cambiaran de dirección. Por este mismo motivo, Ross optó por buscar abrigo en la bahía de Melville en el hielo sólido y más seguro de la costa. Allí, y en condiciones normales, estarían más protegidos.

Pero solo William Baffin y Robert Bylot habían llegado hasta aquellas latitudes. Por lo tanto, no sabían qué les podría pasar, puesto que no disponían de la suficiente información para prever lo que iba a sucederles. El viento cambió de dirección, la banquisa de hielo central empezó a acumularse, y Ross y sus hombres no tuvieron más

remedio que salir de aquel refugio que ya casi estaba terminado. De nuevo la suerte se aliaba con la expedición y no hubo que lamentar ninguna pérdida humana. Eso sí, antes de escapar les dio tiempo de presenciar cómo aquel refugio desaparecía en medio de un paisaje desolador donde la banquisa y los hielos flotantes chocaban para hacerse sitio. No había tregua. Aquel espectáculo les advertía de lo que podría pasarles en un futuro. Se habían escapado por los pelos, pero, ¿hasta cuándo iba a durar su suerte? El 8 de agosto la calma volvió no solo al mar sino también a los hombres. El destino les concedía un respiro. El capitán John Ross dio órdenes de continuar más hacia el Norte. Volvieron la bruma y el hielo, pero de momento todo parecía tranquilo.

A través de la niebla asomaron, ante los ojos de la tripulación, las primeras tierras situadas al Norte y los hombres empezaron a contemplar atónitos un glaciar inmenso de 300 km que aparecía frente a ellos. A la altura de la franja delgada del litoral y libre de hielos, el capitán de la Artillería Real Edward Sabine, que había embarcado en el Alexander como astrónomo y naturalista, y el subteniente Bushnan, llegaron en barca a una pequeña isla donde descubrieron algunas tumbas y un trozo de raíz que servía para igualar las mechas de las lámparas de aceite. La isla fue bautizada con el nombre de Bushnan. ¿Podía ser que hubiera personas viviendo en esas latitudes tan al Norte? ¿Quiénes eran aquellas gentes?

Las preguntas se sucedían entre la tripulación y poco a poco se intuía que aquello no podía ser casualidad. Debía existir una explicación para los restos encontrados. Así pues, no es de extrañar que la decisión que tomaron John Ross y William Edward Parry no fue otra que la de continuar hacia delante. Sabían que aquellos hallazgos podían cambiar el devenir de la expedición, así como condicionar el futuro de la exploración polar. De tal forma fue cómo empezó la historia de un encuentro que no solo cambiaría las vidas de aquellos hombres, sino también el destino de todo un pueblo.

Habían salido temprano del poblado. Era una buena época para una partida de caza y debían aprovechar al máximo el tiempo. Antes que llegara el frío invierno, tenían que almacenar comida suficiente para no pasar hambre; algo que solía suceder a menudo, sobre todo en aquellas latitudes tan septentrionales. De repente, a media tarde, y mientras se disponían a regresar, vieron unas sombras en el horizonte. Atónitos, contemplaron como algo semejante a unas bestias que parecían venidas de la luna se dirigían hacia ellos, viajando en unas islas flotantes con alas blancas. Quizá estaban allí para matarlos. Todos fueron presa del pánico y al momento que se

retiraron, aterrorizados, uno de esos hombres huyó hacia las colinas con el miedo reflejado en sus ojos. Probablemente ya no volverían a verlo jamás.

Aquella mañana fría, del 9 de agosto de 1818, se había levantado una espesa bruma matinal que poco a poco fue disipándose. La tripulación estaba ocupada en sus trabajos matutinos, sin olvidar en sus mentes aquellos hielos de más de dos metros de espesor que estuvieron a punto de aplastarlos y que a más de uno todavía le quitaba el sueño. Los barcos se encontraban al noroeste de la bahía de Melville, en la latitud 75° 55' norte y 65° 32' oeste, al norte de la isla de Bushnan, entre un lugar conocido como Savissivik o Savigsivik, y el cabo York, situado al sur del cabo Dudley Digges y reconocido por William Baffin en 1616. De improviso, y mientras ambos barcos iban costeando, desde el Isabella vieron a unos hombres a través de la escasa bruma. Estaban sobre la banquisa, a 7 u 8 millas de las naves. La tripulación de los dos barcos estaba asombrada ¿Cómo podía ser que hubiera seres humanos en esas latitudes tan norteñas? Ross pensó, al principio, que podía tratarse de balleneros que habían naufragado.

Bien pronto, por la mañana, Ervick y sus sobrinos, Marshuick y Otooniah, junto a un grupo de cinco hombres, incluidos Meigack y su hijo Kaweigack, decidieron adentrarse en la banquisa para averiguar si lo que habían visto el día anterior no era un espejismo. Salieron con sus trineos tirados por perros y Ervick, el más anciano de ellos, iba a la cabeza. Había bruma matinal, pero el frío era soportable con sus parkas y pantalones de piel. De repente, en el horizonte, volvieron a ver esos monstruos que tanto les habían aterrorizado, mientras un escalofrío recorría el cuerpo de los ocho hombres. Ervick, confuso y perplejo, no sabía realmente qué hacer. Ahora, aquellas bestias estaban más cerca que ayer y nunca había visto nada igual. Los otros hombres esperaban que el anciano dijera algo; al fin y al cabo, era el que tenía más experiencia y, consecuentemente, mayor sabiduría. Pero no hubo respuesta alguna; solo silencio. De golpe, como si de una revelación se tratara, Ervick recordó la profecía de una mujer, llamada Maage, la cual decía que un día «aparecería en el océano un gran barco con palos altos».

Mientras tanto, los dos navíos iban acercándose cada vez más a la orilla.

Ross mandó ir en dirección donde estaban esos hombres. Iban decididos a su encuentro. De repente, aquellos ocho hombres que iban en trineo avanzaron también hacia los barcos, pero retrocedieron inmediatamente. ¿Qué es lo que estaba sucediendo? La bruma matinal había prácticamente desaparecido y el sol, cada vez

más alto, mejoraba la visibilidad. Los marinos se mantenían en los puestos, pero sus ojos estaban clavados en esos seres extraños. Mientras, en la banquisa, los ocho hombres habían bajado de sus trineos y miraban atónitos a ambas naves.

Ervick y el resto de hombres estaban anonadados. Aquellos barcos, que eran como islas flotantes con alas blancas, les parecían un auténtico prodigio. Jamás habían visto nada semejante. Esa cosa era como «una isla de madera que avanzaba con alas por el mar y llevaba en su seno muchas casas y habitaciones llenas de gente bulliciosa». Por si fuera poco, alguien del barco que se parecía a ellos físicamente hablaba, sorprendentemente, una lengua similar a la suya pero a su vez diferente. Y cuando vieron que desde ambas naves, mientras estaban virando, les hacían gestos muy extraños, se asustaron. A continuación, los nativos realizaron juntos un grito al unísono, intentando que los oyeran aquellos seres extraños. Luego empezaron hacer gestos para intentar alejarlos de ellos, y con suma rapidez subieron a sus trineos y huyeron hacia el litoral. Debían apartarse lo antes posible de aquellas islas flotantes y de las gentes que habitaban en ellas.

John Sackheuse interpeló a los desconocidos con su dialecto groenlandés meridional, pero estos no parecían comprenderlo. De golpe, la tripulación oyó cómo aquellos hombres «lanzaron un grito al unísono, acompañado de gestos extraños, y se marcharon en sus trineos con asombrosa velocidad». En ese preciso momento Ross comprendió que debían de ser esquimales. ¿Acaso las señales que habían realizado con el brazo, como intercambio de saludos desde ambos barcos, los habían asustado? A casi una milla de distancia observaron que se detenían los trineos. Los hombres de ambos bandos se contemplaron mutuamente. La luz del sol era cada vez más intensa; las miradas, cada vez más inquisitivas. Pasaron dos horas y parecía como si el silencio se hubiera adueñado de las almas de esos hombres. Daba la sensación de que nadie estaba dispuesto a dar el siguiente paso. Sin embargo, John Ross fue el primero en hacerlo. En un acto que alteraría el rumbo de aquel encuentro, decidió enviar una barca con obsequios de todo tipo: cuchillos, ropas, etc. Los marineros que iban en la lancha todavía no sabían que este primer paso cambiaría el devenir de estas gentes. Llegaron al borde de la banquisa y encima de un montículo de más de un metro de altura, colocaron los cuchillos y las prendas de ropa. Luego se retiraron del escenario. Aquellos hombres, metidos en pieles de animales, no mostraron ningún entusiasmo. No se movieron. En realidad, no querían saber quiénes eran aquellas gentes ni de dónde venían. Simplemente deseaban que se marcharan. Ervick y sus compañeros sabían que

la mejor opción era quedarse donde estaban, observando el siguiente movimiento que dieran esos desconocidos. Así que manifestaron un gesto de indiferencia, ignorando por completo los regalos dejados en la banquisa. Tanto aquellos seres como los objetos extraños les causaban una total desconfianza.

Todos estaban sorprendidos a bordo. ¿Cómo podía ser que mostraran indiferencia ante aquellos objetos que les regalaban y que quizá no hubieran visto nunca? Ante el fracaso de la primera tentativa, enviaron una segunda barca y esta vez en ella llevaron un perro esquimal que portaba en el cuello diferentes abalorios de cuentas azules. En un iceberg colocaron una bandera blanca, en la cual estaban dibujados la luna y el sol sobre una rama de brezo, el único arbusto ártico que encontraron en aquella región inhóspita. Al asta de la bandera también ataron un saco que contenía más obsequios y que tenía pintada una mano grande, la cual señalaba hacia el lugar donde estaban las dos embarcaciones. Realizados estos pasos, esperaron a ver si se producía algún movimiento en el otro bando. Pero este no se materializó.

Estaban paralizados, aturcidos, y un frío sudor recorría sus curtidas caras. Habían observado que aquellas islas de madera con alas blancas tenían pequeños botes que colgaban de ellas. Estupefactos, contemplaban cómo esas barcas bajaban al agua, llenas de seres extraños que iban rodeando el barco. Parecía «que el monstruo hubiera parido crías llenas de vida». Llevaban un perro similar al que tenían ellos. En su cuello había una piedra azul que brillaba. Observaron que en una montaña de hielo había algo parecido a un trapo que tenía pintados el sol y la luna, y una mano que señalaba hacia donde se encontraban ellos. Aunque estaban a casi una milla de distancia, gracias a sus ojos acostumbrados a aquellas latitudes y espacios, eran capaces de observar sin problemas lo que estaba sucediendo. Ervick y los otros hombres lo tenían muy claro. Si querían seguir viviendo lo mejor era quedarse donde estaban, sin perder de vista a esas gentes que parecían hombres pero que no actuaban como tales. Al menos, no eran auténticos seres humanos como ellos. Quizá fueran espíritus del aire que venían a visitarlos. De cualquier manera, debían mostrar el mismo interés por el perro que por los regalos. Así pues, los ignoraron por completo y no les prestaron ninguna atención.

John Ross estaba cansado. Se había pasado todo el día intentando establecer contacto con los naturales, pero solo había conseguido una soberana indiferencia de ellos. Quizá lo mejor sería esperar otra ocasión más idónea. Dejaron la bandera instalada en el montículo de hielo, y los obsequios, incluido el perro, en el lugar donde

los habían depositado. A continuación, se dirigieron hacia el Oeste a lo largo de la banquisa en busca de un paso.

Parecía que los extranjeros se marchaban. La actitud de ignorar las cosas que les ofrecían había funcionado. Observaron cómo las islas flotantes, con sus alas blancas y repletas de casas y seres extraños, se alejaban. La profecía de Maage se había cumplido. Ahora debían regresar enseguida al poblado y contárselo a todos. Y aunque volvían a quedarse de nuevo solos, de hecho como siempre habían estado, no debían olvidar que si esos seres habían venido una vez podrían regresar de nuevo.

Hacia ya unas horas que habían decidido marcharse sin haber logrado su objetivo. Ross, al ver que no encontraban el paso, decidió por la tarde regresar al punto de encuentro. Quizá en esta ocasión habría más suerte y se podría realizar el tan ansiado contacto con aquellos esquimales. Sin embargo, cuando llegaron al lugar donde habían visto a los nativos, estos ya no estaban; habían desaparecido sin dejar rastro. Quizá se había esfumado así la única esperanza de contactar con un grupo de hombres que podía aportarles la información necesaria para encontrar el Paso del Noroeste. Sin embargo, John Ross seguía teniendo la convicción de que si habían aparecido aquellos nativos una vez, quizá pudieran regresar de nuevo al lugar donde ahora estaban ellos. Así que decidió amarrar los buques cerca del punto de encuentro, pero en un sitio más favorable que les permitiera observar a quienes pudieran llegar.

«Y somos tan ignorantes que, a pesar de todos nuestros conjuradores tememos a todo lo que no conocemos. Tememos a todo lo que vemos en torno de nosotros y tememos a aquello que relatan las leyendas». Aua, angakoq Iglulik

1

14 de mayo de 2002, Ilulissat (Kalaallit Nunaat)

Sentado en los asientos de piel de foca del aeropuerto de Ilulissat, y mientras esperaba mi vuelo de regreso a Kangerlussuaq, comencé a reflexionar y valorar las experiencias vividas con los groenlandeses de la costa oeste. Sin duda, habían sido mucho más satisfactorias de lo que realmente me esperaba antes de llegar a la isla. Una de las cosas que intentaba imaginar es cómo sería la vida tradicional de este grupo en el pasado comparándolo con el presente.

Inuit del oeste de Groenlandia

Los inuit de Groenlandia occidental habitaban a lo largo de la costa oeste de la isla, desde el cabo Farvel en el Sur (60° latitud norte) hasta la bahía de Melville (75° latitud norte). Este litoral, con más de dos mil km de longitud, presenta numerosos fiordos, glaciares, islas y penínsulas. Esta región, conocida como Kitaa (oeste), tiene una climatología variable según las zonas. Al sur de Sisimiut (66° 55' latitud norte) el clima es subártico con temperaturas suaves y aguas libres de hielo todo el año. Sin embargo, las condiciones climáticas de las áreas más meridionales están determinadas por la corriente fría del Labrador, que transcurre a lo largo del litoral este de la isla y que arrastra grandes masas de hielo compacto que a menudo llegan a bloquear la costa. Al norte del Círculo Polar el clima es ártico y el hielo compacto en el mar empieza a formarse a partir de la península de Nussuaq o Nuussuaq (70° 30' latitud norte). La noche polar y el sol de medianoche, que en algunos lugares más al norte suelen durar meses, condicionaron el ciclo vital de los inuit de esta área. Cuando llega el verano en la costa oeste de la isla, y con el deshielo, el paisaje cambia radicalmente de norte a sur. La nieve deja paso a la tundra y los mosquitos infestan los lagos descongelados. Durante este período el litoral groenlandés de la región de Kitaa se tiñe de tonos verdes haciendo honor al nombre que le puso por primera vez Eirik Thorvaldsson a la isla.

Las diferencias culturales entre las zonas norte y sur de la costa oeste de Groenlandia están condicionadas así por el contraste climático. En líneas generales, la base de subsistencia económica de estos inuit eran los mamíferos marinos, entre los que destacaban sobre todo la foca anillada y, en menor importancia, la foca groenlandesa. Morsas, narvales y ballenas beluga eran otros de los recursos importantes para los nativos de esta región, sin olvidar también los peces (halibut, trucha ártica y capelines), las aves (cormoranes, *ptarmigans*, alcas chicas, araos, patos eider, etc.) y los mamíferos terrestres (osos polares, liebres y zorros árticos y caribúes). Igualmente se cazaban tiburones, ya que su carne se utilizaba para alimentar a los perros. En el Sur, de mayo hasta agosto, las familias se desplazaban a las islas costeras para cazar focas, y en el mes de junio pescaban capelines en los fiordos. Cuando llegaba el final del verano los nativos de esta área iban en busca de la trucha ártica. El resto del año cazaban desde sus kayaks en alta mar y en los fiordos.

Durante mucho tiempo no hubo caribúes en el Sur, así que fue un recurso poco importante. En el centro del litoral occidental cazaban en aguas abiertas todo el año. Los capelines eran pescados en junio, mientras en los meses de julio y agosto las familias

viajaban con sus kayaks y *umiaat* al interior de los fiordos, desde donde cazaban el caribú y pescaban la trucha ártica. En la zona norte capturaban la foca sobre el hielo en invierno y primavera, mientras en verano lo hacían desde sus kayaks. Pescaban en esta época capelines y truchas árticas. El caribú, aunque no era un animal muy importante, era capturado tanto en verano como en invierno.

Los inuit vivían en casas de turba y piedra de dimensiones reducidas y forma circular. Usaban la lámpara de esteatita para cocinar y calentar sus hogares. El iglú de nieve solo se construía durante los desplazamientos en los meses más fríos, mientras en verano se instalaban en sus tiendas de piel. La familia nuclear constituía la base de su organización social, con un sistema de parentesco bilateral. En el área del sur libre de hielo marino podían cazar durante todo el año en sus kayaks. Este es el principal motivo por el que consiguieron mejorar los diseños de sus embarcaciones y perfeccionar la técnica del esquimotaje. La madera flotante se empleó en muchos lugares para hacer la estructura de este tipo de barco. La quilla del kayak fue inventada en Jakobshavn alrededor de 1867. Aparte del *umiaq*, barco utilizado tanto para cazar ballenas como para desplazarse, el trineo de perros fue usado solo en las áreas al norte de Sisimiut, debido a la escasez de nieve en las zonas más meridionales, y constituía el mejor medio para trasladarse desde los campamentos de invierno hasta los de verano.

Utilizaban el ritual epónimo. La «eutanasia voluntaria» entre la gente mayor era conocida aunque rara vez se practicaba, debido a que este grupo social había adquirido prestigio en la comunidad gracias a su experiencia. La responsabilidad de cuidar a los ancianos recaía en la familia. No tenían jefes ni dirigentes. Sin embargo, la función de liderazgo, pero no de mandato, la cumplía el mejor cazador. Este solía ser el hombre más hábil, generoso, vigoroso y viril del grupo. La caza la repartía entre los miembros familiares y el resto de la aldea y, a veces, incluso sacrificaba su propia ración para dársela a los demás. Practicaban los duelos cantados para solucionar sus conflictos más habituales, aunque nunca para juzgar un asesinato. Entre este grupo inuit se hicieron muy populares la leyenda y las historias del héroe eremita Qivittoq. De hecho, se sabe de algunos casos de gente que se convirtieron en ermitaños y consiguieron sobrevivir durante varios años, totalmente aislados. Se consideraba que este tipo de gente podía lograr vivir en completa soledad gracias a sus poderes sobrenaturales y, por este mismo motivo, se les tenía miedo. Los *angakut* eran también importantes dentro de la sociedad tradicional de los inuit de la costa oeste y se les temía y respetaba a consecuencia de esos mismos poderes que escapaban a la comprensión racional.

Los inuit de la costa oeste establecieron una red comercial centralizada en el mercado de Taseralik, situado en la desembocadura del Nordre Strømfjord (67° 32' N). Aquí se reunían la gente del Norte y el Sur, e intercambiaban mercancías como hierro y barbas de ballena. A pesar de conocer la existencia de los Inughuit del norte de la isla, no tuvieron jamás relación debido a la barrera natural de hielo existente en la bahía de Melville. Tuvieron contactos esporádicos con los inuit de la costa sudeste, hasta que a finales del siglo XIX ambos grupos se mezclaron. Sabían también de la presencia de los Ammassalimiut en el Este, aunque no establecieron contacto alguno con ellos. A partir del siglo XVI, los groenlandeses occidentales empezaron a recibir las visitas de balleneros, especialmente holandeses, pero también de vizcaínos e ingleses. En el siglo XVII, los nativos del litoral oeste se vieron influidos principalmente por dos factores importantes que, en cierto modo, condicionaron su desarrollo cultural: la introducción de la pesca de la ballena y el contacto con los europeos.

Cuando la captura de las ballenas, en aguas libres de hielos del litoral, empezó a convertirse en una actividad generalizada entre los nativos, estos se instalaron en aldeas a lo largo de toda la línea costera, buscando siempre lugares estratégicos idóneos para encontrar estos cetáceos. De esta forma, la caza de las grandes ballenas sobre la superficie helada comenzó a ser una actividad secundaria y perdió importancia, sobre todo en aquellas áreas donde tan solo una delgada capa de hielo cubría el mar. En estos asentamientos en los que habitaban pequeños grupos de familias nucleares se fomentaba la colaboración en la pesca de las ballenas. De esta forma, al trabajo individual realizado con los kayaks se le añadía una labor colectiva en la que participaba toda la comunidad, siendo los hombres quienes capturaban a estos colosales mamíferos marinos desde sus *umiaat*. Ese tipo de asociaciones condicionaron que las casas fueran más grandes y de forma rectangular, para dar cabida a menudo a varias familias. La entrada a estos edificios de piedra era subterránea, con un techo cubierto de madera flotante y turba. Se dice que este tipo de casas, aunque siempre llenas de humo, fueron más calientes que las viviendas prefabricadas actuales en las que viven los inuit.

Con la llegada, en 1721, del misionero dano-noruego Hans Poulsen Egede (1686-1758), se inició un segundo proceso de colonización que afectó inicialmente a los groenlandeses occidentales. La influencia de estos colonizadores fue más profunda aquí que en otros lugares. Además, comprendieron que la mejor forma de subsanar los gastos derivados de un proceso colonial era a través del comercio. Pieles y grasa de foca constituían la base de las exportaciones de la Groenlandia occidental, mientras los inuit

recibían a cambio cereales, arroz, azúcar, café y también la omnipresente religión cristiana. Sin duda, la revolución tecnológica más importante que sufrió este grupo inuit en esta época fue la introducción, en 1740, de las armas de fuego gracias a los balleneros holandeses. Este hecho condujo a la desaparición paulatina del arco y la flecha en la costa oeste y la consecuente extinción, a finales del siglo xviii, de los caribúes en algunos lugares del sur de la isla. De esta forma, la vida tradicional de los inuit de esta región empezó a sufrir un profundo cambio. Mientras los cazadores madrugaban para ir a cazar, las mujeres se dirigían a los puestos comerciales del «hombre blanco», con su grasa y pieles de foca, para comprar todo lo que necesitaban: anzuelos para la pesca, hilo, tabaco, incluso cuchillos o un par de tijeras. Cuando iban con sus maridos, adquirirían también armas de fuego. Tras ello, la mujer dedicaba el resto del día a coser, preparar las pieles y educar a sus hijos hasta que regresaba su esposo, momento en el que dejaba estas tareas y le preparaba la cena. Más tarde, continuaba con sus labores diarias hasta que se acostaba.

Evolución de la población de Kalaallit Nunaat (1805-2005)

| Año | Groenlandeses | Foráneos | Total Población |
|------|---------------|----------|-----------------|
| 1805 | 6.046 | – | 6.046 |
| 1840 | 7.877 | 251 | 8.128 |
| 1860 | 9.648 | 232 | 9.880 |
| 1880 | 9.720 | 280 | 10.000 |
| 1901 | 11.621 | 272 | 11.893 |
| 1911 | 13.075 | 384 | 13.459 |
| 1921 | 14.081 | 274 | 14.355 |
| 1930 | 16.488 | 413 | 16.901 |
| 1938 | 18.311 | 397 | 18.708 |
| 1950 | 22.576 | 1.014 | 23.590 |
| 1955 | 25.234 | 1.867 | 27.101 |
| 1960 | 30.378 | 2.762 | 33.140 |
| 1965 | 35.132 | 4.483 | 39.615 |
| 1970 | 38.912 | 7.620 | 46.532 |
| 1971 | 39.752 | 8.183 | 47.935 |
| 1972 | 40.089 | 8.492 | 48.581 |
| 1974 | 40.091 | 9.377 | 49.468 |
| 2005 | 50.283 | 6.686 | 56.969 |

Notas

1 – Hasta 1921 no se ha incluido la población del distrito de Thule siguiendo el criterio de los censos oficiales groenlandeses.

2 – Hasta 1901 no se ha incluido la población de la costa este de la isla siguiendo el criterio de los censos oficiales groenlandeses.

Evolución de la población de Kalaallit Nunaat (1805-2005). Información obtenida de: www.statgreen.gl (Statistics Greenland); Beretninger vedrørende Grønlands Styrelse *Sammendrag af Statistiske oplysninger om Grønland*, 1942; *Grønland 1974*, Årsberetning 5, Årgang Ministeriet for Grønland, 1975.

El Cristianismo fue extendiéndose por el litoral occidental de Groenlandia a lo largo del siglo xviii. Los misioneros dano-noruegos representaban al protestantismo ortodoxo. También estaban los misioneros germanos (moravos), que se establecieron en algunas poblaciones del sur (1733-1900). En 1800 la mayoría de la población inuit del oeste de la isla había sido ya bautizada y convertida a la fe de Cristo. Sin embargo, este proceso no fue del todo sencillo. Con la presencia de los misioneros cristianos, fueron desapareciendo poco a poco los festivales considerados como «paganos» y prohibidos por la nueva religión llegada de Europa. Además, las canciones y danzas tradicionales, acompañadas con el tambor, empezaron a desaparecer en muchos sitios, siendo sustituidas por las baladas populares de la Iglesia cristiana.

Las mujeres que se tatuaban la cara y a veces, manos, brazos y piernas, tuvieron que abandonar esta costumbre ya que las ideas cristianas europeas consideraban este tipo de adornos impropios de una fémina. Los domingos se convirtieron en día de descanso y se celebraban las fiestas de la religión de Jesucristo. Se produjeron algunos movimientos sincretistas y visionarios, como el caso del falso profeta Habakuk y su esposa María Magdalena, que provocó la agitación popular, pero que desapareció por su propia inercia. Habakuk, considerado el gurú de su época (finales del siglo xviii) en la región de Maniitsoq, no dejaba de ser un «gran encantador» de mujeres jóvenes. También al principio del proceso de colonización el número de chamanes creció espectacularmente para luchar contra el poder cristiano de los misioneros. Pero no solo los inuit no aceptaron al principio la presencia de los cristianos en sus tierras, los balleneros y exploradores también tuvieron sus más y sus menos con los obstinados enviados de Dios. A pesar de ello, se continuó con la labor cristiana, creándose iglesias y escuelas para la población nativa. A mediados del siglo XIX todos los inuit de la costa oeste de Groenlandia sabían leer y escribir.

En 1789 se censaron 5.122 inuit en la región occidental de la isla. Sin embargo, el progresivo aumento de la población se vio frenado con el contacto europeo, sobre todo durante el último período de colonización cuando la tuberculosis pasó a convertirse

en la primera causa de mortandad. La muerte por ahogo de los inuit que cazaban en kayak pasó entonces a un segundo plano. A pesar de ello, en 1900 se registraron 11.118 groenlandeses occidentales, y en 1950 la población nativa se había casi duplicado, llegando a alcanzar los 20.730 individuos nativos en la región de Kitaa.

En 1906 se introdujo la ganadería en el sur de Groenlandia, aunque ya en 1721 se habían introducido animales domésticos que producían leche para la población. Fue gracias a los sacerdotes y la gente que trabajaba en la Compañía del Comercio Real de Groenlandia. No fue hasta 1783 que se establecieron granjas por el esfuerzo de Anders Olsen y su mujer groenlandesa, Tuperna, en Igaliku. En 1924 se estableció la primera granja ovina en Qassiarsuk. En 1981 había unas 24.000 ovejas y cuidaban de ellas más de ochenta familias. Actualmente, el ganado ovino (unos sesenta rebaños) se sigue criando en los distritos de Narsaq, Nanortalik y en el pueblo de Arsuk. La propiedad privada de la tierra no existe en Kalaallit Nunaat, así que la responsabilidad de otorgar el derecho de explotación de estos terrenos recae en la propia comunidad de ganaderos. El matadero NEQI A/S de Narsaq sacrifica unos veinte mil corderos al año, cantidad a la que se debe sumar un número importante de corderos sacrificados por ganaderos privados. Los productos procedentes de la cría de ovejas se comercializan en la isla en su práctica totalidad. Aunque Groenlandia no sea una región plenamente agrícola, la cría de ovejas ha pasado a ser una actividad económica llevadera, sobre todo gracias a los esfuerzos realizados por evitar la importación de forraje a través del cultivo de campos relativamente grandes que en verano producen el pasto necesario para alimentar a las ovejas durante el largo invierno. En 1924 se introdujeron las primeras lanchas motoras. En 1926 la gente mayor de 55 años de la costa oeste se convirtió en pensionista y en 1932 los ancianos ya podían vivir en un asilo. En los años 50 se introdujo la cría de renos (siete mil ejemplares), aunque esta no fue muy rentable si no se combinaba con la pesca. Hoy solo los distritos de Nuuk y Narsaq siguen realizando esta actividad. La venta de alcohol a los nativos (prohibida porque les afectaba en sus actividades diarias) fue de nuevo permitida, sin ningún tipo de restricción, en 1954. Con la introducción del Cristianismo, se prohibieron la poligamia y los divorcios, los cuales se volvieron a legalizar a partir de 1955.

La región de Kitaa tiene una población de 52.289 habitantes (2005), la mayoría inuit groenlandeses que viven en unos 108 pueblos repartidos en 15 municipios: Aasiaat (3.310), Ilulissat (5.005), Ivittuut (176), Kangaatsiaq (1.480), Maniitsoq (3.588), Nanortalik (2.389), Narsaq (2.088), Nuuk (14.874), Paamiut (1.957), Qaqortoq (3.418),

Qasigiannguit (1.408), Qeqertarsuaq (1.032), Sisimiut (6.109), Upernavik (2.943) y Uummannaq (2.512). La capital de Kalaallit Nunaat (Nuuk) constituye la mayor aglomeración humana de la isla con 14.501 habitantes. En definitiva, se puede decir que un 92% de la población se concentra en el Oeste, donde el clima es menos riguroso.

Actualmente, el idioma groenlandés occidental conocido como Kitaamiutut o Kalaallisut, se habla a partir de varios subdialectos desde el cabo Farvel hasta Upernavik, aunque en este último lugar tienen un dialecto que al parecer está extrañamente influenciado por el Tunumiutut (groenlandés oriental). El primer libro escrito en una lengua inuit fue publicado en 1742 por Hans Egede, usando el alfabeto romano. En 1750, su hijo, el misionero dano-noruego Poul Egede, fue el primero en publicar un diccionario de traducción del groenlandés al danés y latín (1750), una gramática (1760) y un catecismo (1756), también en Inuktitut. Además, completó la traducción iniciada por su padre en lengua nativa del Nuevo Testamento (1766). En 1851 el misionero germano-danés, nacido en Groenlandia, Samuel Petrus Kleinschmidt (1814-1886), de los Hermanos Moravos, sistematizó la ortografía del groenlandés occidental. Lo hizo introduciendo una letra especial y tres acentos para representar los sonidos distintivos de la lengua; siendo sustituida esta ortografía en 1973 por otra basada en el actual alfabeto romano.

En cierta forma, la vida de los inuit de la costa oeste de Groenlandia se ha hecho cada vez más fácil gracias a la modernización de la sociedad, a los subsidios recibidos por parte del Gobierno danés y a los ingresos procedentes del creciente turismo. Es cierto que sobre todo en la capital y en algunas zonas de la costa oeste, las drogas, el SIDA, los asesinatos provocados por el alcohol y la libre posesión de armas, son, todos ellos, elementos que están interfiriendo en el desarrollo cultural de los inuit de la costa oeste. Aparte de estos problemas, heredados básicamente de Occidente, deben hacer frente a un mundo moderno y recuperar muchos de los elementos tradicionales que los han definido culturalmente. En este sentido, la región de Uummannaq es un claro exponente en el que se ha conseguido encontrar un equilibrio entre tradición y modernidad. La llegada de un huésped o un visitante en muchos sitios del oeste de Kalaallit Nunaat continúa siendo hoy motivo de celebración en la que toda la comunidad participa, aunque en este caso la música moderna occidental ha sustituido a la danza del tambor. De una forma u otra, este grupo inuit sigue buscando en sus propias raíces los principales símbolos de identidad. Un ejemplo de ello son los juegos tradicionales inuit que todavía pueden observarse en la Groenlandia occidental, donde la

fuerza y la agilidad determinan al ganador. O como sucede también en el caso de la lucha cuerpo a cuerpo o el juego de balón, que ya practicaron sus antepasados por primera vez en 1586 con la tripulación de la nave de John Davis, y que constituye una de las pocas cosas no destructivas que los «no nativos» han traído a esta isla.

2

Estos doce días de estancia en el área de Disko habían sido suficientes para observar cómo en pueblos pequeños de la región, por ejemplo Oqaatsut o Ilimanaq, modernidad y tradición iban más o menos a la par, mientras en una ciudad como Ilulissat la balanza se decantaba más hacia lo primero. Sin duda, el presente de Kalaallit Nunaat está condicionado por sus últimos trescientos años de historia.

Período colonial (1721-1944)

En 1710 el misionero luterano dano-noruego Hans Poulsen Egede empezó a preparar un proyecto para establecer una misión religiosa en Groenlandia que pudiera financiarse a través del comercio y de la industria ballenera. Ante la perspectiva de encontrar a los descendientes de la antigua cultura Nórdica, se había propuesto al rey de Dinamarca-Noruega, Federico IV, un plan para colonizar de nuevo la isla. El 3 de julio de 1721 Hans Egede y su familia desembarcaron en Gilbert Sound, estableciéndose en la isla de Habets, en la entrada del fiordo de Godthåb. Hans Egede no pudo cristianizar a los descendientes de la cultura Nórdica, los cuales pensaba se habían vuelto paganos, ya que estos habían desaparecido hacía casi trescientos años. Su nueva misión fue entonces predicar el Evangelio entre la población nativa. En 1724 se bautizaba a los primeros niños indígenas. Como el negocio comercial no prosperaba y los beneficios obtenidos de las actividades balleneras no eran los esperados, Hans Egede decidió trasladarse en 1728 a Godthåb, que significa «Buena Esperanza». Con el tiempo la ciudad pasaría a ser el eje central de la colonia. En 1729 se publicó el libro de Hans Egede *Det gamle Grønlands nye Perlustration*, traducido luego a varias lenguas. Al año siguiente se fundó la primera escuela con el objetivo de enseñar a leer la Biblia y aceptar voluntariamente el auténtico Evangelio antes del bautismo. Sin embargo, el concepto de asentamiento permanente y la concentración de la población indígena chocaban con el nomadismo del modo de vida inuit. Hans Egede aprendió la lengua nativa. Dedicó todas

sus energías a enseñar y convertir a los inuit y a perfeccionarse en su idioma. Consideraba a los indígenas gente sencilla y amable. Esta segunda colonia acabó, no obstante, como la primera, y a consecuencia del escorbuto, se vieron obligados a marcharse de aquel lugar. Christian VI, el sucesor del rey Federico IV, que veía cómo la colonia groenlandesa, después de diez años, seguía costando dinero en lugar de producirlo, decidió que los colonos abandonaran la isla en 1730. Hans Egede, animado por su esposa Gertrud, prefirió quedarse con su familia y diez marinos más, junto con sus feligreses. Tras ver el rey la obstinación del misionero, mandó enviar un barco de aprovisionamiento en 1733. Pero este hecho sería desastroso para la población groenlandesa, ya que en el navío viajaba un inuk que regresaba a casa enfermo de viruela. El resultado fue que 2.500 inuit murieron consecuencia del contagio de esta enfermedad, que se extendió a lo largo del año 1734. Mientras tanto, los misioneros moravos, seguidores del obispo y teólogo germano Herrnhut de Nicolaus Ludwig von Zinzendorf (1700-1760), se establecían en New Herrnhut, al sur de la actual Nuuk en 1733, financiados por los Países Bajos y Alemania.

Las misiones se estaban situando en lugares que no eran propicios para la caza, lo que afectó gravemente a la economía de subsistencia nativa y perjudicó a los puestos comerciales que teóricamente no podían comprar los productos que los nativos necesitaban para subsistir. De esta manera, se produjo un conflicto de intereses entre las misiones y las sucursales comerciales que acabó con el triunfo de las segundas y la consecuente dispersión de la población indígena. El proceso de colonización se basó sobre todo en las misiones y el comercio. La hegemonía danesa, que duró 258 años, trajo consigo la creación de la Compañía del Comercio Real de Groenlandia, la KGH (Kongelige Grønlandske Handel), que controló el monopolio comercial en la zona. Inicialmente se trataba de apoderarse del comercio indígena, que estaba en manos de los Países Bajos, y de establecer las bases de las futuras colonias a lo largo del litoral occidental.

Así es que en 1743 se crearon una serie de puestos comerciales que no fueron controlados por la Compañía del Comercio Real de Groenlandia hasta 1774. Ya desde 1734 se había comenzado a extender el monopolio comercial con la creación de Christianshåb (1734), Jakobshavn (1741-1742), Frederikshåb (1742), Ritenbenk (1755), Holsteinsborg (1756-1764), Uummannaq (1758-1761), Egedesminde (1759-1761), Upernavik (1771), Godhavn (1773) y Julianehåb (1774-1776). En pocos años se habían establecido colonias en el litoral occidental de la isla, desde Nanortalik hasta Upernavik.

Los asentamientos situados en la costa noroeste y este de Groenlandia continuaron aislados y no cayeron bajo el control danés hasta poco antes de empezar el siglo xx. Los puestos comerciales y las misiones servían para ayudar a los nativos en las épocas de hambre y penuria. La población más débil, viudas, huérfanos y poco hábiles para la caza, se instalaba cerca de los asentamientos del «hombre blanco», para evitar llevar una vida miserable. En esta época los servicios médicos los realizaba un enfermero que se trasladaba de un lugar a otro como tripulante en barcos balleneros.

En 1735, y como consecuencia del brote epidémico, falleció Gertrud Egede. Su marido decidió entonces regresar a Copenhague con su familia, el 9 de agosto de 1736, dejando a su hijo Poul en Groenlandia. En 1741 Hans Egede fue nombrado obispo de Groenlandia y se le encargó el trabajo de supervisar las misiones en la isla, labor que realizó hasta su muerte, acaecida en 1758. Con el tiempo Hans Poulsen Egede sería conocido como *El Apóstol de Groenlandia* y su obra quedaría reflejada en la política posterior seguida por Dinamarca en su colonia americana.

Como resultado del contacto con los «no nativos» se introdujeron nuevas tecnologías de caza entre los inuit (armas de fuego, *taalutaq* o *taaloq*, y la captura de la foca con redes). Asimismo, se produjeron matrimonios mixtos y aumentó la población mestiza, poco especializada en la caza; aunque, en general, durante todo el siglo XVIII las epidemias diezmaron a la población nativa. La economía de subsistencia inuit se fue volviendo cada vez más dependiente del exterior. Finalmente, en 1776, Dinamarca inició una política proteccionista y aislacionista, impidiendo el acceso de barcos extranjeros a las costas groenlandesas. Esta nueva estrategia coincidió con el debilitamiento de la economía holandesa, a consecuencia de las guerras europeas y de la caída de la industria ballenera. En 1782 se nombraron inspectores para controlar la administración del comercio y se implantó un sistema de precios fijos con el fin de proteger a la población groenlandesa de la explotación. El 9 de abril de 1782, Johan Friedrich Schwabe (1749-1821), un inspector dano-noruego, fue el encargado de establecer una serie de medidas y procedimientos para defender los intereses groenlandeses. Estas regulaciones fueron importantes, ya que constituyeron las bases de la política colonialista durante todo el siglo XIX.

Los hijos de los matrimonios mixtos, si era posible, debían ser educados como cazadores y, en caso contrario, tenían que aprender un oficio.

En las dependencias comerciales se debía controlar que ningún cazador vendiera cosas que necesitara él o su familia durante el invierno.

La venta de alcohol estaba prohibida entre los inuit, excepto para los que se dedicaban a la caza de ballenas, donde era ineludible. Los cazadores más expertos solo podían dedicarse a esta actividad, y los que no lo fueran debían aprender un oficio. Se constituían una serie de sanciones contra los europeos que no cumplieran las normas. Sin embargo, los indígenas quedaban exentos de castigo en caso de incumplimiento. Quedaba instaurada una especie de seguridad social, financiada gracias a una pequeña retención de la producción que luego era guardada y solo utilizada en momentos de absoluta necesidad o para conseguir un médico.

Todas estas leyes y estrategias tan solo pretendían proteger a la población groenlandesa, preocupándose sobre todo por su bienestar. No obstante, a pesar de las reformas introducidas por Johan Friedrich Schwabe, muchas de estas medidas no se cumplieron; tal como sucedió en el caso de los balleneros británicos, que durante las Guerras Napoleónicas que azotaban Europa (1799-1815) fueron los únicos en abastecer a la isla, cuando Groenlandia quedó aislada de Europa, sobre todo a raíz del bloqueo de la Royal Navy de las aguas territoriales de Dinamarca y Noruega, lo que dificultó la comunicación entre ambos países (1807-1814). Aunque el suministro a la colonia groenlandesa no fue suficiente, al menos consiguieron sobrevivir durante esos años de aislamiento con la metrópoli. El final de las Guerras Napoleónicas, por parte de Dinamarca, se concretó con la paz de Kiel, en enero de 1814. Este tratado contenía la cesión de Noruega, por parte de Dinamarca, a Suecia. De este modo, se ponía fin a más de cuatrocientos años de historia común.

Pero las cosas no mejoraron para Groenlandia, ya que la guerra había dejado a Dinamarca en la bancarrota. Por si fuera poco, unos años antes, en 1800, la gran epidemia de la viruela había acabado con la tercera parte de la población groenlandesa. A pesar de que en 1804 se introdujo la vacunación sistemática y un médico permanente se instaló en la isla, en un importante centro ballenero conocido como Godhavn (la actual ciudad de Qeqertarsuaq, en la isla de Disko), la población no empezó a crecer hasta 1825, aumentando de forma considerable a partir de 1850. Esto fue debido a una disminución de las epidemias; a la asistencia prestada en los puestos comerciales, sobre todo en épocas de hambre y escasez de recursos; a la mejora en las condiciones sociales y calidad de vida, y a la introducción en las casas de turba y piedra, de láminas de madera y ventanas de cristal. A partir de este momento, se empezó a plantear la pesca industrial como una actividad económica alternativa para solucionar el problema que podía suponer el aumento de la población.

Evolución de la población en Kalaallit Nunaat (1805-2005)

Entre 1854 y 1865 se abrió una mina de criolita en Ivittuut (Ivigut), convirtiéndose en el primer recurso que nada tenía que ver con la economía de subsistencia tradicional. Aunque cumplió un papel importante dentro de la colonia, a los nativos jamás se les permitió trabajar en la mina. Por otra parte, se decidió aumentar la mano de obra nativa, instruyéndola, si era necesario, en Dinamarca, a cargo de la KGH o del coste público. Durante el siglo XIX la administración cultural y política acabó consolidándose a través de la creación de escuelas de magisterio, del diario editado en lengua nativa *Atuagagdliutit* (1861) y de la introducción, a partir de 1856-1857, de órganos autonómicos de ámbito local (Forstanderskaber), en cuya gestión participaban funcionarios y un prestigioso cazador de focas de cada distrito de la isla. Esta institución empezó a regularse entre 1862 y 1863, cuando empezaron a escogerse democráticamente los representantes de cada distrito. Estos concejos se encargaban de administrar la propia comunidad, de educar a los nativos y de retomar, en cierta forma, el poder político perdido como consecuencia de la colonización, aunque la justicia danesa siguió solo aplicándose a los colonos. Durante este período la lengua groenlandesa se apoyó en la enseñanza, la actividad misionera y la producción literaria. Esto ayudó a eliminar el analfabetismo de la población nativa de la colonia. Esas acciones consiguieron paliar, en cierta medida, el estancamiento de la cultura groenlandesa de la segunda mitad del siglo XIX. Por otra parte, los misioneros consiguieron introducirse en la sociedad groenlandesa, sobre todo a raíz de aprender la lengua nativa. El dialecto que se hablaba en los alrededores de Godthåb fue utilizado en las escuelas e iglesias de la costa oeste, así como para el periódico *Atuagagdliutit*. Al final se convirtió en la lengua vernácula escrita empleada en todos los distritos coloniales. Fruto del uso de este idioma en común empezó a desarrollarse durante los siglos XVIII y XIX un sentimiento de identidad groenlandesa (*kalaaleq* o *kalaalleq*).

Si bien las fronteras del país estaban cerradas a los barcos extranjeros, se permitió la entrada de aquellas expediciones que tuvieran un carácter científico o exploratorio. Esto ayudó a encontrar nuevos grupos inuit fuera de la colonizada Groenlandia occidental. Así es cómo en 1818 John Ross halló, en el actual distrito de Avanersuaq, a los esquimales polares (Inughuit). En 1823 los capitanes Douglas Clavering y Edward Sabine localizaron, por primera y última vez, a los habitantes nororientales de la isla. Y finalmente, en 1884, los Ammassalimiut tuvieron su primer contacto externo con la llegada de Gustav Holm a sus tierras. Sin embargo, a finales del

siglo XIX, la colonia groenlandesa continuaba incluyendo solo la costa oeste, mientras en el extremo norte y en la costa este, los nativos continuaban siendo autosuficientes y sin apenas contacto con el exterior. A partir de 1878 se produjo un aumento de las expediciones a la isla gracias a la creación de una comisión para la exploración de la geografía y la geología de Groenlandia. De esta forma, se produjeron numerosas expediciones noruegas, norteamericanas, francesas, suizas, alemanas, británicas y danesas. En numerosos casos fueron reclutados guías inuit que perdieron la vida en muchas de estas exploraciones árticas, al acabar estas en tragedia.

A principios del siglo XX muchas cosas empezaron a cambiar en Groenlandia y aquel sentimiento de identidad nacional, nacido en el XVIII, se había ya generalizado y reforzado. Tras la Expedición Literaria Danesa (1902-1904), realizada por Ludvig Mylius-Erichsen (1872-1907), Count Harald Moltke (1871-1960) y Knud Rasmussen, en la que se obtuvo información valiosísima sobre las costumbres y la lengua de los esquimales polares, se empezó a plantear un cambio en un sistema colonial que había quedado ya obsoleto. El papel de las misiones fue asumido por la Iglesia groenlandesa y los antiguos organismos fueron sustituidos por nuevas instituciones (consejos regionales) más acordes con la situación política y social que estaba viviendo el país. De esta forma, con la ley de administración de 1908 se formaron consejos municipales y autonómicos autosuficientes, con representantes elegidos democráticamente. La Dirección General de Groenlandia se desvinculó así de la KGH.

Gracias a un clima anual más benigno, la caza de focas se redujo bastante, lo que implicó que en 1906 se introdujera la cría de ovejas en el Sur (en 1924, Otto Frederiksen fue el primer ganadero ovino a tiempo completo en Qassiarsuk), y dos años después comenzara la explotación comercial de la pesca. Si bien a principios del siglo XX la venta de pieles de zorro era muy productiva, en los años 30 empezó a dejar de serlo.

En 1914 se intentó introducir la cría de zorros y unos años más tarde de visones (1938), pero ninguna de ellas prosperó. En 1911 se habían creado los Landstings (consejos), uno en el Sur y el otro en el Norte (ambos acabarían uniéndose en 1951). De esta manera, los consejos de distrito fueron sustituidos por administraciones municipales electas e igualmente se instauraron los dos consejos provinciales elegidos de un modo democrático. A pesar de todas estas novedades, las decisiones más importantes para la colonia se seguían tomando desde Copenhague, donde los nativos groenlandeses no tenían representación. Además, la Administración de Justicia seguía

siendo la tradicional y no se planteaban aplicar un código penal como los que existían en Europa.

A partir de 1920 el kayak empezó a perder importancia en los lugares donde se practicaba la pesca comercial, y con la llegada de las lanchas motoras, en 1924, se convirtió en un medio de transporte secundario. Respecto al *umiaq*, empezó a construirse con la estructura de madera y la cubierta de lona. En 1923 la pesca del bacalao, sobre todo en el Sur, adquirió una relativa importancia puesto que la captura se efectuaba individualmente y sin explorar los grandes bancos de peces de la zona del estrecho de Davis, donde faenaban navíos extranjeros que fundaron la base operativa de Faeringhavn. Entre tanto, Knud Rasmussen finalizó en 1924 la 5.^a Expedición Thule. Una mina de carbón se abrió en Qullissat (1924-1972), situada en la isla de Disko, lo que provocó que algunas familias inuit se desplazaran a la zona y abandonaran su habitual economía de subsistencia, ya que esta vez sí se utilizaba mano de obra nativa. En 1925 se estableció una nueva reglamentación que implicaba el uso de la ley de forma distinta, dependiendo si se era danés o groenlandés. Ese mismo año se dictaminó la obligatoriedad escolar desde los siete hasta los catorce años. El sistema sanitario se vio beneficiado con la creación de nuevos hospitales y la lucha contra una enfermedad tan extendida como la tuberculosis.

Tras su independencia en 1905, Noruega no aceptó la soberanía de la Corona Danesa sobre la colonia groenlandesa, ya que muchos noruegos seguían creyendo que Groenlandia era una antigua posesión del país. En 1917 Estados Unidos reconoció la región de Thule, en el extremo norte de la isla, como territorio de Dinamarca, tras la compra de las Antillas Danesas (ahora, Islas Vírgenes) en 1916. Noruega no concibió que este derecho pudiera aplicarse en las zonas abandonadas de la isla. Así que en 1931 el ballenero noruego Hallvard Devold tomó posesión de la parte este deshabitada. Lo hizo por iniciativa propia, pero con el respaldo del Gobierno noruego, que reconoció la ocupación territorial. Finalmente, el 5 de abril de 1933, el Tribunal Internacional de La Haya confirmó la soberanía danesa sobre todo el territorio groenlandés.

Con la ocupación alemana de Dinamarca en 1940 Groenlandia volvió a quedarse aislada. Este hecho motivó que se firmara un acuerdo con el Gobierno norteamericano para garantizar la seguridad y el abastecimiento de la isla mientras durara la guerra. A partir de 1941, Estados Unidos empezó a instalar bases aéreas militares en las costas este y oeste, con el fin de proteger a los convoyes que realizaban viajes trasatlánticos del peligro de los *U-boote*. Los gastos derivados de este compromiso fueron cubiertos en

parte por el aumento de la producción de criolita. Durante la Segunda Guerra Mundial, la situación de Groenlandia fue empeorando por momentos. Los groenlandeses se encontraban en un bajísimo nivel de vida, debido a la política proteccionista llevada a cabo por el Gobierno danés desde el siglo xviii, que trataba de evitar el contacto masivo con el exterior y el cambio radical del modo de vida nativo. El aumento de la población no permitía la autosuficiencia económica y, por lo tanto, se necesitaba ayuda exterior.

En los años 40 se produjeron una serie de cambios que afectaron sobre todo a los nativos de la costa oeste (principalmente del sudoeste), mientras en las regiones de Thule y Ammassalik continuaban viviendo de un modo tradicional. Los hornillos Primus sustituyeron a la tradicional lámpara de aceite (*qulleq*); las tiendas de pieles pasaron a ser de lona, y por el contrario, el uso del trineo de perros aumentó debido a su mejor funcionalidad. La esperanza de vida en esta época era de 32,2 años para los hombres y 37,5 años para las mujeres. En 1950 casi el 4,5% de la población que habitaba la isla era de Dinamarca. Ya por esta época, la población groenlandesa pedía la igualdad de condiciones entre colonos daneses y nativos.

Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, Dinamarca continuó manteniendo su política exterior con la cooperación estadounidense y la adhesión a la OTAN. Sin embargo, en 1951 se hizo necesario modificar el acuerdo de las bases militares en un tratado de defensa de Groenlandia. De esta forma, Estados Unidos fue autorizado a construir la base aérea de Thule y a conservar las que tenían en Søndre Strømfjord (costa oeste) y Kulusuk (costa este). Actualmente, solo la base militar de Thule, conocida también como Pituffik, sigue siendo norteamericana.

Era Moderna: el progreso político y la reforma económica (1945-1979)

La situación caótica que estaba viviendo el país hizo que los políticos groenlandeses exigieran acabar con la política proteccionista danesa y pidieran invertir económicamente en la isla. La población nativa solicitaba, a su vez, en 1945, la eliminación del sistema colonialista y la modernización de Groenlandia. En 1948 el primer ministro danés, Hans Hedtoft, viajó a la colonia para estudiar el caso. A su vuelta, una comisión, formada por cuatro daneses y cuatro groenlandeses, confeccionó un informe a raíz de la documentación recopilada por este. Como resultado, se sugería la eliminación del monopolio comercial y la reforma administrativa de Groenlandia, transformándola en un único Consejo Nacional. A partir de aquí, se constituyó un plan de acción denominado G-50. En 1952 el Consejo Nacional aprobó el proyecto de un

estatuto en detrimento del que ya existía para la colonia de Groenlandia. En 1953 fue aprobado por Dinamarca, accediendo además a tener dos escaños para los representantes groenlandeses en el Folketing (Parlamento de Dinamarca). Así, con la nueva Constitución Danesa, que entró en vigor el 5 de junio, Groenlandia dejaba de ser una colonia y se incorporaba como la región norteña de Dinamarca.

Enseguida se pusieron en marcha una serie de reformas que implicaron, entre otras cosas, una ampliación de los servicios sanitarios y asistencia social, con más hospitales y personal especializado, y también con un incremento de las infraestructuras. Asimismo, se acababa con el monopolio económico de la KGH, la cual modificó sus funciones, dedicándose al suministro y distribución de las mercancías en Groenlandia, así como a la compra, procesamiento y venta de productos autóctonos. Por otra parte, la compañía pasaba a gestionar las comunicaciones a nivel interno y externo. Además, se creaba la Organización Técnica de Groenlandia (GTO). Con estas medidas el país se abría a la empresa privada. Otra de las novedades consistió en establecer una nueva administración cuyo Consejo Regional era elegido por el pueblo groenlandés. Igualmente, los cambios afectaron a la división territorial, formándose municipios o comunas locales. También se inició un nuevo plan educacional en el que la Iglesia se desvinculaba de las escuelas y regresaba a sus funciones habituales. Asimismo se implantaba un nuevo sistema de enseñanza para los groenlandeses. Aprender el danés se convirtió en un requisito indispensable para continuar los estudios superiores en Dinamarca. Un sistema de impuesto, administrado por la Hacienda Pública, una serie de ayudas sociales para la creación de nuevos puestos de trabajo y la reforma de un código penal, adaptado a las nuevas circunstancias y a las costumbres tradicionales de la población nativa, fueron otras de las medidas tomadas. Con estas nuevas leyes y reformas, Groenlandia dejaba de ser una sociedad tradicional y pasaba a integrarse en el mundo moderno.

A partir de los años 50, y como sucedió también con los inuit de Alaska y Canadá, la población groenlandesa fue obligada a concentrarse en ciudades donde nadie conocía a nadie. Como la mayoría de los nativos eran pescadores y cazadores, el resultado de esta nueva redistribución territorial fue el aumento de la tasa de desempleo, ya que el proceso de centralización demográfica resultó incompatible con el oficio de cazador. Aunque se pretendía que con esta nueva política aumentara el nivel de vida de la población nativa, mediante el desarrollo de la caza y la pesca, la industrialización de las ciudades y la generalización del sistema de salarios, el resultado no fue tan bueno

como se esperaba. La rápida transformación de la sociedad groenlandesa comportó grandes cambios en la estructura social que fueron acompañados por importantes problemas sociales. Las familias nucleares, que compartían un mismo espacio social en la aldea, pasaron a vivir en las casas unifamiliares sitiadas de la urbe. La seguridad y protección de la comunidad tradicional existentes en pueblos de treinta habitantes, se convirtieron en inseguridad y miedo viviendo en poblaciones de mil individuos. La figura del padre perdió poder y autoridad, y el gran cazador se convirtió en un ser marginado. Este menor control, unido a la incertidumbre derivada de los cambios económicos y sociales, y la presencia de jóvenes daneses que desestabilizaban la relación porcentual entre el número de hombres y mujeres, provocó que aumentara de una forma increíble la cifra de hijos naturales, que llegaron a ser entre el 50% y el 60% del total de nacimientos. Esto motivó que las madres solteras fueran habituales en la sociedad groenlandesa. Ayudadas en la educación de sus hijos por los abuelos y vecinos, recibían, además, un subsidio estatal. Estas madres no han sido nunca estigmatizadas y siguen siendo, todavía hoy, un elemento habitual de esta sociedad. La inseguridad familiar y los cambios producidos por la concentración en ciudades quedaron reflejados también en el aumento extraordinario del consumo de alcohol, del índice de criminalidad y del número de suicidios. En la actualidad estos tres niveles siguen encontrándose entre los más altos del mundo.

Todo esto motivó que a finales de los años 50 los políticos groenlandeses presionaran a las autoridades danesas, con el fin de revisar las nuevas reformas y entregar el control a las instituciones locales, sobre las que debería recaer un mayor poder de decisión. Consecuentemente, en 1964, una comisión presentó un nuevo plan decenal (G-60) para el desarrollo de los servicios sociales y la industrialización. Sin embargo, este nuevo proyecto apenas cambió la situación groenlandesa, salvo en un aumento en las inversiones y una mayor concentración, si cabe, de la población autóctona en las ciudades. Una vez fueron aprobadas por el Folketing, las nuevas leyes entraron en vigor. Una de ellas convenía que la retribución de los funcionarios debía depender del lugar de nacimiento. De esta manera, se abrió una nueva controversia entre Groenlandia y Dinamarca, ya que esta diferencia salarial favorecía a la minoría danesa que vivía en la isla (Ley n.º 168, del 27 de mayo de 1964). No fue hasta 1990 que esta medida discriminatoria fue abolida, a pesar de que en 1966 se creara una formación política de escasa duración, el Partido Inuit, cuyo objetivo principal era conseguir la igualdad económica entre todas las personas que vivían en Groenlandia.

Durante los primeros años de descolonización continuó existiendo un desequilibrio económico y social entre groenlandeses y daneses. Un claro ejemplo es que mientras los primeros eran mayoría y su participación en la empresa privada estaba empezando a aumentar, los segundos constituían, en 1960, el 8% de la población total pero poseían la mitad de los bienes privados. En los años 50 y 60, aparte de las mejoras sanitarias, las casas de piedra y turba fueron sustituidas por las viviendas de madera, mucho más cómodas, mejor aisladas y calentadas con petróleo. Estos adelantos provocaron, entre otras cosas, un descenso de la mortalidad infantil que motivó una explosión demográfica. Además, durante los años 60 se ganó la lucha contra la tuberculosis, lo que hizo aumentar la esperanza de vida.

Desde un principio se vio que la industria pesquera se iba a convertir en el auténtico motor económico a partir del cual se desarrollaría la Groenlandia moderna. Esta actividad debía realizarse en el sudoeste, mientras en los municipios del norte continuarían con la caza de focas. En los trabajos más especializados, como por ejemplo en el sector de la construcción, se utilizó sobre todo mano de obra danesa; a diferencia de los inuit que les tocó implicarse en el desarrollo pesquero. Las primeras medidas adoptadas para llevar a cabo un plan de desarrollo consistieron en subvencionar a los pescadores groenlandeses para que pudieran comprar barcos más grandes y mejores con el fin de aumentar la producción. En las décadas siguientes, la pesca de gambas y de bacalao se convertirían en fundamentales para el desarrollo pesquero groenlandés. En los años 50 el bacalao suponía el 95% de las capturas totales, aunque su apogeo no se produjo hasta 1962, cuando se llegaron a capturar 400.000 toneladas anuales. Debido al exceso en las capturas de los años 60 y a las oscilaciones en la temperatura del agua, durante la siguiente década la pesca del bacalao sufrió un grave descenso y aunque en los años 80 pareció recuperarse, ya no volvió jamás a los números de sus mejores épocas. Respecto a la captura de la gamba, quisquilla o camarón boreal (*Pandalus borealis*), no fue muy importante hasta finales de los años 70; aunque, en 1980, el descubrimiento de bancos de gambas gigantes en la costa este impulsó definitivamente este sector pesquero. Durante esta década se mejoró la flota de *trawlers* y hoy día Groenlandia dispone de los mejores barcos de pesca en aguas frías del mundo. Mientras las licencias de barcos extranjeros disminuían, los barcos groenlandeses iban ocupando su lugar. En 1988 las gambas suponían el 60% de las exportaciones, convirtiéndose, de hecho, en pilar básico de la economía groenlandesa.

Durante los años 50 y 60 la venta de pieles de foca supuso una importante fuente de ingresos complementaria, pero en los años 70, debido a las protestas ecologistas, sufrió un brusco descenso. Tras la prohibición por parte de la CEE, en 1982, de importar productos derivados de la foca, ya no volvería a tener la importancia de décadas anteriores. El sector minero fue asimismo importante durante esta época de reforma económica, como lo demuestran las minas de zinc y plomo en Mesters Vig (1956-1963) y de mármol, zinc, plomo y plata en Marmorilik o Maarmorilik (1965-1990).

Entre 1961 y 1965 la esperanza de vida de la población se había casi duplicado con respecto a los años 40: hombres: 56,7 años, y mujeres: 63,2 años. El número de habitantes de origen danés aumentó en las siguientes décadas, debido a los sectores pesquero y de la construcción, constituyendo en los años 70 casi el 20% de la población total de Groenlandia. Por otra parte, gracias a las actividades pesqueras, a un clima más benigno y a un mar libre de hielos durante todo el año, las mayores concentraciones humanas empezaron a desarrollarse en el sudoeste de la isla. Otro de los aspectos importantes de este período de descolonización fue el creciente compromiso político de los propios groenlandeses, debido, entre otras cosas, a un mayor acceso de la juventud indígena a los estudios superiores. Esto favoreció la llegada de una nueva clase política, joven, radical y educada, con muchas ganas de imponer el criterio nativo por encima del interés danés. Sin embargo, muchos de estos jóvenes se quejaron de haber sido enviados forzosamente a Dinamarca para acostumbrarlos a pensar como daneses, ya que el ascenso social de los groenlandeses solo se podía conseguir hablando danés. De esta manera, el inuk groenlandés pasaba a convertirse en el «danés del Norte», recibiendo la misma educación cívica que los demás daneses. Pero esta fase de «danesificación» desembocó en un período de agitación política en Groenlandia.

A partir de 1967, el Consejo Nacional eligió a su propio presidente groenlandés. En 1971 dos jóvenes, Lars Emil Johansen (1946-) y Jonathan Motzfeldt (1938-2010), pertenecientes a la nueva generación política groenlandesa, fueron elegidos como representantes del Consejo Regional y esto supondría un cambio muy importante para la historia del país. La educación, demasiado «danesificada», y el plan de agrupación de la población nativa en ciudades, eran acciones que empezaban a ser muy criticadas. Además, se planteaba el otorgar mayor poder político al Consejo Regional. En 1975 el 75% de los groenlandeses vivía en núcleos urbanos, mientras en 1950 la cifra era de tan solo el 25%. El resultado de este aumento espectacular fue la desaparición progresiva de

la vida tradicional inuit. Pero esta política de concentración de la población estaba viéndose gravemente perjudicada, como consecuencia de la caída productiva en el sector pesquero, debido a los efectos de un cambio climático, lo que motivó que se buscaran otras fuentes de financiación que permitieran continuar con el plan decenal. La explotación de las materias primas era la mejor opción, pero la menos segura.

La esperanza de tener mayor control sobre la propia política económica fue una de las causas que motivaron la aparición de nuevos movimientos políticos que aparecieron en los años 70, a raíz del referéndum celebrado en 1972 sobre la adhesión de Dinamarca a la CEE, y en la que el pueblo groenlandés tuvo que acatar el resultado pese a que más del setenta por ciento de la población había votado no incorporarse. El consecuente revuelo político, alimentado por un resentimiento creciente hacia Dinamarca, condujo a la creación en Groenlandia de tres partidos políticos: Siumut («Adelante»), de formación nacionalista, afiliado a la Internacional Socialista, que pedía una fuerte gestión económica y que fuera fiel a los principios socialdemócratas; Atassut («Comunidad y Dependencia»), grupo más moderado y vinculado al Partido Liberal, defendía la libertad económica de los ciudadanos pese a que solicitaba la continuidad de la cooperación con Dinamarca; finalmente, estaba el partido Inuit Ataqatigiit («Ser humano y Comunidad»), la más radical de todas las formaciones, que pregonaba la identidad étnica de los groenlandeses que pertenecían al mismo grupo que los inuit de Canadá, Alaska y Siberia. Además, pretendía disminuir la dependencia con respecto a Dinamarca.

Asimismo, en 1972, el Consejo Regional solicitó al Gobierno de Dinamarca que estudiara la posibilidad de concederle un mayor control y participación en el desarrollo de Groenlandia. A continuación, se creó una comisión formada por políticos groenlandeses y daneses para negociar el futuro político de la isla. La situación era propicia, ya que el Consejo Asesor Regional tenía cada vez más poder, los partidos políticos locales seguían presionando para conseguir la autogestión y Groenlandia hacía tiempo que ya era una realidad política.

En 1973 Dinamarca entró en la CEE. Muchos groenlandeses sintieron en aquellos momentos que las restricciones aduaneras impuestas por esta organización serían perjudiciales para su comercio exterior, dirigido básicamente al mercado norteamericano. En 1975 la Reforma Municipal permitió a los consejos regionales disponer de los ingresos tributarios, concediéndoles, además, el control y gestión de los asuntos locales. Entre 1971 y 1975 la esperanza de vida para los hombres era de 59 años

y para las mujeres, de 65,4 años. En 1974 se había legalizado el aborto libre y asimismo gratuito, que, junto con la introducción de los anticonceptivos, controló el crecimiento de la población, sobre todo a raíz de la explosión demográfica de los años sesenta. En 1977 Groenlandia participó en la primera Inuit Circumpolar Conference (ICC).

Tras las recomendaciones y propuestas de la comisión creada para estudiar el caso groenlandés, el Folketing aprobó, en noviembre de 1978, la Ley de Autonomía de Groenlandia. El 17 de enero de 1979 se celebró un referéndum con una participación del 63% de la población groenlandesa. Hubo 12.754 votos a favor y 4.705 en contra. Así, el 1 de mayo de 1979, Groenlandia conseguía su autonomía política. A pesar de este estatus de semi-independencia, Dinamarca continuó controlando y gestionando básicamente la política exterior, justicia, finanzas y defensa, mientras que la explotación de los recursos no renovables sería conjunta con Groenlandia. Los ingresos tributarios y una subvención global por parte de Dinamarca, se convirtieron, a partir de entonces, en las bases sobre las que ha descansado la economía groenlandesa. El primer ministro del Gobierno groenlandés (Landsstyre) tras las elecciones fue Jonathan Motzfeldt, y el partido que ostentó la mayoría en el Parlamento groenlandés (Landsting) fue el Siumut. Por aquella época la esperanza de vida había bajado un poco para los hombres (57,2 años) y aumentado para las mujeres (66,6 años). Nuevas perspectivas de futuro se abrían para esta autonomía, y desde ese mismo momento los groenlandeses comenzaron a reconstruir un país que había quedado casi reducido a las cenizas.

3

Ilulissat representaba un poco la historia reciente de Kalaallit Nunaat. Por una parte, el colonialismo danés había dejado aquí su huella y algunos edificios eran su mejor exponente. Por otra, la ciudad reflejaba el movimiento y la actividad de los groenlandeses, que intentaban compaginar el mundo moderno con el tradicional. Ilulissat se había convertido, en los últimos años, en una de las ciudades más importantes del país. Como en muchos otros sitios de la región norte de la isla, hay más perros que personas, debido a que el trineo es el medio de transporte más importante durante los meses de invierno y primavera. Verano y parte de otoño son las peores épocas para estos *huskies* groenlandeses, debido a que no pueden ejercer la función para la que son cuidados y alimentados; es decir, para arrastrar un trineo o ayudar en la caza.

Ligados a postes o estacas clavadas en el suelo, esperan durante meses a que llegue el frío y con este, la anhelada nieve. Normalmente hasta los tres meses los perros andan sueltos. Pasado este tiempo son atados con el resto del grupo. La presencia de los casi seis mil perros en Ilulissat hace no solamente que la comunidad parezca abandonada al desorden, sino que también constituya una amenaza si los perros están hambrientos. Por este motivo, es fácil ver en determinadas zonas de la ciudad, siempre alejadas de las viviendas, cercas para evitar que estos animales se escapen. Por lo general, cada miércoles una patrulla se dedica a recorrer las calles y mata aquellos perros que estén sueltos. Esto lo hacen como medida para controlar la natalidad. Se debe tener en cuenta que los perros en Kalaallit Nunaat son símbolo de poder e identidad cultural, dan un servicio y proporcionan el respeto de sus amos. Por eso, cuando un perro se hace mayor, deja de ser útil; así que lo abandonan, sabiendo que una patrulla los recogerá para sacrificarlos. Con esta medida, el propietario evita sacrificar él mismo al animal.

En verano, los groenlandeses cogen las lanchas motoras y sus kayaks para desplazarse por la costa, mientras que el coche solo sirve para ir del aeropuerto a la ciudad y para moverse por la urbe, a pesar de que aquí las distancias son cortas. También hay servicio de taxis y autobuses escolares. La compañía de ferris Disko Line, desde mediados de mayo hasta finales de noviembre, conecta semanalmente con la mayoría de pueblos de la región comprendida entre Aasiaat y Saqqaq.

El halibut, la gamba y la foca son de las fuentes más importantes de ingreso para una gran parte de la población que o bien se gana la vida directamente de la pesca, o trabajando en las dos fábricas que hay de pescado, o están empleados en las industrias o comercios asociados, esenciales para mantener dichas actividades. El moderno puerto alberga una flota pesquera de más de setenta barcos. Sin embargo, en la actualidad el turismo es la actividad económica principal, sobre todo en los meses de verano, y el gran glaciar situado al sudeste de la ciudad tiene buena parte de culpa.

El Sermeq Kujalleq es uno de los glaciares más rápidos y más activos del mundo, ya que avanza a un promedio de 19 metros al día. Es el mayor productor de icebergs del hemisferio norte y el segundo del planeta después de la Antártida. Su volumen anual de evacuación de hielo es superior a los 20 km³ (incluso algunas fuentes hablan de hasta 35 km³) y produce unos veinte millones de toneladas diarias de icebergs, lo que equivaldría al total de agua consumida en un año por los ciudadanos de Nueva York. Esta producción de hielo corresponde al 10% de la generada por todo el casquete glaciar de Groenlandia. Situado a unos 250 km al norte del Círculo Polar

Ártico, el Kangia o Ilulissat Icefjord, de 40.240 hectáreas, es la entrada marítima del Sermeq Kujalleq, uno de los numerosos glaciares que desde el *indlandsis* vierte su hielo al mar. El fiordo helado de Ilulissat tiene 600 m de profundidad y 45 km de capa de hielo en su interior que fluyen hacia la bahía de Disko, cerca de la ciudad de los icebergs. En la boca del fiordo la profundidad del mar es de unos 200 a 300 m, por lo que muchos icebergs se quedan encallados y acaban erosionándose y cambiando de posición. Sin embargo, cuando sube la marea en primavera, toneladas de masas de hielo que pueden llegar a tener hasta mil metros de largo, consiguen alcanzar el mar, desplazándose luego hacia el Sur y llegando a Newfoundland e incluso Nueva York.

Algunos piensan que el iceberg que impactó con el *RMS Titanic* el 14 de abril de 1912 a 400 millas de Newfoundland procedía precisamente del Sermeq Kujalleq. Los movimientos de este glaciar dependen de las condiciones climáticas mundiales y fueron registrados por primera vez a mediados del siglo XIX (aunque se llevaban realizando observaciones desde hace más de 250 años). Todo ello ha permitido tener un mejor conocimiento de los cambios climáticos y de la glaciología del *indlandsis*. Por otra parte, la gran producción de masas de hielo mantiene el movimiento constante de las aguas del fiordo. Esto provoca que haya una importante oxidación del mar y, consecuentemente, la producción de nutrientes en esta área es bastante elevada. Bajo estas condiciones, muchas veces cambiantes del glaciar, todos los asentamientos del área de Ilulissat se han establecido, desarrollado y, en algunos casos, desaparecido.

Ilulissat dispone de depuradoras de agua de mar y, además, regularmente, un camión cisterna se encarga de abastecer de agua (*imeq*) los depósitos de las casas. Hay varias tiendas de suministro en la ciudad y entre estas destacan dos grandes supermercados. Uno de ellos el Ilulissat Center Market, donde se pueden comprar alimentos, electrodomésticos, ropa, etc. Asimismo, disponen de un banco (*Nuna Bank*), nueve guarderías (*inûno*), dos colegios de enseñanza primaria y secundaria (*atuarfik*), una oficina de correos (*allakkerivik*) y una central telefónica en la nueva tienda KNI en Alanngukasik. Igualmente, tienen un hospital (*napparsimavik*), servicio de emergencias y una prisión. El servicio religioso de Ilulissat está regulado por dos iglesias. La de Zion fue construida en 1782 gracias al misionero Jørgen Jørgensen Sverdrup, que vio la necesidad de edificar una iglesia para su comunidad de creyentes. Entre 1777 y 1779 los residentes groenlandeses de Ilulissat y de Oqaatsut cazaron 59 ballenas y recogieron 157 barriles de aceite de ballena, mientras los cristianos daneses lograron almacenar 52 barriles del aceite y obtuvieron 25 barbas de ballena. Con los beneficios comerciales

obtenidos gracias a la venta de estos productos, costearon parte de la construcción de esta iglesia. A principios del siglo XX se usó como hospital. En 1907 el edificio se restauró y entre 1929 y 1931 fue ampliado y desplazado 50 m hacia el interior. La iglesia suele abrir los domingos. Encima del altar hay una copia del famoso Christus de Bertel Thorvaldsen (escultor danés, 1770-1844), mientras un barco de madera cuelga del techo del edificio, elemento decorativo característico de muchas iglesias groenlandesas. El cáliz es de 1840 y los candeleros, de 1789. La fuente y el plato de bautizo son de 1779. Aquí también se encuentran los retratos de Hans Egede y Jørgen Jørgensen Sverdrup. Naalakkatta Illua es el nombre de otra pequeña iglesia cerca del Sporthallen y quiere decir, simplemente, «La Casa de Nuestro Señor». Al principio, fue construida en el pueblo de Qullissat en la isla Disko, pero cuando el carbón se agotó, en 1972, el establecimiento fue abandonado y al año siguiente el templo fue trasladado a Ilulissat. Hans y Mona me confesaron que solo van a la iglesia en Navidad y Semana Santa. El resto del año escuchan la misa por radio como muchos otros inuit de Ilulissat. La ciudad cuenta con una buena infraestructura turística. En este sentido, existen, no obstante, ciertas limitaciones en los servicios que impiden que haya un turismo de masas. Aquí encontramos un gran abanico de posibilidades en cuanto al alojamiento se refiere: casas privadas de familias inuit, Ilulissat Hallen, Ilulissat Youth Hostel y escuelas (*skolekollegiet* o *skolehjemmet*). Por supuesto, también hay hoteles, desde los más sencillos, como el Cabin Inn o Disko Bay House, hasta los más caros y lujosos, tal como el Hvide Falk Hotel, y sobre todo, el Hotel Arctic. Se prevé que en el futuro se abran más hoteles y que se amplíen los que ya existen. La intención es satisfacer la demanda creciente de turismo en Kalaallit Nunaat.

Aparte de los restaurantes ubicados en los propios hoteles (Restaurant Ulo, Hvide Falk Restaurant), igualmente en Ilulissat se puede comer en el Ristorante Pizzeria Panorama; el muy transitado Center Grill ApS tipo *fast food* (*hot dog* y *snack*); la Brasserie Takanna y el Café Iluliaq. Para aquellos que les guste salir de noche, pueden ir al bar musical del Naleraq Hotel, donde los fines de semana se puede asistir a conciertos de grupos de música groenlandeses o la Disco Kununnguaq (¡ay, si Knud Rasmussen levantara la cabeza!) o al Pub Tuukkaq. Finalmente, la ciudad dispone de varias agencias que organizan *tours* por los alrededores: Ilulissat Tourist Service, Tourist Nature, Arctic Adventure y Greenland Tours Elke Meissner.

En Ilulissat nacieron los exploradores Jørgen Brønlund (1877-1907) y Knud Rasmussen, Kununnguaq o el pequeño Knud, cuya casa, en la que vivió sus primeros

años de infancia, es ahora un museo. Este edificio alberga una exposición de fotografías sobre la historia y desarrollo de la ciudad. En una de sus salas encontramos, asimismo, información acerca de expediciones antropológicas y estudios lingüísticos realizados en la zona ártica americana. Una muestra de objetos de la primera época danesa en Groenlandia y de los antiguos habitantes inuit de la región, y una exposición dedicada al hijo predilecto de la ciudad, Knud Rasmussen, completan las salas de este interesante edificio. Otro museo que se puede visitar es el Hunting & Fishing Museum, dedicado a la caza y la pesca tradicionales de los inuit, y que contiene también una amplia muestra de los principales medios de transporte nativos como son el kayak, el *umiaq* y el trineo de perros. También está el Emanuel A. Petersen Art Museum, donde se exhiben obras de este pintor danés (1894-1948) correspondiente a la época colonial de Groenlandia. Gracias a sus ilustraciones en el libro *Greenland in Pictures*, publicado en 1928, introdujo en el continente europeo la magia del Ártico. El edificio de este museo fue construido en 1923 por el arquitecto Helge Boysen-Møller (1874-1946) como residencia para los comisionados comerciales. El Cold Museum, llamado también «el depósito negro», que está encima del puerto, se encuentra en un antiguo edificio que data de la época de los balleneros holandeses. El museo es actualmente un depósito de instrumentos y maquinaria viejos e incluye una colección de extintores de incendios, antiguos útiles para hacer el pan, una balanza de escalas y la recreación de una tonelería. En Ilulissat todavía se conservan algunas antiguas costumbres inuit, como se puede observar, por ejemplo, en muchas de las fiestas que se celebran y que sirven para reforzar la identidad cultural de este pueblo. El 21 de junio, Día Nacional de Groenlandia, se celebra en todo el país con distintos festivales y numerosas actividades. Este día comienza con un desayuno en comunión y discursos en las oficinas municipales. Después de la misa en la iglesia de Zion, los hombres realizan demostraciones de navegación en kayak, mientras las mujeres hacen lo propio con el *umiaq*. También se celebran bailes folklóricos con vestidos tradicionales y se cantan canciones populares. Asimismo, hay música en las calles y se representan obras de teatro, todo ello acompañado de pequeños *picnics* a lo largo de la ciudad. El 20 de noviembre el sol desaparece por el horizonte y empieza la oscuridad ártica hasta el 12 de enero. Al día siguiente, cuando el sol reaparece en Ilulissat (12:47 h), se celebra un festival que todos esperan con impaciencia. La población se desplaza a Seqinniarfik (Holms Bakke), un lugar situado a unos dos km al sudeste de la ciudad, para dar la bienvenida al sol frente a los imponentes Sermeq Kujalleq y Kangia.

El pequeño aeropuerto de Ilulissat seguía lleno de gente esperando tomar el avión con destino Kangerlussuaq. Empezaba a pensar lo peor, cuando al mirar el panel de llegadas y salidas, todas mis sospechas se hicieron realidad: el vuelo se había retrasado dos horas. A continuación, por el interfono, una voz femenina comunicaba a los pasajeros que el avión que nos debía llevar a Kangerlussuaq se había estropeado en el aeropuerto de Nuuk. Respiré hondo. Nada se podía hacer, tan solo pensar en las cosas buenas que me habían pasado durante el viaje. Así que me propuse revivir uno de esos momentos extraordinarios que se guardan para siempre en la memoria.

Fue el 5 de mayo cuando tuve la ocasión de ver una de las cosas más maravillosas e increíbles que la naturaleza haya producido nunca: el Sermeq Kujalleq. Recuerdo que al verlo por primera vez mis sentidos perdieron su camino, el cuerpo sufrió un colapso emocional, y las manos empezaron a sudar a diez grados bajo cero. No podía creer lo que estaba viendo. De mi boca tan solo salió una expresión que se empequeñeció ante tanta belleza: «¡Guauuuuu!». Que más podía decir si no podía creer lo que estaban viendo mis ojos, abiertos como platos. ¿Cómo describir millones de toneladas de hielo amontonadas caóticamente, en constante movimiento, escupiendo su último aliento al mar en forma de icebergs? ¿Cómo explicar lo pequeño que uno se siente observando a la madre de aquellas bestias parir enormes masas de hielo, sin orden ni concierto? ¡Imposible! Ni la mejor de las fotos, ni el más hábil poeta o escritor, y con perdón de todos ellos, sería capaz de expresar lo que puede sentir el ser humano ante esta naturaleza magnánima. Recuerdo que fue la primera vez que lloré por la emoción de ver un paisaje.

Pero si el Sermeq Kujalleq y el Kangia eran fascinantes, no lo era menos, aunque en otro sentido, el importante yacimiento arqueológico de Sermermiut, que se encontraba justo delante de aquel prodigio de la naturaleza en su estado más puro. Sermermiut, que significa «la gente por el hielo», es uno de los casi 120 asentamientos antiguos que han existido en el área del Ilulissat Icefjord desde hace, al menos, 3.500 años. El establecimiento fue uno de los más grandes de Groenlandia en el pasado, con cerca de 250 habitantes y una veintena de casas. Si el espectáculo lo ofrecía el glaciar

Sermeq Kujalleq, la historia era patrimonio exclusivo de Sermermiut, donde se concentraban buena parte de la prehistoria e historia árticas de los inuit groenlandeses.

Según las investigaciones arqueológicas, el primer asentamiento fue Saqqaq Pre-Dorset (1410 ± 120 a. C.). Luego fue habitado por los Dorset (550 a. C. al 150 d. C.) y finalmente, por los Thule e Inugsuk (1010 ± 120 d. C. y 1240 ± 120 d. C.). Gracias a las excavaciones llevadas a cabo en Sermermiut por Therkel Mathiassen y Jørgen Meldgaard en 1953 y 1955, las posteriores realizadas en 1958 por el propio Mathiassen y las efectuadas por Eigil Knuth, en Peary Land, durante 1949, la cultura Dorset fue reconocida como singular y más antigua que la cultura Thule. Además, en Sermermiut no se ha encontrado ninguna conexión entre las culturas Saqqaq y Dorset, por lo que se supone procedían de migraciones distintas (Helge Larsen y Jørgen Meldgaard, 1958). En 1727 los primeros comerciantes daneses descubrieron Sermermiut y lo convirtieron en el asentamiento más grande de Groenlandia en aquellos tiempos. Se cree que fue abandonado en 1850.

Tras más de tres mil años de existencia, el yacimiento sigue mirando hacia el mar, como hacían los antepasados de los inuit y como siguen ahora haciéndolo sus herederos. Apenas hoy quedan restos de lo que en su día fue este famoso lugar. Huellas de antiguos cimientos de algunas viviendas y numerosas marcas inducen a pensar que allí, hace muchos años, hubo un fuego para cocinar y calentarse. Pero sin duda alguna lo que más me estremeció, en medio de este paisaje maravilloso y sublime que rodea el asentamiento de Sermermiut, fue el denominado Kaellingekloften. Antiguamente, este precipicio de 35 m de profundidad era el lugar escogido por las mujeres mayores para suicidarse en épocas de escasez, hambre y penuria. De esta manera, dejaban de ser una boca más que alimentar. Mirando aquel abismo que moría justo al pie del glaciar comprendí que difícil resultaría para los inuit vivir en las regiones árticas y qué tremendas serían las condiciones en las épocas más duras del año. Aunque por mucho que dejara volar mi imaginación, jamás podría llegar a concebir lo que aquellas mujeres pensaron y sintieron antes de lanzarse al vacío.

5

Uno de los peores, pero a la vez mejores recuerdos que me venían a la mente, mientras esperaba en el aeropuerto, fue el día que viajé en trineo de perros con Lucas desde

Ilulissat hasta la población de Oqaatsut. Recordaba que había sido precisamente el día más frío durante mi estancia en Kalaallit Nunaat, ya que alcanzamos los -17° C. Además, hacía viento, y sinceramente yo no iba muy preparado con mis botas de *trekking*, pantalones de nieve, un simple forro polar y un anorak. Muy poca ropa para tanto frío. Más o menos tardamos unas cinco horas en llegar a Oqaatust. El terreno por el que nos movíamos era muy irregular, con constantes subidas y bajadas de montañas y cruzando algún que otro lago helado. Tardamos en llegar más de la cuenta debido al mal tiempo y a la geografía física de la zona. Cuando finalmente entramos en el pueblo de Oqaatsut parecíamos dos sombras que llegaban de un desierto helado acariciado por una tempestad de nieve. Más tarde, bebiendo un café caliente, comprendí que observar la vida de los inuit implicaba también sufrir las mismas condiciones climáticas en las que vive este pueblo y que, por lo tanto, no me quedaba otro remedio que soportarlas. Sin embargo, lo más importante ese día fue que gracias a Lucas, uno de los mejores cazadores inuit de Ilulissat, y a sus doce perros groenlandeses, había realizado mi primer viaje en trineo.

El pueblo de Oqaatsut (antiguamente se escribía Oqaitsut), situado en los $69^{\circ} 21'$ norte y $51^{\circ} 01'$ oeste, se encuentra a unos veinte km al norte de Ilulissat. Ubicado en una península y frente a los icebergs de la bahía de Disko, el asentamiento está rodeado de restos históricos de antiguas casas de turba que reflejan la antigüedad de este lugar. La aldea de Oqaatsut, que significa «los cormoranes», recibió este nombre por la colonia de pájaros que habitan en los acantilados más próximos. Al principio, este asentamiento funcionó como un centro de negocios de balleneros holandeses en el siglo xviii, los cuales le pusieron el nombre europeo de Rodebay, que significa «la bahía del descanso». El edificio para procesar la grasa de ballena y extraer su aceite, la tonelería y el almacén, está todavía en uso. Situada al lado del puerto helado, esta construcción contrasta con el resto de casas pintadas de colores llamativos que había en el pueblo. Un enorme bidón de hierro oxidado, para almacenar el aceite del mayor cetáceo y una grúa, que solía coger las ballenas que llegaban arrastradas por los barcos hasta la costa, podían todavía observarse en el lugar donde fondeaban antiguamente los balleneros holandeses.

El pueblo de Oqaatsut, situado en el municipio de Ilulissat, tiene 45 habitantes, en su mayoría nativos groenlandeses que viven repartidos en unas veinte casas. Su población depende en gran parte de la caza y la pesca, ya que se trata de un establecimiento tradicional de cazadores de focas y pescadores. En este lugar podemos

encontrar una oficina de correos, una escuela-iglesia en el mismo edificio, el Pilersuisoq A/S (supermercado), un puesto de primeros auxilios, una estación de energía diesel (220 V) y dos depósitos depuradores de agua a través del proceso de ósmosis. La gasolinera KNI es la encargada del suministro de la gasolina, el gasoil, el keroseno y el gas. La mayor parte de los habitantes tienen teléfono y también televisión. Asimismo, hay dos casas viejas coloniales que se han convertido en un Youth Hostel y en un bar restaurante (antiguo depósito de la KGH). El H8, como así se llama, es el único lugar en todo el pueblo donde sirven comida, y está a cargo de unos alemanes, Ingo Wolff y su mujer Uta, los cuales emigraron en 1998 a Groenlandia. Aquí se puede comer halibut, foca, ballena y buey almizclero. Como en muchos otros pueblos de Groenlandia, en Oqaatsut los perros de tiro exceden en número a los aldeanos, puesto que aquí los dos únicos medios de transporte son el barco y, sobre todo, el trineo de perros.

Cuando Lucas y yo llegamos a Oqaatsut, nos separamos durante un buen rato, para yo pasear por el pueblo y él visitar a unos amigos. Recuerdo que no se veía a nadie por la calle; parecía como si aquella población estuviera deshabitada. De pronto, sucedió algo que sería fundamental para mis proyectos futuros. Como saliendo de la nada, aparecieron dos personas cerca de la escuela-iglesia del pueblo que se dirigieron hacia mí. No dejé pasar la oportunidad e intenté comunicarme con ellas. Tras presentarme, más con gestos que con frases hechas, en Kalaallisut, saqué lápiz (a temperaturas bajas el bolígrafo no funciona) y papel y les pregunté cómo se llamaban, dónde vivían, si estaban casados, cuántos hijos tenían, qué pensaban de los extranjeros que visitaban sus tierras para conocer su cultura, etc. A pesar del sinfín de preguntas, ellos me contestaron muy cortésmente. Se llamaban Angutdluk, el hombre, y Kavssâluk, la mujer. Estaban casados, tenían dos hijos y no les parecía mal que estuviera interesado en conocer al pueblo inuit. A continuación, la conversación se volvió todavía más interesante, cuando Angutdluk, a la pregunta de dónde vivían, me dibujó un mapa de Kalaallit Nunaat y escribió en él la palabra *Qaanaaq*. Me explicaron que eran de aquel pueblo y que habían venido a Oqaatsut a visitar a unos parientes. Me comentaron que en el Norte el mar estaba ahora congelado y los habitantes del lugar se desplazaban en sus trineos de perros para cazar y pescar. Además, hicieron hincapié en que ellos eran cazadores del Gran Norte, muy diferentes a los inuit de Oqaatsut. Asimismo, me dibujaron una tienda construida uniendo dos trineos que, al parecer, llamaban *tupeq*. Finalmente, antes de despedirnos les rogué que me escribieran en un papel las últimas palabras que habían pronunciado y que yo no había entendido. Cuando

regresé a Ilulissat supe lo que aquellas personas quisieron decirme: «Si deseas saber quiénes son los auténticos inuit, deberás ir algún día más al Norte, mucho más allá de donde el mar empieza a congelarse. Y solo allí, sabrás realmente cómo viven los grandes hombres». Angutdluk y Kavssâluk eran Inughuit y me estaban «invitando» a que visitara sus tierras para aprender cómo sobrevivían en el municipio habitado de forma natural más septentrional del mundo: el distrito de Avanersuaq. Me acordé entonces del libro que había leído de Jean Malaurie. Fue la señal que necesitaba para continuar mi camino.

Lucas y yo regresamos a Ilulissat por otra ruta diferente, pero no logramos evitar por el camino las constantes subidas y bajadas de montañas y la travesía de lagos congelados. En varias ocasiones volcamos el trineo e incluso tuvimos que ayudar a los perros a arrastrarlo cuando el terreno dificultaba su desplazamiento. Aunque no conocía todavía el significado de las últimas palabras de Angutdluk, en cuanto señaló Qaanaaq en el mapa supe que eran Inughuit. La satisfacción por haber conocido este matrimonio me hizo olvidar las penalidades del viaje de regreso, sobre todo del frío que estaba pasando. Lucas no abrió mucho la boca durante el trayecto de vuelta a Ilulissat. Demasiado tenía ya con los perros, el trineo, las montañas, los lagos congelados, el frío y la carga añadida de un «hombre blanco». Desde luego no podía imaginarme que este pequeño cazador me estuviera guardando una sorpresa.

Tras dejar el trineo y los perros en una calle de Ilulissat llamó a un taxi para que nos llevara al Tourist Nature, donde estaba Silver esperándonos. El vehículo recorrió trescientos metros antes de pararse. Lucas pagó al taxista 25 DKK (coronas danesas) e, impasible, bajó del coche y se dirigió hacia la tienda, dejándome con un palmo de narices. En ese momento no entendí aquel episodio. Más tarde comprendería que al igual que a un inuit no le gusta el frío aunque lo haga, tampoco le entusiasma andar si tienen algo con que desplazarse. Claro está que con el trineo de perros no hubiéramos podido llegar al centro de Ilulissat, pero una vez más los groenlandeses volvían a sorprenderme.

6

Miré de nuevo el panel informativo. El vuelo a Kangerlussuaq se retrasaba una hora más. Empezaba a tener una sensación extraña, como si realmente hoy no fuera el día

indicado para irme de Ilulissat. Abandoné la sala de espera del aeropuerto y salí al exterior. No hacía mucho frío y el cielo estaba empezando a encapotarse. Algo me decía que aquella noche nevaría sobre la ciudad de los icebergs, esas moles de hielo que tanto me fascinaron el día que visité la ciudad de Ilimanaq.

El 7 de mayo había cogido un barco pesquero, gracias a las gestiones oportunas de Silver, para desplazarme hasta el pueblo de Ilimanaq. El recorrido del barco no dejaba de ser un poco peligroso, puesto que para llegar a esta aldea debíamos cruzar el impresionante Kangia, un laberinto de icebergs sin rumbo ni destino fijo. La embarcación navegaba despacio entre esas masas flotantes. Los miembros de la tripulación, acostumbrados a estos parajes, no paraban de observar aquellas formas que parecían hechas de nata montada, mientras yo, empequeñecido, permanecía atónito ante tales majestuosidades heladas. Cada bloque de hielo era un nuevo descubrimiento y cada momento era único, como también los icebergs que encontrábamos a nuestro paso. Y así, en medio de una naturaleza que nos lloraba a gritos su derecho a ser respetada, llegamos por fin a nuestro destino.

El pueblo de Ilimanaq se encuentra en el municipio de Ilulissat, unos 25 km al sur de esta ciudad, en las coordenadas geográficas 69° 05' norte y 51° 07' oeste. Esta aldea se conoce también con el nombre danés de Claushavn, que probablemente honra al capitán ballenero holandés Klaes Pieterz Torp, que estuvo en la bahía Disko desde 1719 hasta 1732. Ilimanaq significa «lugar de esperanza para la caza». Este establecimiento fue fundado alrededor de 1741 y todavía hoy es posible ver en pie algunos hermosos edificios coloniales del siglo xviii. Desde su creación, el pueblo apenas ha cambiado y actualmente sus habitantes siguen subsistiendo de la caza y la pesca.

Este pequeño asentamiento, en el que viven 98 personas, la mayoría inuit groenlandeses, dispone de una iglesia, una pequeña escuela y una zona de recreo para los niños. También hay un helipuerto donde los helicópteros periódicamente llevan provisiones al pueblo. El Pilersuisoq A/S es el centro de abastecimiento de Ilimanaq, y en el que podemos encontrar desde verduras y fruta congeladas, importadas de Dinamarca, hasta bebidas de todas clases, ropa, vídeos, algunos CD de música, etc. En este lugar no hay automóviles, pero sí motos de nieve; aunque el medio de transporte habitual sigue siendo el trineo de perros y el barco, si bien algunos aldeanos todavía usan sus viejos kayaks. La vida cotidiana aquí gira entorno a los ciclos marcados por la naturaleza, siendo la pesca la principal base de subsistencia: Tasiussaq Fjord, a las

afueras del pueblo, es un famoso y excelente lugar para la pesca de truchas árticas. También las aguas que bañan la costa de Ilimanaq, son un lugar propicio para la captura de ballenas entre mediados de junio y principios de septiembre. Además, esta zona atrae a numerosos excursionistas fascinados por los hermosos paisajes que rodean la aldea y por la posibilidad de realizar *trekking* por los alrededores.

Una de las cosas que más me sorprendió y que también había observado en el pueblo de Oqaatsut, es que la mayoría de la gente de las pequeñas poblaciones no entendía el inglés; es más, algunos incluso no sabían prácticamente el danés. Ahora empezaba a comprender aquella política, iniciada tras la creación del Gobierno autónomo, que pretendía revitalizar las pequeñas aldeas con el fin de mantener y recuperar el pasado del pueblo groenlandés. Realmente, entre Ilulissat por una parte y Oqaatsut e Ilimanaq por otra, había una gran diferencia. En estos dos últimos pueblos uno sentía la fuerza de la tradición llamando a las puertas de la modernidad.

En esta aldea hay unos cien perros. Es de los pocos lugares donde todavía no se ha instalado una depuradora de agua de mar en condiciones. El sistema de desagües no existe, así que el inodoro tiene en su interior una bolsa de plástico donde van a parar las excreciones y la orina. Periódicamente, la basura es quemada y nunca reciclada. Los habitantes de Ilimanaq van a cazar tanto en verano como en invierno, y en el mes de julio se desplazan hacia los lagos del interior para pescar. La mejor época de pesca en el mar son los meses de abril y mayo. Los inuit de Ilimanaq me explicaron que se sentían realmente identificados con su modo de vida, así como orgullosos de ser quienes eran. Arne Lange, uno de los mejores cazadores de la región, era de los pocos habitantes que sabía hablar en inglés. Aún recuerdo cuando me dijo que ser inuit no es una condición en esta tierra, sino un derecho. Afirmaba que difícilmente el «hombre blanco» entendería algún día lo que es formar parte de la naturaleza, y que nada ni nadie podrán separar al inuk de su tierra. También me explicó que, a pesar de temer a lo desconocido, precisamente por no entenderlo, sabían que de ellos dependía una forma de vida que desde hacía milenios se había convertido en la única manera que conocían de sobrevivir en el Ártico. Por eso, cuando al regresar de Ilimanaq el barco quedó atrapado en el hielo, aunque conseguimos salir de él, empecé a comprender la naturaleza de las palabras de Arne.